Virginia Woolf

Una habitación propia

Una habitación propia
Virginia Woolf

Título en inglés
A Room of One ś Own

Biblioteca Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín, número 4

© de esta edición, Alcaldía de Medellín
Secretaría de Cultura Ciudadana, 2023
© de la traducción, Jorge Gómez Duque
© de las ilustraciones, Laura Pérez Álvarez

Primera edición, septiembre de 2023
Alcaldía de Medellín
ISBN 978-628-95864-1-1

Revisión del texto
Bibiana Salazar

Diseño y diagramación
Laura Pérez Álvarez
h i e d r a

Dirección editorial
Frailejón Editores
www.frailejoneditores.com
frailejoneditores@gmail.com

Impresión
Panamericana Formas e Impresos
Calle 65 # 95 – 28. Bogotá D.C – Colombia

Queda prohibido sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Una habitación propia

Virginia Woolf

Jorge Gómez
Traducción

Laura Pérez Álvarez
Ilustraciones

Una biblioteca propia

* * *

Desde sus inicios el sueño de esta colección es hacer llegar los libros a los hogares para ser leídos en familia y para que en cada una de las casas se tenga al menos un libro físico. Con el tiempo nos hemos dado cuenta de que los libros circulan en los barrios y en los colegios, donde se forman clubes de lectura alrededor suyo, se prestan entre vecinos y amigos, y son la base para que muchas personas empiecen a formar sus propias bibliotecas o las crezcan con el nuevo título que se publica cada año en la Biblioteca Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín. El propósito también es que esas lecturas colectivas les permitan explorar temas diferentes, viajar en el tiempo y la distancia, soñar y entretenerse.

Cada título ha sido seleccionado pensando en la familia. Hemos querido dar prioridad a los niños y jóvenes buscando historias y autores diferentes: Collodi con *Pinocho*; Kipling con *Los cuentos como son;* Gabriela Mistral con *Y te lleva como el viento*, y Johanna Spyri con *Heidi*. Este año lo hemos dedicado a las mujeres y queremos que las familias cuenten con un ejemplar en su biblioteca de *Una habitación propia* de Virginia Woolf.

Este libro es una apología a la independencia económica, social e intelectual de las mujeres, a las que por muchos años se les negó, y en algunos lugares se les sigue negando, el acceso a la educación. La misma Virginia Woolf cuenta lo que le sucedió

al intentar entrar a una biblioteca de Oxbridge: la devuelven de la puerta y le dicen que no se admiten señoras salvo si están acompañadas o tienen una carta de presentación.

Para hacer posible esta aventura invitamos cada año a una editorial independiente de la ciudad que ponga su impronta a la magia que respira cada libro seleccionado. Este año trabajamos con Frailejón Editores y con la ilustradora Laura Pérez Álvarez. Adicionalmente la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín otorgó una beca de estímulos a la traducción de esta publicación mediante una convocatoria que ganó Jorge Gómez Duque, lo que garantiza un lenguaje más cercano a nuestra manera de hablar en Colombia.

Queremos que este libro ruede, vuele, se comparta, se lea y disfrute; que llegue a sus manos por azar o porque usted lo ha buscado.

Ana Piedad Jaramillo
Directora de los Eventos del Libro de Medellín

Una habitación para cada mujer

❊ ❊ ❊

Al escribir el ensayo *Una habitación propia*, Virginia Woolf estaba trazando los planos de una idea sobre la que muchas mujeres edificarían la conciencia de sí mismas, a la hora de narrar y narrarse. La puedo imaginar en su frustración desafiando las prohibiciones de la época queriendo entrar sola a una biblioteca, en busca de las palabras para señalar eso que todavía nos sigue pesando en la boca del estómago: la subordinación de las mujeres.

Es absurdo lo actual que sigue siendo este ensayo, cuando estamos a casi cien años de que aquella mujer decidiera enarbolar sus preguntas. Diríamos hoy que "afortunada y bendecida" gracias a una herencia pudo detenerse a pensar, disertar y construir las conferencias, que se convirtieron en el reclamo para toda mujer que desea habitar una vida creativa, tener una habitación propia y 500 libras al año.

Con la encomienda de escribir sobre mujeres y ficción, Virginia lleva a quien se aventura en las páginas de este ensayo, a través de relatos que ejemplifican situaciones de las mujeres de su tiempo y el impacto que sobre ellas tienen las representaciones culturales. A lo largo de estas no se limita a hacer una revisión particular de las novelistas de su época, decide extender la mirada hacia las condiciones de vida que las rodean que son un aspecto estructural y común a todas.

Seis capítulos de escenas pantanosas en los que se vale de diversos recursos literarios para llamar la atención sobre los temas que la ocupan, la poca educación de las mujeres, el escaso conocimiento sexual, las posibilidades de desarrollarse intelectual y creativamente. Para ello recurre incluso a personajes ficticios como Judith, una hipotética hermana de William Shakespeare que a pesar de poseer los mismos talentos se ve arrastrada por lo que representa ser mujer en su contexto.

Se trata de evidenciar que las mujeres no cuentan con las condiciones para el desarrollo de una vida creativa plena y que la cultura las empuja a situaciones de impotencia, empobrecidas, amenazadas por la sombra de los deberes, las tradiciones patriarcales y la logística de la vida de los demás. Como en ese entonces, ahora los estereotipos siguen siendo un mandato para sus vidas, las 500 libras hoy se traducen en una determinante autonomía económica y la habitación propia con idéntica urgencia sigue albergando la posibilidad de ser escritora a tiempo completo, en doble, triple jornada, o en el peor de los casos como lo dijo la escritora colombiana Elisa Mújica, "robando minutos a las horas que ya se han vendido".

Puede reconocerse en Woolf una precursora de la teoría literaria feminista y en la idea de la habitación propia el llamado por una historia de la escritura de las mujeres que más que el conjunto de sus experiencias se trata de una narrativa construida por ellas. En este ensayo señala cómo éstas han sido 'personajes' que necesitan un hombre para tener identidad propia, un validador de respaldo; misma cuestión que hoy con otros nombres sigue en el centro de las discusiones

cuando se trata de las escritoras, es curioso que, entre los datos más frecuentes en las biografías y entrevistas de las autoras, ser hija o esposa de un hombre siga encabezando la forma de ser nombradas.

Las historias tienen poder y la de Virginia al igual que sus textos es de una riqueza narrativa de la que no se sale sin lesiones, es imposible entrar a esa habitación y no apropiarse de sus preguntas que siguen siendo dolorosamente pertinentes. En este ensayo se develan las intuiciones visionarias que ya orbitaba el grupo de intelectuales de Bloomsbury, al que perteneció, cuestionamientos que indagan por la igualdad entre los sexos, la disidencia de género, el pacifismo y los estereotipos anclados a lo binario.

Pero este no es un ensayo para ser romantizado, tampoco se pueden ignorar algunos rasgos propios de época y de clase en el pensamiento de Virginia, sin embargo, su literatura terminó siendo muy popular y constituyó un giro en las formas de escribir. A través de sus letras hizo evidente que todas las mujeres pueden aspirar a esta habitación si lo desean, con sus ideas sigue presente de muchas maneras, en la actualidad es una figura reconocible de la cultura pop y su presencia en el canon occidental es innegable.

Con su escritura el mundo se llenó de habitaciones, impropias, ajenas, interconectadas, diversas. Son muchos textos los que se han inspirado en este ensayo, pues desde entonces cada generación de mujeres jóvenes ha tenido la posibilidad de descubrir este libro y ver de frente las brechas que hacen que la vida creativa de las mujeres, como las utopías, sean una ilusión que sirve para caminar.

Woolf recomienda escribir sobre todo tipo de cosas, aunque parezcan banales, porque se trata de construir una genealogía de las mujeres. Exalta que la historia ha sido una narrativa de línea masculina con un mundo ampliamente descrito desde la experiencia de los hombres y la solución a esto es que las mujeres empiecen a plasmar la suya. Esa tarea va en camino, pero aun nos falta.

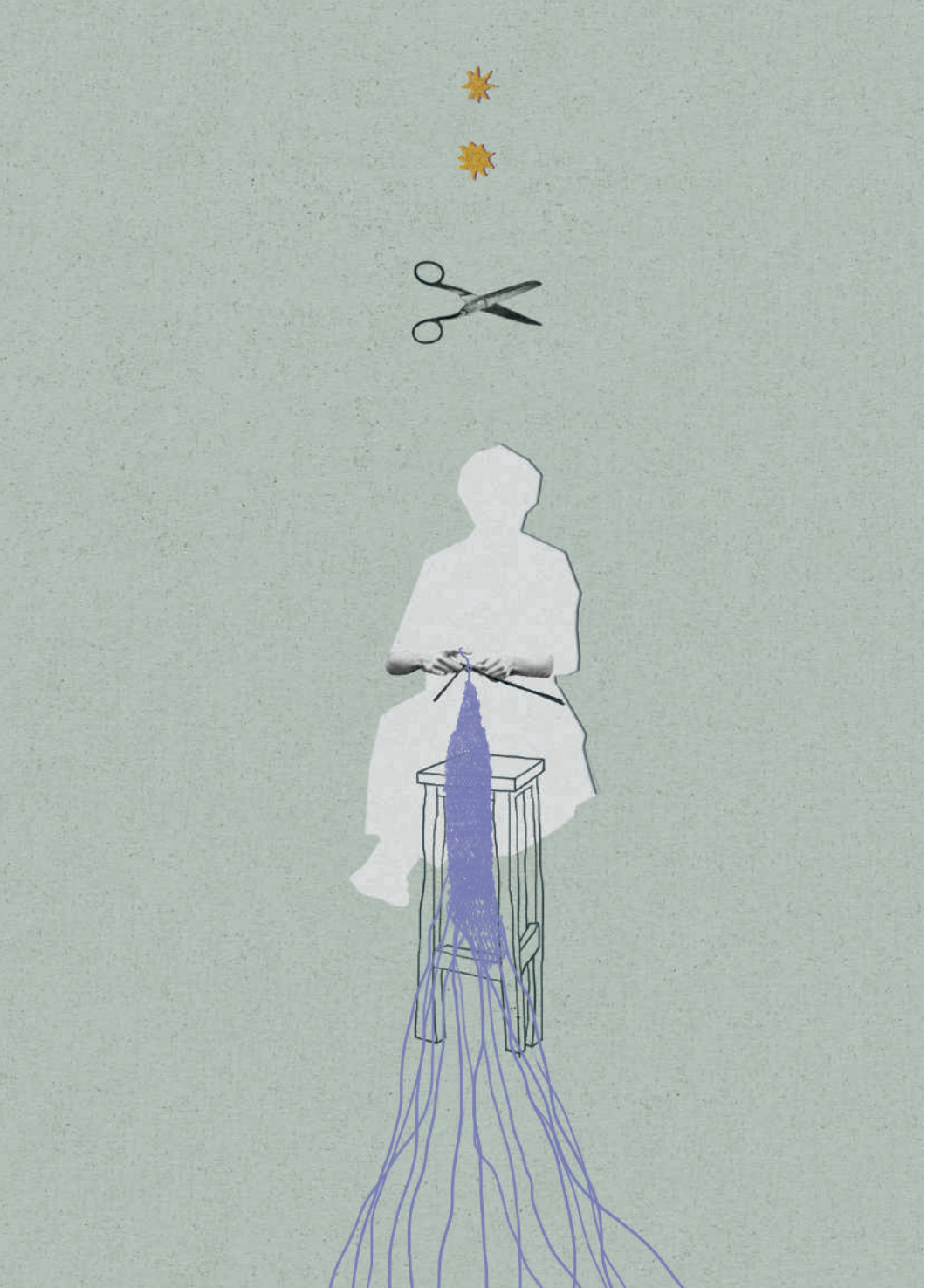
De ahí la importancia de la reedición de este ensayo, pues lo que permite es contar una versión del mundo desde la mirada de las mujeres y este es el corazón de la brecha. Las cosas de la cotidianidad que ellas habitan suelen desaparecer y no están enunciadas como hitos en la cultura, por eso su versión de la historia es la joya que brilla en el fondo de esta habitación y esa tranquilidad financiera opera como un suiche para encender su vida creativa.

Quienes tenemos la fortuna de acercarnos a este ensayo somos una audiencia a través del tiempo, que reclama y aviva esa genealogía de la que hablaba Virginia Woolf en 1929 cuando lo publicó por primera vez. Soñaba con una rebelión intelectual, un anhelado entrenamiento cultural para darle oportunidad a la creación de las mujeres. Por fortuna hoy podemos decir que son muchas las que ya transitan este camino, sin embargo, en el ecosistema literario aún quedan numerosas barreras por derribar, brechas que reducir y mucho patriarcado por transformar.

Adela Ortega
Mediadora cultural y promotora de lectura

Una habitación propia

Virginia Woolf



Virginia Woolf

Capítulo uno [1]

* * *

1 Este ensayo está basado en dos conferencias leídas en octubre de 1928 ante dos clubes estudiantiles de arte y literatura en la Universidad de Cambridge: Arts Society en la Facultad de Newnham y ODTAA (One Damn Thing After Another) en la Facultad de Girton. Los artículos eran muy largos para leerlos en su totalidad y, desde entonces, se han modificado y extendido.

Quizás estén pensando: «Nosotras le pedimos que hablara sobre las mujeres y la ficción; ¿qué tiene que ver eso con una habitación propia?». Intentaré explicarme. Cuando me pidieron que hablara sobre las mujeres y la ficción, me senté a la orilla de un río y empecé a reflexionar sobre el significado de esas palabras. Podrían ser sencillamente unos comentarios sobre Fanny Burney; unos más sobre Jane Austen; un homenaje a las hermanas Brontë y un boceto de su casa parroquial bajo la nieve en Haworth; algunas ocurrencias, si fuera posible, sobre Mary Russell Mitford; una alusión respetuosa a George Eliot y una mención a Elizabeth Gaskell. Eso habría bastado. Sin embargo, algo me decía que esas palabras no eran tan simples. El tema de las mujeres y la ficción podría significar —y tal vez así quisieron dármelo a entender— las mujeres y su forma de ser; o las mujeres y la ficción que escriben; o las mujeres y la ficción que se escribe sobre ellas; o, de cierta manera, una relación indisoluble entre estos tres enfoques y quieren que así los aborde, pero —cuando empecé a considerar el tema de este último modo, que me parecía el más interesante— pronto me di cuenta de que tenía un gran inconveniente: no podría nunca llegar a una conclusión. No podría nunca cumplir con lo que desde mi punto de vista es la tarea principal de una oradora: darles, después de un discurso de una hora, un grano de pura verdad para que lo envuelvan en las hojas de sus libretas y lo conserven por siempre en la

repisa de la chimenea. Lo único que podría hacer sería darles mi opinión sobre un asunto menor: una mujer debe tener dinero y una habitación propia si va a dedicarse a escribir ficción, lo cual, como podrán darse cuenta, deja sin resolver el asunto de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la ficción. He eludido, pues, el deber de llegar a una conclusión sobre estos dos temas; a mi parecer, las mujeres y la ficción siguen siendo cuestiones no resueltas. Entonces para compensarlas voy a hacer lo posible por mostrarles cómo me formé esta opinión sobre la habitación y el dinero. Voy a desenrollar para ustedes, lo más completa y libremente posible, el hilo que me condujo a ese pensamiento. Quizás si develo las ideas y los prejuicios que hay detrás de esa afirmación, se darán cuenta de que tienen algo de relación con las mujeres y la ficción. En todo caso, cuando un tema es controversial —y cualquier asunto sobre el sexo lo es—, no se puede pretender tener la razón; tan solo se puede mostrar cómo se llegó a la opinión que se tiene y brindarle al público la oportunidad de que saque sus propias conclusiones sin que ignore las limitaciones, los prejuicios y las idiosincrasias de la oradora. En este caso, es probable que la ficción contenga más verdad que la realidad. Por eso les propongo, aprovechando todas las libertades y licencias que tiene una novelista, contarles la historia de los dos días que precedieron a esta visita: cómo, agobiada por el peso del tema que me pusieron sobre los hombros, lo analicé con cuidado y lo entrelacé con mi vida cotidiana. Sobra decir que lo que voy a describir no existe: Oxbridge es un invento, lo mismo que Fernham. Hablo en primera persona simplemente porque es práctico para referirme

a alguien que no existe en realidad. En medio de las mentiras que pronunciarán mis labios, tal vez haya algo de verdad; les corresponde a ustedes encontrar esa verdad y decidir si vale la pena conservar algo de ella. De lo contrario, pueden, por supuesto, tirar todo esto a la basura y olvidarlo.

Estaba yo (llámenme Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael o por el nombre que prefieran; no es importante) sentada a la orilla de un río hace una o dos semanas disfrutando el agradable clima de octubre, perdida en mis pensamientos. Esa cadena de la que les he hablado, las mujeres y la ficción, la necesidad de llegar a alguna conclusión sobre un tema que suscita todo tipo de prejuicios y pasiones, me doblegaba hasta el suelo. A derecha e izquierda, algunos arbustos dorados y carmesíes refulgían y hasta parecían arder como el fuego. En la otra orilla, los sauces, con su larga melena, dejaban oír su perpetuo lamento. El río reflejaba a su antojo partes de cielo, de puente, de árbol ardiente, y después de que el universitario atravesara esos reflejos con su bote de remos, estos se reconstruían como si nunca hubiera pasado nada. Allá una podría pasarse el día y la noche sumida en sus pensamientos. El pensamiento —para llamarlo con un nombre más digno del que merecía— había dejado caer su sedal a la corriente. Iba minuto a minuto de aquí para allá entre los reflejos y la hierba, flotando y dejándose hundir por el agua, hasta que sentí el suave tirón de una idea que de repente se enmarañaba al extremo del sedal. Entonces la halé con cautela y la examiné con cuidado. Ahí tirada en la hierba, qué pequeña e insignificante era esa idea mía: un pececito que algún pescador bondadoso

devuelve al agua para que crezca y algún día valga la pena freírlo y comérselo. No las voy a importunar ahora con esa idea, aunque si se fijan bien, es posible que la descubran ustedes mismas en el transcurso de mi exposición.

Sin embargo, sin importar qué tan pequeña fuera, tenía las propiedades misteriosas de su clase. De nuevo en la mente, se tornó fascinante e interesante y a medida que saltaba, se sumergía y aparecía por aquí y por allá, propició tal agitación y tal tumulto de ideas que fue imposible quedarme quieta. Así fue como terminé caminando deprisa por un terreno cubierto de hierba. Al instante, la figura de un hombre se puso de pie para interceptarme. Al principio, no me di cuenta de que los gestos de un objeto de apariencia extraña —con chaqué y camisa de etiqueta y cuyo rostro expresaba horror e indignación— estuvieran dirigidos a mí. Me valí más del instinto que de la razón: él era bedel; yo, una mujer. Aquí estaba el césped; allá, el sendero. Solamente a los profesores y estudiantes se les permitía permanecer aquí; el camino de gravilla era mi lugar. Tales pensamientos fueron obra de un momento. Cuando retomé el sendero, el bedel bajó los brazos y su rostro recuperó el sosiego habitual. Aunque es mejor caminar por el césped que por la gravilla, el daño no era significativo. De lo único que podría acusar a los profesores y estudiantes de la facultad (cualquiera que sea) es de haber ahuyentado mi pececito por querer proteger el engramado que han pisado durante trescientos años.

Ya no podía recordar la idea que me había llevado a invadir tan descaradamente aquella propiedad privada. El espíritu de la paz descendía como una nube del cielo, porque

si el espíritu de la paz mora en alguna parte es en las plazoletas y los patios de Oxbridge en una agradable mañana de octubre. Al caminar por esos edificios universitarios y atravesar aquellos corredores antiguos, la aspereza del presente parecía suavizarse. El cuerpo parecía estar protegido por una milagrosa vitrina de cristal a través de la cual no penetraba el sonido, y la mente, liberada de cualquier contacto con la realidad (a menos que una volviera a invadir el césped), tenía la libertad de detenerse en cualquier reflexión que armonizara con el momento. Por casualidad, un recuerdo aislado de un antiguo ensayo sobre una visita a Oxbridge en unas vacaciones de verano me hizo pensar en Charles Lamb —o «Saint Charles» como dijo Thackeray, llevándose a la frente una carta de Lamb—. Efectivamente, entre todos los muertos (les cuento mis pensamientos como se me vinieron a la cabeza), Lamb es uno de los más simpáticos, uno a quien me habría gustado preguntarle cómo escribió sus ensayos. Es que sus ensayos son superiores incluso a los de Max Beerbohm —pensé— con toda su perfección, gracias a ese destello salvaje de imaginación, esa grieta luminosa de genialidad que los deja deformados e imperfectos, pero estrellados de poesía. Lamb debió haber llegado a Oxbridge hace unos cien años. Desde luego, escribió un ensayo, cuyo nombre se me escapa, sobre el manuscrito de uno de los poemas de Milton —*Lycidas* tal vez— que encontró aquí. Lamb describió cómo lo impactó pensar en la posibilidad de que cualquier palabra en *Lycidas* pudo haber sido diferente de lo que terminó siendo. Pensar que Milton cambiara las palabras de ese poema le parecía una especie de sacrilegio. Esto me llevó a recordar

lo que pudiera de *Lycidas* y a divertirme adivinando cuál palabra pudo haber sido la que Milton había cambiado y por qué. Luego se me ocurrió que el mismo manuscrito que Lamb había visto estaba a tan solo unos cien metros, de manera que podía seguir sus pasos a través del patio y llegar a esa famosa biblioteca que albergaba el tesoro. Además —recordé, cuando emprendía mi camino—, es en esta famosa biblioteca que también se preserva el manuscrito de *La historia de Henry Esmond* de Thackeray. Los críticos suelen decir que esta es la novela más perfecta de Thackeray. Sin embargo, la artificialidad de su estilo, que imita el del siglo dieciocho, dificulta la lectura, según recuerdo, a menos que en efecto el estilo del siglo dieciocho fuera natural para Thackeray, lo cual podría comprobarse observando el manuscrito para ver si las modificaciones se hicieron a favor del estilo o del sentido, pero entonces se tendría que definir qué es estilo y qué es significado, una cuestión que… En este punto, ya estaba a la entrada de la biblioteca. Debí haber abierto la puerta porque de inmediato apareció, impidiéndome el paso, como un ángel guardián batiendo una toga negra en vez de unas alas blancas, un caballero canoso, apacible, aunque disgustado, quien se disculpaba en voz baja y me hacía retroceder porque las mujeres solo podían ingresar a la biblioteca si iban acompañadas de un profesor de la facultad o provistas de una carta de recomendación.

Que una mujer haya maldecido una famosa biblioteca es un asunto totalmente indiferente para tal biblioteca. Venerable y apacible, con todos sus tesoros a salvo en su seno, duerme con complacencia y, por lo que a mí respecta, seguirá

durmiendo siempre. Nunca despertaré esos ecos, nunca solicitaré esa hospitalidad de nuevo —juraba, indignada, mientras bajaba las escaleras—. Todavía faltaba una hora para el almuerzo. ¿Qué debía hacer? ¿Pasearme por la pradera? ¿Sentarme a la orilla del río? Sin duda, era una encantadora mañana otoñal; las hojas rojas se balanceaban al caer. Habría sido agradable hacer cualquiera de las dos, pero me llegó la música a los oídos. Se estaba llevando a cabo alguna ceremonia o celebración. El órgano se lamentaba magníficamente cuando pasé por la puerta de la capilla. Incluso la gran tristeza del cristianismo se escuchaba, en ese aire sereno, más como un recuerdo que como la tristeza misma; hasta los quejidos de ese órgano antiguo parecían impregnados de paz. No deseaba entrar, así tuviera el derecho; es posible que esta vez el bedel me detuviera para pedirme tal vez mi partida de bautismo o una carta de recomendación del decano. Eso sí, el exterior de estos magníficos edificios suele ser tan bello como el interior. También era bastante divertido ver la congregación reunida, entrando, saliendo, apretujada en la puerta de la capilla como abejas a la entrada del panal. Muchos vestían toga y birrete; algunos llevaban estolas de piel sobre los hombros; unos iban empujados en sillas de ruedas; otros, aunque no pasaban la mediana edad, parecían figuras arrugadas y aplastadas bastante singulares, como langostas y cangrejos gigantes que se arrastran con dificultad por la arena de un acuario. En efecto, recostada contra la pared, me pareció que la universidad es un santuario de bichos raros que pronto se extinguirían si se les dejara en medio de la calle Strand para que lucharan por su supervivencia. Se me venían a la cabeza antiguas

historias de viejos decanos y catedráticos (decían que, tan pronto escuchaba un silbido, el viejo profesor *** corría desbocado), pero la venerable congregación se había entrado antes de que yo reuniera la valentía para silbar. Quedaba el exterior de la capilla. Como saben, sus altos domos y pináculos pueden verse —como un velero que siempre navega, pero nunca llega— iluminados de noche, a kilómetros de distancia, a través de las colinas. Podríamos suponer que hace tiempo esta plazoleta, con su césped al ras, sus construcciones descomunales y la capilla misma habían sido un pantano, donde prosperaba la maleza y se revolcaban los cerdos. Con seguridad, manadas de caballos y bueyes —pensé— arrastraron la piedra en carretas desde condados lejanos; luego, trabajadores incansables estabilizaron en orden, uno encima del otro, los bloques grises que me servían ahora de sombra; después, los artistas trajeron sus vidrios pintados para las ventanas y, finalmente, los albañiles construyeron el techo con estuco y cemento, espátula y palustre durante siglos. Todos los sábados, alguien debió haber derramado oro y plata de una bolsa de cuero en sus antiguas manos porque lo más seguro es que en la noche iban a tomar cerveza y jugar bolos. Un torrente interminable de oro y plata —pensé— debió haber manado perpetuamente en esta zona para seguir trayendo la piedra y pagarles a los albañiles para que nivelaran, zanjaran, cavaran y drenaran. En ese entonces estaban en la edad de la fe; el dinero se gastaba con generosidad para construir bien los cimientos de estos muros de piedra. Cuando se levantaron los muros, reyes, reinas y grandes nobles hacían llover todavía más dinero de sus arcas para garantizar que aquí se cantaran

himnos y eruditos vinieran a enseñar; se donaban tierras y se pagaban diezmos. Cuando terminó la edad de la fe y empezó la edad de la razón, seguía fluyendo el mismo caudal de oro y plata; se otorgaron becas y se patrocinaron cátedras, solo que el oro y la plata no brotaban ahora de las arcas reales sino de los cofres de comerciantes y productores, de las bolsas de hombres que habían amasado, digamos, una fortuna gracias a la industria, y devolvían, según sus testamentos, una parte cuantiosa de ella para financiar más cupos, más cátedras y más fundaciones en la universidad donde habían aprendido su oficio. De ahí surgían las bibliotecas y los laboratorios, los observatorios, los espléndidos equipos de costosos y delicados instrumentos que ahora se ponen en estantes de vidrio, donde siglos atrás prosperaba la maleza y se revolcaban los cerdos. Sin duda —cavilaba mientras me paseaba por la plazoleta—, los cimientos de oro y plata parecían bien profundos y el pavimento se extendía firme sobre la maleza. Hombres con bandejas sobre la cabeza iban afanados de escalera en escalera. En las ventanas había materas donde se abrían flores llamativas. En los salones resonaban los acordes del gramófono. Era imposible no reflexionar... Sin embargo, toda reflexión quedó interrumpida por el sonido del reloj; era la hora del almuerzo.

Es curioso que los novelistas tengan la costumbre de hacernos creer que los almuerzos son siempre memorables por algo muy ingenioso que dijeron o algo muy sabio que hicieron, pero rara vez describen lo que comieron. Es parte de la tradición literaria no mencionar la sopa, el salmón y el pavo, como si la sopa, el salmón y el pavo no tuvieran ninguna importancia, como si nadie nunca se fumara un cigarrillo o

se tomara una copa de vino. Sin embargo, yo me tomaré la libertad de contarles que en esta ocasión el almuerzo empezó con lenguado, servido en plato hondo, bañado, a elección del cocinero de la facultad, en una blanquísima crema, salvo por el toque de pintas cafés aquí y allá como las de los costados de una cierva. Después, llegaron las perdices, pero si se imaginan un plato con un par de pájaros marrones pelados, están equivocadas. Las perdices, muchas y variadas, iban acompañadas de todo un séquito de salsas y ensaladas, picantes y dulces, cada una en su orden; las papas, delgadas como monedas, pero no muy duras; las coles de Bruselas, frondosas como capullos de rosas, pero más suculentas. En cuanto nos hartamos del asado y su comitiva, el mesero, silencioso —quien quizás era el mismo bedel mostrándose más apacible—, puso ante nosotros, adornado en servilletas, un postre, todo azúcar, que surgía de las olas; llamarlo pudín y así asociarlo con arroz o tapioca sería un insulto. Mientras tanto, las copas de vino habían adoptado tonalidades amarillas y carmesíes; se habían vaciado; se habían vuelto a llenar. Así, poco a poco, se había iluminado —en el centro de la columna vertebral, que es la sede del alma— no esa difícil lucecita eléctrica que llamamos brillantez, que se prende y se apaga en nuestros labios, sino el más profundo, sutil y subterráneo resplandor que es la rica llama amarilla de la interacción racional. No hay necesidad de apurarse ni de brillar ni de ser más que uno mismo. Todos vamos al cielo y Antón van Dick nos acompaña. En otras palabras, qué buena parecía la vida, qué dulces sus recompensas, qué trivial este resentimiento o aquel agravio, qué admirable la amistad y la compañía de los nuestros,

cuando, mientras encendemos un buen cigarrillo, nos hundimos entre los cojines de un mueble al lado de la ventana.

Si por casualidad hubiera tenido a la mano un cenicero; si a falta de él no hubiera tenido que sacudir la ceniza por la ventana; si las cosas hubieran sido un poco diferentes de como terminaron siendo, me imagino que no habría visto yo un gato sin cola. La visión de ese animal abrupto y truncado caminando sin hacer ruido por el patio me cambió, por un golpe de suerte de la inteligencia subconsciente, la luz emocional. Fue como si alguien hubiera dejado caer una sombra. Quizás el excelente vino del Rin iba perdiendo su efecto. Desde luego, cuando observaba el gato manx detenerse en medio del pasto como si también cuestionara el universo, parecía que algo faltara; parecía que algo era diferente, pero ¿qué faltaba o qué había cambiado? —me preguntaba, mientras escuchaba la conversación—. Para responder a esa pregunta, tuve que pensarme fuera del salón, retroceder en el pasado, incluso antes de la guerra, e imaginarme la dinámica de otro almuerzo organizado en salones no muy distantes de estos, pero diferentes. Todo era diferente. Los invitados, que eran muchos, jóvenes y de ambos sexos, continuaban mientras tanto la conversación, la cual transcurría de mil maravillas, plácida, libre y entretenidamente. A medida que la charla avanzaba, la contrasté con el trasfondo de esa otra conversación, y al compararlas tuve la certeza de que una era la descendiente, la legítima heredera de la otra. Nada había cambiado, nada era diferente, salvo que… Aquí escuché con atención no todo lo que decían, pero sí el murmullo o la corriente que había detrás. Sí, era eso, ese era

el cambio. Antes de la guerra, en un almuerzo como este, la gente habría dicho exactamente las mismas cosas, pero el sonido habría sido diferente porque en ese entonces lo acompañaba una especie de tarareo, no articulado sino musical, emocionante, que cambiaba el valor de las palabras. ¿Se podría traducir ese tarareo en palabras? ¿Se podría, acaso, con la ayuda de los poetas? Abrí un libro que estaba a mi lado y me encontré, por pura casualidad, con Alfred Tennyson, quien cantaba lo siguiente:

Cayó una lágrima espléndida
de la pasionaria que adorna la reja.
Ya viene ella, paloma mía, amada mía;
ya viene ella, destino mío, vida mía.
Ya se acerca, ya se acerca —llora la rosa roja.
Viene tarde —se lamenta la rosa blanca.
Atenta estoy —dice la espuela de caballero.
La espero —susurra el lirio.

¿Era eso lo que los hombres tarareaban en los almuerzos antes de la guerra?

¿Y las mujeres?

Mi corazón es como un pájaro cantor
que anida en un retoño recién regado.
Mi corazón es como un manzano
de gruesos frutos que arquean las ramas.
Mi corazón es como una concha irisada
que chapotea en un mar calmo.

Más alegre que todos está mi corazón
porque ha llegado mi amor.

¿Era eso lo que las mujeres tarareaban en los almuerzos antes de la guerra?

Era tan ridículo imaginarse a las personas tarareando eso, incluso en un susurro, en los almuerzos antes de la guerra que estallé de la risa y tuve que justificarla señalando el gato manx, que sí se veía un poco absurdo, pobre animal, sin cola, en medio del pasto. ¿Sí había nacido así o había perdido su cola en un accidente? El gato descolado, aunque se dice que existen algunos en la Isla de Man, es más escaso de lo que se cree. Es un animal raro, pintoresco más que bello. Es curioso cómo cambian las cosas por una cola... Ya saben; es el tipo de cosas que una dice cuando se termina un almuerzo y la gente empieza a buscar sus abrigos y sombreros.

Este almuerzo, gracias a la hospitalidad del anfitrión, había durado hasta bien entrada la tarde. El hermoso día de octubre se desvanecía; caminaba por la avenida y caían las hojas de los árboles. Con suave contundencia, las puertas, una tras otra, parecían cerrarse detrás de mí. En cerraduras bien aceitadas, incontables bedeles encajaban una cantidad innumerable de llaves; estaban asegurando la casa del tesoro por otra noche. Después de la avenida, se sale a una carretera (se me olvida el nombre) que, siempre y cuando se gire hacia el lado correcto, conduce hasta Fernham. Aunque había suficiente tiempo. La cena allí apenas se servía a las siete y media y casi que ni necesitaba cenar después de semejante almuerzo. Es extraño cómo un fragmento de poesía se

nos queda en la mente y nos hace avanzar a su ritmo por el camino. Esas palabras,

Cayó una lágrima espléndida
de la pasionaria que adorna la reja.
Ya viene ella, paloma mía, amada mía [...],

bailaban en mis venas mientras caminaba de prisa hacia Headingley; luego, cerca de una presa que agitaba las aguas, cambié de ritmo y canté:

Mi corazón es como un pájaro cantor
que anida en un retoño recién regado.
Mi corazón es como un manzano [...]

¡Qué poetas! —exclamé, como se exclama al anochecer— ¡qué poetas eran!

En una especie de celos, supongo, por nuestra propia época —si bien estas comparaciones son tontas y absurdas—, me pregunté si honestamente se podrían nombrar dos poetas que sean hoy tan grandes como Tennyson y Christina Rossetti lo fueron entonces. Por supuesto que es imposible compararlos —pensé, mientras miraba esas aguas espumosas—. El motivo preciso por el que esa poesía provoca tal abandono, tal éxtasis, es que celebra algún sentimiento que solíamos tener (en almuerzos antes de la guerra tal vez), de manera que respondemos con facilidad y familiaridad sin tener que verificar el sentimiento o compararlo con alguno que tengamos ahora. Por el contrario, los poetas vivos expresan un

sentimiento que en realidad se está fabricando y arrancando de nosotros en el momento. De entrada, no lo reconocemos; por algún motivo, le tememos con frecuencia; lo observamos con interés y lo comparamos celosa y sospechosamente con el viejo sentimiento que conocíamos. Ahí radica la dificultad de la poesía moderna, y es por esa dificultad que una no logra recordar más de dos líneas consecutivas de ningún buen poeta moderno. Por esta razón —de que mi memoria me falló—, el argumento flaqueó a falta de material. ¿Pero por qué —seguía preguntándome, mientras me dirigía hacia Headingley— dejamos de tararear en susurros en los almuerzos? ¿Por qué Alfred dejó de cantar

Ya viene ella, paloma mía, amada mía?

¿Por qué Christina dejó de responder

Más alegre que todos está mi corazón
porque ha llegado mi amor?

¿Podríamos culpar a la guerra? Cuando se dispararon las armas en ese agosto de 1914, ¿los rostros de hombres y mujeres se tornaron tan vulgares a los ojos de los demás que se mató el romance? Sin duda, fue impresionante (en particular, para las mujeres con sus ilusiones de educación y demás) ver los rostros de nuestros dirigentes a la luz del fuego de artillería. Se veían tan feos —alemanes, ingleses, franceses—, tan estúpidos. Sin importar dónde se echa la culpa o a quién se le echa, la ilusión que inspiró a Tennyson y a Christina Rossetti

a cantar con tanta pasión por la llegada de sus amados es mucho más escasa ahora que entonces. Nos queda leer, mirar, escuchar, recordar. A fin de cuentas, ¿por qué «culpa»? Si era una ilusión, ¿por qué no elogiar la catástrofe —la que hubiera sido— que destruyó la ilusión y en lugar de ella estableció la verdad? Porque la verdad… Esos puntos suspensivos marcan el lugar donde, en busca de la verdad, me pasé del giro hacia Fernham. Sí, de hecho, ¿cuál era la verdad y cuál era la ilusión? —me pregunté—. ¿Cuál era la verdad de estas casas, por ejemplo, tenues y festivas ahora con sus ventanas rojas en el crepúsculo, pero rústicas y rojizas y escuálidas, con sus dulces y sus cordones de botas, a las nueve de la mañana? Los sauces y el río y los jardines a lo largo del río, vagos ahora con la sigilosa neblina sobre ellos, pero dorados y rojos a la luz del sol, ¿cuál era su verdad y cuál era su ilusión? Les ahorro las idas y vueltas de mis cavilaciones porque no llegué a ninguna conclusión de camino a Headingley; les pido también que supongan que pronto descubrí mi despiste sobre el giro y desanduve mis pasos hacia Fernham.

Como ya dije que era un día de octubre, no me atrevo a perder su respeto y arriesgar el buen nombre de la ficción al cambiar la temporada y describir lilas colgando de los muros del jardín, azafranes, tulipanes y otras flores de la primavera. La ficción debe ser fiel a los hechos, pues entre más reales sean estos mejor será aquella; eso nos dicen. Por lo tanto, todavía era otoño y las hojas todavía caían amarillas, tal vez un poco más rápido que antes porque ya era de noche (las siete y veintitrés, para ser precisa) y soplaba una brisa (del suroeste, para ser exacta). Aun así, había algo extraño en acción:

Mi corazón es como un pájaro cantor
que anida en un retoño recién regado.
Mi corazón es como un manzano
de gruesos frutos que arquean las ramas.

Quizás las palabras de Christina Rossetti eran en parte responsables del disparatado capricho —porque no era más que un capricho por supuesto— de que la lila sacudía sus flores sobre los muros del jardín, de que las mariposas limoneras volaban con rapidez por todas partes, de que había polvo de polen en el aire. Soplaba un viento, no sé de cuál esquina, pero levantaba las hojas a medio crecer dejando un destello plateado en el aire. Era el momento entre las luces cuando los colores se intensifican y los morados y dorados arden en los cristales de las ventanas como el latido de un corazón emocionado, cuando por alguna razón se revela la belleza del mundo y, ya pronta a perecer… (Aquí me metí en el jardín porque alguien imprudente había dejado la puerta abierta y parecía no haber bedeles alrededor). Entonces la belleza del mundo que está tan pronta a desaparecer tiene dos aristas, una de alegría y otra de angustia, que cortan el corazón en dos. Los jardines de Fernham se extendían ante mí en el crepúsculo primaveral, salvajes y abiertos, y en el pasto alto, dispersos y dispuestos sin cuidado, había narcisos y jacintos silvestres, los cuales probablemente no tuvieron un orden ni siquiera en los mejores tiempos y ahora se sacudían con el viento y se balanceaban como queriéndose arrancar del suelo. Las ventanas del edificio, curvadas como las de los barcos, entre generosas olas de ladrillo rojo, cambiaban

de limón a plateado según el vuelo de las rápidas nubes de la primavera. Había alguien en una hamaca; alguien también —aunque en esta luz eran fantasmas nada más, medio reconocibles, medio visibles— corría por el césped (¿nadie la detendría?). Luego, en la terraza, como si saliera brevemente para tomar aire, para mirar el jardín, apareció una figura encorvada, formidable pero humilde, de frente prominente y con el vestido desgastado (¿Podría ser la famosa académica J*** H*** en persona?) Todo era tenue, pero a la vez intenso, como si una estrella o una espada rasgara el manto que el crepúsculo había arrojado sobre el jardín, como el destello de alguna realidad terrible que suele aparecer de improvisto del corazón de la primavera. Porque la juventud…

Aquí estaba mi sopa. La cena se servía en el gran salón comedor. La primavera ni siquiera estaba cerca; era de hecho una noche de octubre. Todos estaban reunidos en el gran salón comedor. La cena estaba lista. Aquí estaba la sopa: un caldo sin gracia. No había nada en ella con qué estimular la imaginación. Habría podido ver a través del líquido transparente cualquier adorno que tuviera el plato, pero este no tenía ninguno; era un plato sencillo. Luego llegó la carne de res acompañada de ensalada y papas, una trinidad modesta que hacía pensar en las ancas enlodadas del ganado en una feria, en lechugas de bordes crespos y amarillentos, en regateos y baratijas, en mujeres cargando las bolsas del mercado el lunes en la mañana. No había motivos para quejarse de la comida diaria de la naturaleza humana, teniendo en cuenta que la provisión era suficiente y que los trabajadores de las minas de carbón se conformaban, sin duda, con menos. Siguieron

ciruelas pasas y flan. Ahora bien, si alguien se queja de que las ciruelas pasas, incluso atenuadas con flan, son vegetales despiadados (porque frutas no son), de que son fibrosas como el corazón de un avaro y de que rezuman un líquido como el que podría correr por las venas de esos avaros que se han privado del vino y de la calidez durante ochenta años y además no les han dado nada a los pobres, ese alguien debería reflexionar que hay gente cuya caridad llega hasta las ciruelas pasas. Después hubo galletas y queso; aquí la jarra de agua pasaba de mano en mano porque las galletas por lo general son secas y estas lo eran hasta la médula. Eso fue todo. La comida había terminado. Todos se levantaron arrastrando sus sillas; las puertas batientes se abrían y cerraban con violencia. Pronto el salón estuvo libre de cualquier rastro de comida y con seguridad quedó listo para el desayuno de la mañana siguiente. Por los corredores y las escaleras, la juventud de Inglaterra iba repiqueteando y cantando. ¿Pero le correspondía a una invitada, a una forastera (porque yo no tenía más derecho aquí en Fernham que en Trinity o en Somerville o en Girton o en Newnham o en Christchurch) decir «la cena no estuvo buena» o decir (ahora estábamos Mary Seton y yo en su sala) «¿no podíamos haber cenado aquí solas?»? Porque si hubiera dicho algo así, habría estado inmiscuyéndome y tratando de descubrir los secretos de la economía de una casa que, para una persona externa, tiene una fachada muy fina de felicidad y valentía. No, una no podía decir nada por el estilo. Cierto es que la conversación pareció morir por un momento. Dado que el ser humano se constituye de corazón, cuerpo y cerebro —todo mezclado y no contenido en compartimentos separados

como lo será sin duda en otro millón de años—, una buena cena es importantísima para una buena charla. Una no puede pensar bien, amar bien, dormir bien si no ha cenado bien. La luz en la columna vertebral no se ilumina a punta de carne de res y ciruelas pasas. Es *probable* que todos vayamos al cielo y que Antón van Dick, *ojalá*, se nos una en la próxima esquina. Ese es el dudoso y limitante estado mental que produce el comer carne de res y ciruelas pasas al final del día laboral. Por fortuna, mi amiga, profesora de ciencia, tenía en su alacena una botella chata y unas copitas (aunque debíamos haber empezado comiendo lenguado y perdiz) y entonces nos acercarnos al fuego para reparar un poco los daños del día vivido. Después de un minuto más o menos ya nos movíamos con soltura entre todos esos temas de curiosidad e interés que se forman en la mente cuando alguien en particular está ausente y que se hablan con tranquilidad cuando se está con ese alguien de nuevo —que uno se casó y otro no, que una piensa esto y la otra esto otro, que uno ha mejorado sin que nadie se diera cuenta y que el otro muy sorprendentemente se volvió malo— con todas esas especulaciones sobre la naturaleza humana y el carácter del grandioso mundo en el que vivimos que brotan con naturalidad de tales comienzos. Sin embargo, mientras hablábamos de estas cosas, me di cuenta con vergüenza de que había una corriente que se insertaba por su propia voluntad y que transportaba todo hacia su propio fin. Podríamos estar hablando de España o de Portugal, de libros o de caballos de carrera, pero el interés real de lo que decíamos no era ninguna de esas cosas, sino una escena de albañiles en un techo alto hace unos cinco siglos. Reyes y

nobles trajeron tesoros en inmensos sacos y los enterraron. Esta escena no dejaba de tomar vida en mi mente y se ponía al lado de otra de vacas flacas, una plaza de mercado llena de lodo, lechugas marchitas y corazones de avaros. Estas dos imágenes, desarticuladas y desconectadas y absurdas, no paraban de juntarse y luchaban la una con la otra y me tenían a merced de ellas. Lo mejor, a no ser que se tergiversara toda la conversación, era sacar a relucir lo que tenía en la mente para que, por suerte, se desvaneciera y se pulverizara como la cabeza del rey muerto cuando abrieron su ataúd en Windsor. Así pues, en pocas palabras, le hablé a la señorita Seton sobre los albañiles que habían estado todos esos años en el techo de la capilla y sobre los reyes y reinas y nobles que cargaban sacos de oro y plata a la espalda para embutirlos en la tierra; luego le hablé de cómo los grandes magnates financieros de nuestro tiempo llegaron para entregar cheques y bonos, supongo, donde los otros habían entregado lingotes y trozos de oro en bruto. Todo eso yace debajo de los edificios de allá —dije—, pero en este edificio, donde nos encontramos ahora, ¿qué hay debajo de sus valientes ladrillos rojos y las descuidadas hierbas salvajes de su jardín? ¿Qué fuerza hay detrás de esa vajilla sencilla de porcelana que utilizamos para cenar y (aquí se me salió antes de que pudiera impedirlo) la carne de res, el flan y las ciruelas pasas?

Pues —dijo Mary Seton—, alrededor del año 1860… Ah, pero te sabes la historia —dijo, tal vez aburrida del relato—. Se alquilaban habitaciones —continuó—; se creaban comités; se enviaban sobres; se redactaban circulares; se tenían reuniones; se leían cartas en voz alta. Fulano prometió tanto;

por el contrario, el señor *** no da ni un penique. El *Saturday Review* fue muy irrespetuoso. ¿Cómo podemos recaudar fondos para pagar las oficinas? ¿Organizamos un bazar? ¿Podríamos encontrar a una hermosa joven que se siente en primera fila? Busquemos lo que John Stuart Mill dijo al respecto. ¿Alguien puede persuadir al editor del *** de publicar una carta? ¿Podemos pedirle a lady *** que la firme? Lady *** está por fuera de la ciudad. Es probable que las cosas se hicieran así hace sesenta años y era un esfuerzo prodigioso y se gastaba mucho tiempo en eso. Fue solo después de una larga lucha y con la mayor dificultad que lograron reunir treinta mil libras[2]. Así que por obvias razones no podemos tener vino ni perdices ni sirvientes que lleven platos de estaño en la cabeza —dijo—. No podemos tener sillones ni habitaciones separadas. «Las comodidades» —dijo, citando algún libro— «tendrán que esperar»[3].

Tan solo pensar en todas esas mujeres que trabajaban año tras año para reunir a duras penas dos mil libras, y aunque lograran conseguir treinta mil libras entre todas,

2 «Nos dicen que debemos recaudar al menos GBP 30 000 [...] No es una gran suma, dado que va a haber una sola facultad de este tipo para Gran Bretaña, Irlanda y las colonias y teniendo en cuenta lo fácil que es recaudar inmensas cantidades para escuelas de varones. Sin embargo, considerando las pocas personas que en realidad quieren que las mujeres se eduquen, es un buen dinero». —Lady Stephen, *Emily Davies and Girton College*.

3 «Cada penique que se podía reunir era destinado a la construcción y las comodidades tenían que posponerse». —R. Strachey, *The Cause*.

estallamos irritadas por la reprobable pobreza de nuestro sexo. ¿Qué estaban haciendo nuestras madres entonces que no tuvieron riqueza que dejarnos? ¿Empolvándose la cara? ¿Asomándose a las ventanas de los almacenes? ¿Alardeando bajo el sol en Monte Carlo? Había algunas fotos en la repisa. Es posible que la madre de Mary, si esa era su foto, hubiera sido una derrochadora en su tiempo libre (tuvo trece hijos con un ministro de la iglesia), pero en tal caso la alegría y disipación le habían dejado muy pocos rastros de disfrute en el rostro. Tenía un cuerpo desgarbado; era una señora mayor con un chal a cuadros abrochado por un camafeo grande; estaba sentada en un sillón de mimbre, tratando de que un *spaniel* mirara a la cámara, con la divertida pero forzada expresión de alguien que está segura de que el perro se moverá en cuanto brille el *flash*. Ahora bien, si la señora Seton hubiera elegido los negocios, si se hubiera convertido en fabricante de seda artificial o magnate de la bolsa de valores, si hubiera dejado doscientas o trescientas mil libras a Fernham, podríamos estar cómodas esta noche y el tema de nuestra conversación podría ser la arqueología, la botánica, la antropología, la física, la naturaleza del átomo, la matemática, la astronomía, la relatividad, la geografía. Si tan solo la señora Seton, su madre y su abuela hubieran aprendido el gran arte de hacer dinero y lo hubieran donado, como sus padres y sus abuelos, para crear fundaciones y cátedras y premios y becas destinadas para su propio sexo, podríamos haber cenado muy cómodamente, aquí solas, carne de ave con una botella de vino; sin exagerar, podríamos haber anhelado una vida placentera y honorable al amparo de una

de las profesiones patrocinadas con benevolencia; podríamos haber estado explorando o escribiendo, soñando despiertas con venerables lugares del planeta, meditando sentadas en las gradas del Partenón o yendo a la oficina a la diez y regresando a casa tranquilamente a las cuatro y media para escribir un poco de poesía. No obstante, si la señora Seton y sus semejantes hubieran empezado a hacer negocios a los quince años, no existiría Mary —ahí era donde fallaba el argumento—. Le pregunté a Mary qué pensaba al respecto. Entre las cortinas estaba la noche de octubre, calmada y adorable, adornada con una o dos estrellas enredadas en los árboles amarillos. ¿Estaba dispuesta a renunciar a su participación y a sus recuerdos (porque había sido feliz con su familia, a pesar de lo numerosa) de juegos y discusiones allá en Escocia —país que nunca se cansa de elogiar por la finura de su aire y la calidad de sus tortas— con el fin de que Fernham hubiera recibido una donación de cincuenta mil libras con tan solo una firma? Es que para patrocinar una facultad se necesitaría suprimir por completo a la familia, pues ningún ser humano lograría amasar una fortuna y dar a luz a trece hijos. Nos pusimos a analizar los hechos. Primero, son nueve meses antes de que nazca el bebé. Luego, nace el bebé. Después, son tres o cuatro meses alimentándolo. Después de eso, se necesitan, con seguridad, unos cinco años para jugar con el bebé, pues al parecer a los niños no se les puede dejar correr por ahí en la calle; quienes los han visto correteando libres en Rusia dicen que el espectáculo no es placentero. También se dice que el carácter de una persona se forja durante los primeros cinco años de vida. Si la señora

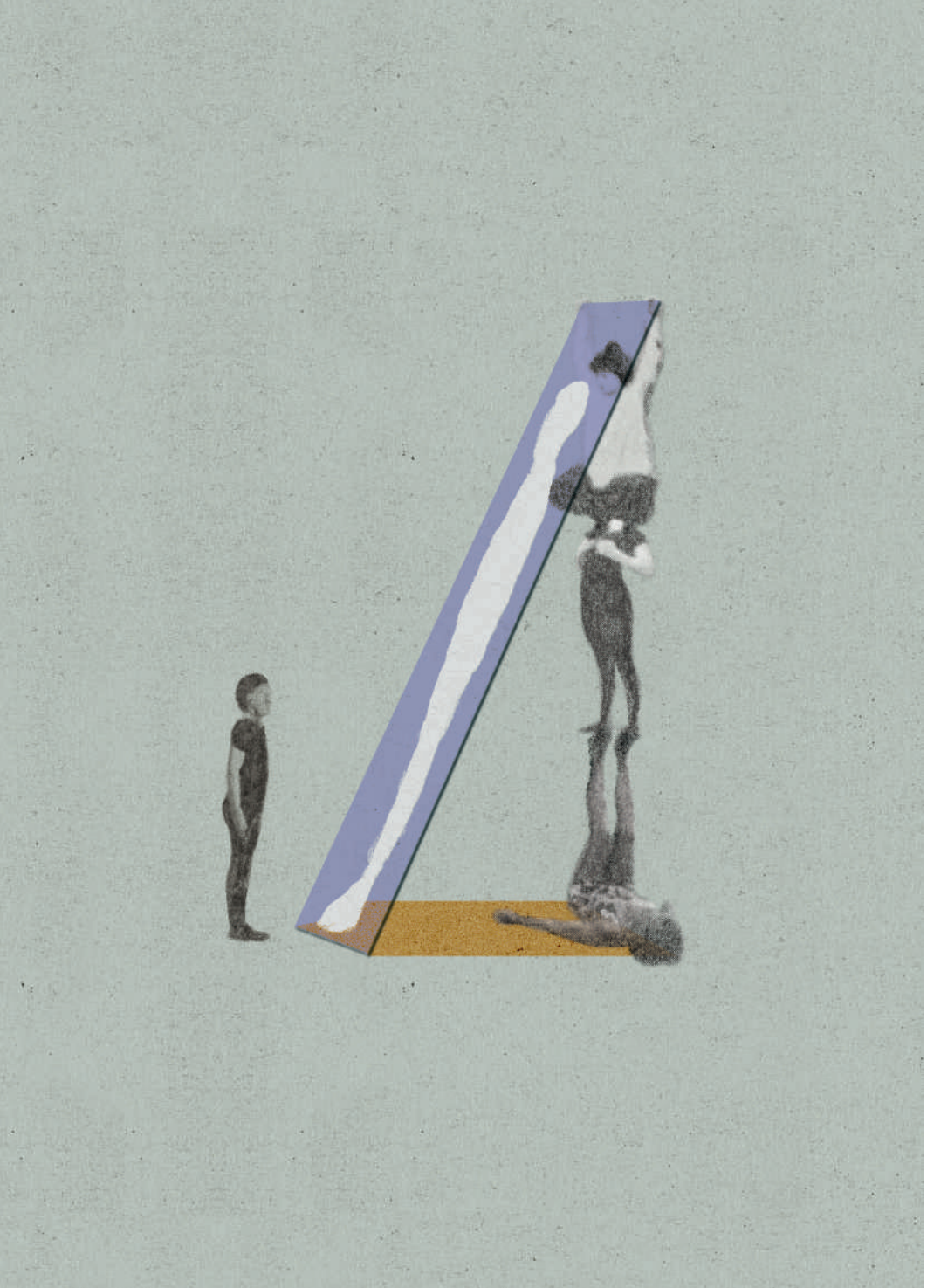
Seton —le pregunté— se hubiera dedicado a ganar dinero, ¿qué tipo de recuerdos de juegos y discusiones tendrías? ¿Qué habrías conocido de Escocia y su fino aire y sus tortas y todo lo demás? De todos modos, no tiene sentido hacernos estas preguntas porque nunca hubieras llegado a existir. Además, es igual de inútil preguntarse qué habría pasado si la señora Seton, su madre y su abuela hubieran amasado una gran fortuna y la hubieran destinado a construir los cimientos de la facultad y la biblioteca, porque en primer lugar era imposible que ganaran dinero y en segundo lugar, así hubiera sido posible, la ley les negaba el derecho de ser dueñas del dinero que ganaran. Fue apenas durante los últimos cuarenta y ocho años que la señora Seton pudo ser dueña de sus propios peniques. Durante todos los siglos anteriores, habrían sido propiedad de su esposo, algo que quizás pudo haber influido en mantener a la señora Seton, su madre y su abuela al margen de la bolsa de valores. Cada penique que gane —pudieron haber dicho— me lo quitarán y lo utilizarán según disponga mi esposo, tal vez para crear una beca o hacer donaciones a una fundación en Balliol o Kings. Por eso, ganar dinero, incluso si pudiera, no es algo que me interese mucho; mejor que de eso se encargue mi esposo.

De todas formas, así la culpa la tuviera o no la señora mayor que miraba el *spaniel*, no cabía duda de que por una u otra razón nuestras madres habían manejado muy mal sus asuntos. No pudieron gastarse ni un penique para «comodidades»: perdices y vino, bedeles y césped, libros y cigarrillos, bibliotecas y ocio. Elevar muros desnudos desde la tierra fue el máximo esfuerzo que pudieron hacer.

Así hablábamos al pie de la ventana observando —como miles observan cada noche— los domos y las torres de la famosa ciudad que se extendía ante nosotros. Era muy bella, muy misteriosa a la luz de la luna otoñal. La vieja piedra se veía bastante blanca y venerable. Pensaba en todos los libros reunidos allá, en los retratos —colgados en salones artesonados— de viejos prelados e ilustres personajes, en las ventanas pintadas que estarían proyectando extrañas esferas y medialunas en la calle, en las lápidas y los monumentos y las inscripciones, en las fuentes y el pasto, en el silencio de los salones que dan al silencio de los patios y (discúlpenme el pensamiento) también en los excelentes cigarros y la bebida y los hondos sillones y las agradables alfombras: en la cortesía, la genialidad, la dignidad que son el fruto del lujo y la privacidad y el espacio. Ciertamente, nuestras madres no nos habían proporcionado nada similar a eso, las mismas a quienes se les había dificultado reunir treinta mil libras, las mismas que dieron a luz trece hijos para ministros de la religión en Saint Andrews.

Entonces regresé a mi posada y, mientras caminaba por las calles oscuras, pensaba en esto y aquello, como una piensa al final del día laboral. Reflexionaba sobre por qué la señora Seton no tuvo dinero que dejarnos, sobre el efecto que la pobreza tiene en la mente, sobre el efecto que la riqueza tiene en la mente. Pensaba en los extraños ancianos con estolas de piel sobre los hombros a quienes había visto esa mañana y recordaba cómo, si alguien silbaba, uno de ellos salía corriendo; pensaba en el órgano resonando en la capilla y en las puertas cerradas de la biblioteca; pensaba en lo

desagradable que es que te impidan el acceso; pensaba en que es peor quizás que te impidan la salida; y, pensando en la seguridad y prosperidad de un sexo y en la pobreza e inseguridad del otro y en el efecto de la tradición y de la falta de tradición en la mente de un escritor, me pareció al fin que era hora de enrollar la piel arrugada del día, con los argumentos, las impresiones, la indignación y la risa, y arrojarla al cerco. Miles de estrellas resplandecían en el desierto azul del cielo. Parecía estar sola en medio de una sociedad indescifrable. Todos los seres humanos estaban durmiendo —acostados boca abajo, mudos—. Nadie parecía agitar las calles de Oxbridge. Incluso la puerta del hotel se abría de par en par al contacto de una mano invisible. Ni un botones estaba alerta para alumbrarme el camino hasta la cama; así de tarde era.



Capítulo dos

* * *

La escena, si puedo pedirles que me sigan, había cambiado. Todavía caían las hojas, pero ahora en Londres, no en Oxbridge. Tengo que pedirles también que se imaginen una habitación, como cualquier otra, con una ventana que da hacia otras ventanas y por donde pueden verse los sombreros de la gente, los camiones y los automóviles, y sobre la mesa de la habitación, una hoja de papel en blanco en la que está escrito en mayúsculas Las mujeres y la ficción, pero nada más. Parecía que la inevitable continuación del almuerzo y la cena en Oxbridge iba a ser, desafortunadamente, una visita al Museo Británico. Una tenía que exprimir todas estas impresiones para separar lo personal y accidental y obtener así el líquido puro, el aceite esencial de la verdad, pues esa visita a Oxbridge y el almuerzo y la cena me habían dejado una gran cantidad de preguntas. ¿Por qué bebían los hombres vino y las mujeres agua? ¿Por qué era un sexo tan próspero y el otro tan pobre? ¿Qué efecto tiene la pobreza en la ficción? ¿Qué condiciones se necesitan para crear obras de arte? Miles de preguntas surgían a la vez, pero necesitaba respuestas, no preguntas; solo obtendría una respuesta si consultara a los eruditos y a los imparciales, quienes se han elevado por encima de los conflictos verbales y de la confusión del cuerpo y han publicado el resultado de sus razonamientos e investigaciones en libros que se encuentran en el Museo Británico. Si la verdad no

está en los estantes del Museo Británico, ¿dónde —me preguntaba, mientras buscaba una libreta y un lápiz— podía una encontrarla?

Así, provista, confiada e inquieta, partí en busca de la verdad. El día, aunque no muy lluvioso, era lúgubre y las calles del barrio del museo estaban llenas de carboneras destapadas por donde tiraban costales de carbón; carruajes de cuatro ruedas se aproximaban y depositaban sobre el pavimento cajas atadas con cuerdas, las cuales contenían —supongo— toda la ropa de alguna familia suiza o italiana que buscaba fortuna o refugio o algún otro lujo conveniente que pueda encontrarse en los hospedajes de Bloomsbury en invierno. Los mismos hombres de siempre, con voz ronca, desfilaban por las calles con carretillas cargadas de plantas. Algunos gritaban; otros cantaban. Londres era como un taller. Londres era como una máquina. A todos nos tiraban hacia adelante y hacia atrás sobre esta tela lisa para estampar algún patrón. El Museo Británico era otro departamento de la fábrica. Se abrieron las puertas giratorias y estando ahí, de pie, bajo la vasta cúpula, me sentía como un pensamiento en una inmensa frente calva espléndidamente rodeada de una franja de nombres famosos. Me dirigí a la recepción, tomé un pedazo de papel, abrí un volumen del catálogo y . . . . . Esos cinco puntos indican cinco minutos de estupefacción, asombro y perplejidad. ¿Tienen idea de cuántos libros se escriben sobre mujeres en un año? ¿Saben cuántos de esos son escritos por hombres? ¿Son conscientes de que somos quizás el animal más analizado del universo? Había llegado con una libreta y un lápiz con la intención de pasarme la mañana leyendo, creyendo que al final de

esta habría transferido la verdad a mi libreta, pero tendría que ser una manada de elefantes y una jungla de arañas —pensé, desesperada, porque son los animales que viven más años y tienen más ojos— para poder enfrentarme a todo esto. Necesitaría garras de acero y un pico de latón para romper apenas la cáscara. ¿Cómo —me pregunté— voy a encontrar granos de verdad entre toda esta masa de papel? Impaciente, empecé a ojear rápidamente la larga lista de títulos. Incluso los nombres de los libros me pusieron a reflexionar. Se entiende que el sexo y su naturaleza atraiga a médicos y biólogos, pero lo que me parecía sorprendente y difícil de explicar era que el sexo —o sea, la mujer— también atrajera a simpáticos ensayistas, hábiles novelistas, hombres jóvenes con maestría en humanidades, hombres sin estudios, hombres sin ninguna cualificación aparente, excepto que no son mujeres. Algunos de estos libros eran, a primera vista, frívolos y jocosos; muchos, por el contrario, eran serios y proféticos, morales y exhortativos. Tan solo los títulos hacían pensar en una infinidad de maestros y clérigos montados en sus plataformas y púlpitos hablando sin parar con una locuacidad que excedía por mucho la hora estipulada para tal discurso sobre este único tema. Es un fenómeno de lo más extraño y, por lo visto —aquí consulté la letra *h*—, limitado al sexo masculino. Las mujeres no escriben libros sobre hombres, un dato que recibí con alivio porque, si primero tuviera que leer todo lo que los hombres han escrito sobre las mujeres y después todo lo que las mujeres han escrito sobre los hombres, la planta que florece una vez cada cien años florecería dos veces antes de que yo pudiera empezar a tomar notas. Así pues, luego de elegir unos doce

volúmenes de un modo perfectamente arbitrario, puse mis papelitos en la bandeja de alambre y esperé en mi cubículo, entre los demás exploradores del aceite esencial de la verdad.

¿Cuál podría ser la razón de esta curiosa disparidad? —me pregunté mientras dibujaba rueditas en los pedazos de papel que pagaban los contribuyentes británicos—. ¿Por qué las mujeres, a juzgar por este catálogo, son mucho más interesantes para los hombres que los hombres para las mujeres? Me parecía algo muy peculiar. Empecé a imaginarme libremente la vida de los hombres que se pasan escribiendo libros sobre mujeres: si eran viejos o jóvenes, casados o solteros, de nariz colorada o jorobados. De cualquier modo, era un poco halagador sentirse el objeto de tal atención, siempre y cuando no la concedieran por completo los discapacitados y los enfermos. Sobre eso reflexionaba cuando una avalancha de libros sobre mi escritorio interrumpió todas esas frívolas ideas. El problema apenas empezaba. El estudiante que aprendió a investigar en Oxbridge conoce, con seguridad, algún método para pastorear su pregunta por todas las distracciones hasta encontrarle respuesta, como guiando una oveja a su corral. El estudiante que estaba a mi lado, por ejemplo, copiando con diligencia de un manual científico, extraía —puedo asegurarlo— granos de mineral esencial más o menos cada diez minutos. Eso indicaban sus gruñiditos de satisfacción. Pero si, por desgracia, una no ha recibido educación en una universidad, la pregunta, lejos de llegar a su corral, corre atolondrada por todos lados, como un rebaño que se asusta cuando lo persigue una manada de perros. Profesores, maestros, sociólogos, clérigos, novelistas, ensayistas, periodistas,

hombres sin ninguna cualificación salvo la de no ser mujeres perseguían mi simple y única pregunta —¿por qué las mujeres son pobres?— hasta que se convirtió en cincuenta preguntas, hasta que las cincuenta preguntas saltaron con frenesí al río y las arrastró la corriente. Había garabatos de notas en cada página de mi libreta. Para mostrarles mi estado mental de ese momento, voy a leerles unas cuantas; aclaro que la página tenía un título en mayúsculas bastante simple: Las mujeres y la pobreza, pero lo que le seguía era algo como esto:

La condición en la Edad Media de,
Los hábitos en las islas Fiyi de,
Las adoraban como diosas en,
De moral más débil que,
El idealismo de,
La mayor meticulosidad de,
Las habitantes de las islas del mar del Sur, la edad de puber-
/tad entre,
El atractivo de,
En ofrenda como sacrificio a,
El tamaño pequeño del cerebro de,
La profunda subconsciencia de,
Menos vello en el cuerpo de,
La inferioridad mental, moral y física de,
El amor a los hijos de,
Mayor duración de la vida de,
Músculos más débiles de,
La fuerza del afecto de,
La vanidad de,

La educación superior de,
La opinión de Shakespeare sobre,
La opinión de lord Birkenhead sobre,
La opinión del decano William Inge sobre,
La opinión de La Bruyére sobre,
La opinión del doctor Samuel Johnson sobre,
La opinión del señor Oscar Browning sobre, [...]

En este punto, tomé aire y agregué en el margen: «¿Por qué Samuel Butler afirma: "Los hombres sabios nunca dicen lo que piensan de las mujeres"?» Por lo visto, los hombres sabios nunca hablan de otra cosa. No obstante —continué, reclinándome en mi silla y mirando la vasta cúpula en la que era un único, pero ahora algo hostigado pensamiento—, lo más desafortunado es que los hombres sabios nunca piensan lo mismo sobre las mujeres. Esto decía Pope: «La mayoría de las mujeres no tiene carácter en absoluto». Luego, esto decía La Bruyére: «*Les femmes sont extrêmes; elles sont meilleures ou pires que les hommes*»[4]. Es una contradicción directa de dos entusiastas observadores que eran contemporáneos. ¿Son capaces o no de recibir educación? Napoleón pensaba que no; el doctor Johnson opinaba lo contrario[5]. ¿Tienen o no alma?

4 Las mujeres son de extremos; o son mejores o peores que los hombres. *(N. del T.)*

5 «"Los hombres saben que las mujeres los superan y por eso escogen a las más débiles o las más ignorantes. Si no pensaran así, nunca podrían temerles a las mujeres que saben tanto como ellos". Para ser justo con el sexo femenino y hablando con franqueza, reconozco

Algunos salvajes dicen que no; por el contrario, otros sostienen que las mujeres son semidivinas y las adoran por ese motivo[6]. Algunos sabios argumentan que tienen un cerebro superficial; otros, que tienen una consciencia más profunda. Goethe las honraba; Mussolini las desprecia. Donde sea que mirara, los hombres tenían opiniones sobre las mujeres y eran opiniones diferentes. Decidí que era imposible ponerle pies y cabeza a todo esto; miraba con envidia al lector que estaba a mi lado haciendo unos resúmenes clarísimos, muchas veces segmentados con una A, una B o una C, cuando mi propia libreta se rebelaba con los garabatos más disparatados de apuntes contradictorios. Era angustiante, era desconcertante, era humillante. Hasta la última gota de verdad se me había escurrido por entre los dedos.

No podía irme a casa —pensé— y que mi aporte serio al estudio de las mujeres y la ficción fuera que estas tienen menos vello corporal que los hombres o que las habitantes de las islas del mar del Sur llegan a la pubertad a los nueve años —¿o decía noventa?—; incluso la letra, por lo enredada, se había tornado indescifrable. Era vergonzoso no tener nada más importante o presentable para mostrar después del trabajo de toda una mañana. Si no lograba encontrar la verdad sobre M (por brevedad había terminado por llamarla así) en

que, en una conversación posterior, me dijo que lo que había dicho había sido en serio». Boswell, *Diario de un viaje a las Hébridas*.

6 «Los antiguos germanos creían que había algo de sagrado en las mujeres y, por consiguiente, las consultaban como oráculos». Frazer, *La rama dorada*.

el pasado, ¿para qué preocuparme por M en el futuro? Por numerosos y eruditos que fueran, me pareció una total pérdida de tiempo consultar a todos esos caballeros que se especializan en la mujer y su efecto en cualquier cosa: la política, los hijos, el salario, la moral. Ni abrir sus libros valía la pena.

Sin embargo, mientras reflexionaba, había hecho inconscientemente, en mi languidez, en mi desesperación, un dibujo donde debí haber escrito, como mi vecino, una conclusión. Había dibujado un rostro, una figura. Era el rostro y la figura del profesor von X. concentrado escribiendo su monumental obra titulada *La inferioridad mental, moral y física del sexo femenino*. En mi dibujo, no era un hombre que a las mujeres les pareciera atractivo. Era fornido y tenía una papada grande; para equilibrarlo, tenía ojos muy pequeños; tenía el rostro rojísimo. Su expresión sugería que estaba bajo el efecto de una emoción que lo hacía clavar la pluma en el papel mientras escribía, como si estuviera matando un insecto peligroso, pero no se sentía satisfecho, ni siquiera después de haberlo matado; tenía que seguir matándolo; aun así, no lo abandonaban la rabia y la irritación. ¿Podría ser —me pregunté, mirando mi dibujo— a causa de su esposa? ¿Estaría enamorada de un oficial de caballería? ¿Era un oficial de caballería esbelto y elegante y vestía de astracán? ¿Tal vez alguna joven atractiva se burlaba del profesor —para adoptar la teoría freudiana— cuando este era todavía un bebé? Incluso en su cuna —pensé—, no pudo haber sido un niño guapo. Por alguna razón, el profesor estaba destinado a verse iracundo y horrendo en mi boceto mientras escribía su gran libro sobre la inferioridad mental, moral y física de las mujeres. Hacer dibujos era una

forma ociosa de terminar el trabajo de una mañana improductiva. No obstante, en el ocio, en los sueños, a veces sale a la superficie la verdad sumergida. Gracias a un ejercicio psicológico muy elemental —que no debe dignificarse con el nombre de psicoanálisis—, me di cuenta, al observar mi libreta, de que había dibujado con furia el boceto del profesor iracundo. La rabia me había arrebatado el lápiz mientras yo soñaba, pero ¿qué hacía la rabia ahí? Interés, confusión, diversión, aburrimiento: podía rastrear y nombrar todas esas emociones que habían surgido una tras otra durante toda la mañana. ¿Había estado la rabia, la serpiente negra, acechando entre ellas? Sí, según el boceto, así era. Me remitió inequívocamente al único libro, a la única frase que había despertado el demonio en mí: la afirmación del profesor sobre la inferioridad mental, moral y física de las mujeres. Se me había acelerado el corazón. Se me había subido el calor a la cara. Me había puesto colorada de la rabia. Por muy tonto que fuera, no había nada especialmente extraordinario en eso. A una no le gusta que le digan que, por naturaleza, es inferior a un hombrecito —miré al estudiante que había a mi lado— que respira con dificultad, que no sabe anudarse la corbata y que no se afeita desde hace quince días. Una tiene ciertas vanidades ridículas. Es la naturaleza humana —reflexioné—. Empecé a dibujar rueditas y círculos sobre el rostro del profesor iracundo hasta que se asemejó a un arbusto ardiendo o a un cometa en llamas, de cualquier modo, un espectro sin importancia ni apariencia humana. El profesor era tan solo un montoncito de leña que se consumía en la cima de Hampstead Heath. La rabia pronto se me pasó y pude justificarla, pero quedé con la curiosidad: ¿cómo explicar

la rabia de los profesores?, ¿por qué estaban iracundos? Si analizaba la impresión que me daban estos libros, siempre encontraba cierta vehemencia, la cual se manifestaba de muchas formas: sátira, sensiblería, curiosidad, reprobación. Sin embargo, había algo más que estaba usualmente presente y que no era fácil identificar de inmediato; para mí, era la rabia, pero era una rabia que en el fondo se había mezclado con muchas otras emociones. A juzgar por sus extraños efectos, era una rabia camuflada y compleja, no una rabia simple ni transparente.

Cualquiera que sea la razón, estos libros —pensé, mirando el montón que había sobre el escritorio— no tienen ningún valor para mi propósito. Es decir, científicamente eran inútiles, aunque humanamente estuvieran llenos de instrucción, interés, aburrimiento y datos muy raros sobre los hábitos de las isleñas de Fiyi. Los habían escrito a la luz roja de la emoción y no a la luz blanca de la verdad. Por lo tanto, regresarían al escritorio central y, de ahí, cada uno, a su propia celda en el enorme panal. Lo único rescatable del trabajo de esa mañana fue el dato de la rabia. Los profesores —los metí a todos en el mismo saco— estaban iracundos, pero ¿por qué —me pregunté después de haber devuelto los libros—, por qué —repetía, parada debajo de la columnata entre las palomas y las canoas prehistóricas—, por qué están enojados? Con esta pregunta en mente, empecé a andar para buscar un lugar dónde almorzar. ¿Cuál es la naturaleza real de lo que, por ahora, llamo su rabia? Ese era un misterio que duraría mientras esperaba a que me sirvieran la comida en un pequeño restaurante en algún lugar cerca del Museo Británico. Algún comensal había dejado la edición meridiana del periódico vespertino en una silla y, mientras esperaba

la comida, empecé a leer distraídamente los titulares. Una franja de letras muy grandes atravesaba toda la página. Alguien había logrado un gran puntaje en Sudáfrica. En franjas más pequeñas se anunciaba que sir Austen Chamberlain estaba en Ginebra. Habían encontrado en un sótano un hacha de carnicería con cabello humano. El señor juez *** habló en el juzgado de familia sobre el descaro de las mujeres. Había otras noticias en el periódico: habían descolgado a una actriz de cine de una cima en California y la habían dejado suspendida en el aire; iba a ser un día nublado. Hasta el visitante más fugaz de este planeta —pensé— que leyera este periódico se daría cuenta, incluso con base en este testimonio disperso, de que a Inglaterra la gobierna un patriarcado. Nadie en su sano juicio podría desconocer el dominio del profesor. Suyos eran el poder, el dinero y la influencia. Era el propietario, el editor y el corrector de pruebas del periódico. Era el secretario de relaciones exteriores y el juez. Era el jugador de críquet y el dueño de los caballos de carrera y de los veleros. Era el director de la empresa que paga el doscientos por ciento a sus accionistas. Donó millones a organizaciones benéficas y universidades que él mismo dirigía. Suspendió a la actriz de cine en el aire. Decidirá si el pelo en el hacha de carnicería es humano; es él quién absolverá o condenará al asesino y lo ejecutará o lo dejará en libertad. A excepción de la niebla, parecía controlarlo todo, y aun así estaba enojado. Supe que estaba enojado porque, cuando leía lo que escribió sobre las mujeres, no pensaba en lo que decía, sino en él. Cuando un escritor argumenta sin apasionamientos, se enfoca en el argumento; por lo tanto, el lector también se centrará en el argumento. Si hubiera escrito desapasionadamente

sobre las mujeres, si hubiera utilizado pruebas irrefutables para fundamentar su argumento y si no hubiera querido que el resultado fuera una cosa en vez de otra, a mí tampoco me habría molestado. Habría aceptado la realidad tal como se acepta el hecho de que una arveja es verde o de que un canario es amarillo. Que así sea entonces —habría dicho—. Sin embargo, me dio rabia porque él tenía rabia. De todos modos, parecía absurdo —pensé mientras le daba la vuelta al periódico— que un hombre con todo su poder tuviera rabia. ¿O de algún modo es la rabia —me pregunté— el duendecillo familiar, el asistente del poder? A las personas ricas, por ejemplo, muchas veces les da rabia porque asumen que los pobres quieren apoderarse de su riqueza. Es posible que a los profesores —o patriarcas, como sería más preciso llamarlos— les dé rabia, en parte, por ese mismo motivo, pero también por algo que no es tan evidente en la superficie. Quizás no tenían «rabia» para nada. De hecho, a menudo, eran admirables, devotos, ejemplares en su vida privada. Tal vez cuando el profesor insistió con un poco de demasiada vehemencia en la inferioridad de las mujeres, no le preocupaba esa inferioridad sino su propia superioridad. Era eso lo que estaba protegiendo con tanto ímpetu y empeño porque para él era una joya invaluable. Para ambos sexos, la vida —pensé mientras miraba la gente abrirse paso por la acera— es ardua, difícil; es una constante lucha y requiere una valentía y una fortaleza inagotables. Más que nada, quizás, por ser las personas criaturas de ilusión, requiere que confíen en sí mismas porque, sin esa seguridad personal, estarían indefensas como bebés en su cuna. ¿Cómo, entonces, se construye esta cualidad imponderable, que es además tan invaluable, lo más

rápido posible? Pensando que otras personas son inferiores; creyendo que se tiene alguna superioridad innata sobre otros, lo cual puede ser riqueza, rango, una nariz recta o el retrato que hizo Romney del abuelo —porque no existe límite para los patéticos dispositivos de la imaginación humana—. Por eso es tan importante para un patriarca que tiene que conquistar, que tiene que gobernar, creer que grandes números de personas, la mitad de la raza humana de hecho, son inferiores a él por naturaleza. Debe ser, en realidad, una de las principales fuentes de su poder. Ahora veamos la vida real a la luz de esta observación —pensé—. ¿Ayuda a explicar algunos de esos misterios psicológicos que se echan de ver al margen de la vida diaria? ¿Explica mi asombro del otro día cuando Z, el más compasivo, el más modesto de los hombres, al abrir un libro de Rebecca West y leer un fragmento, exclamó: «¡Una consumada feminista! ¡Dice que los hombres son unos esnobs!»? La exclamación, para mí tan sorprendente —¿por qué la señorita West era una consumada feminista por expresar una afirmación posiblemente verdadera, aunque poco halagadora, sobre el otro sexo?— no era tan solo el grito de la vanidad herida; era una protesta contra alguna infracción a su capacidad de creer en él mismo. Todos estos siglos, las mujeres han sido espejos que poseen la magia y el delicioso poder de reflejar la figura del hombre al doble de su tamaño natural. Es probable que, sin ese poder, la Tierra todavía fuera selva y pantano, desconociéramos las glorias de todas nuestras guerras y todavía estuviéramos rayando figuras de venados en los restos de huesos de carnero y trocando pedernales por pieles de oveja o cualquier adorno simple acorde con nuestro gusto poco sofisticado. Nunca habrían existido los

superhombres ni los dedos del destino. El zar y el káiser nunca habrían reinado ni abdicado. Cualquiera que sea su uso en sociedades civilizadas, los espejos son esenciales para toda acción violenta y heroica. Por eso, tanto Napoleón como Mussolini han insistido con tanto énfasis en la inferioridad de las mujeres, porque si ellas no eran inferiores, ellos habrían dejado de engrandecerse. Eso sirve para explicar, en parte, lo necesarias que muchas veces son las mujeres para los hombres y para explicar lo preocupados que se sienten bajo su crítica, lo imposible que es para ella decirles que un libro es malo, que una imagen es pobre o lo que sea, sin producir mucho más dolor y generar mucha más rabia que un hombre que hiciera la misma crítica. Si ella empieza a decir la verdad, se encoje la figura del espejo; disminuye la idoneidad del hombre para la vida. ¿Cómo va a seguir emitiendo juicios, civilizando indígenas, legislando, escribiendo libros, vistiéndose de gala y dando discursos en banquetes si al desayuno y a la cena no puede ver su tamaño real duplicado? Así discurría yo, desmigando mi pan y revolviendo mi café y, de vez en cuando, mirando a la gente en la calle. La visión del espejo es de suprema importancia porque recarga la vitalidad y estimula el sistema nervioso. Sin ella, el hombre podría morir como un drogadicto privado de su cocaína. Hechizados por esa ilusión —pensé, mirando por la ventana—, los hombres, la mitad de los transeúntes, se dirigen a pasos largos al trabajo. Bajo los primeros rayos de la mañana, se ponen sus sombreros y abrigos; empiezan el día seguros, preparados, creyéndose deseados en el té de la señorita Smith; cuando ingresan al salón, se dicen: «Soy superior a la mitad de la gente que hay aquí». Por eso es que hablan con esa

confianza, esa seguridad en ellos mismos, la cual ha tenido consecuencias tan profundas en la vida pública y suscita tan curiosas notas al margen de la mente privada.

Interrumpí estos aportes al peligroso y fascinante tema de la psicología del otro sexo —tema que, espero, investigarán cuando cuenten con quinientas libras al año— porque debía pagar la cuenta. Fueron cinco chelines y nueve peniques. Le di al mesero un billete de diez chelines y se fue a traerme el cambio. Había otro billete de diez chelines en mi cartera. Me fijé en él, pues un hecho que todavía me deja sin aliento es el poder de mi cartera para reproducir billetes de diez chelines automáticamente. La abro y ahí aparecen. La sociedad me da comida, bebida, lecho y techo a cambio de pedazos de papel que me dejó una tía por el simple hecho de que compartimos el mismo apellido.

Tengo que contarles que mi tía, Mary Beton, murió por una caída de su caballo una vez que salió a cabalgar en Bombay. Me enteré de la noticia de mi herencia una noche, más o menos por los mismos días en que se aprobó la ley que permitía el voto femenino. Recibí en mi buzón la carta de un abogado; me informaba que mi tía me había dejado una herencia vitalicia de quinientas libras anuales. De las dos cosas —el voto y el dinero—, reconozco que el dinero me pareció muchísimo más importante. Antes de eso, me había ganado la vida con trabajos esporádicos en los periódicos, cubriendo, por ejemplo, un espectáculo de burros o un matrimonio; me había ganado unas cuantas libras enviando sobres, leyéndoles a unas ancianas, haciendo flores artificiales, enseñándoles el abecedario a unos niños pequeños en una guardería. Esas eran las

principales ocupaciones que podían desempeñar las mujeres antes de 1918. Creo que no necesito describir en detalle la dificultad del trabajo, porque quizás conocen mujeres que lo han hecho; tampoco la dificultad de vivir del dinero que una misma se gana, porque es posible que ustedes lo hayan intentado; sin embargo, recuerdo que, peor que estas dos dificultades, fue el veneno del miedo y la amargura que aquellos días instilaron en mí. Para empezar, una tenía que estar haciendo siempre un trabajo que no quería hacer y hacerlo como una esclava, con halagos y servilismos, tal vez no siempre necesariamente, pero parecía indispensable, pues lo que estaba en juego era demasiado grande para correr riesgos. Entonces, una pensaba en ese único talento —uno pequeño pero valioso para quien lo tuviera— que escondido significaba la muerte porque se desvanecía y con él mi ser, mi alma. Todo esto era como un moho que se carcome la floración de la primavera, que destruye el árbol desde adentro. Sin embargo, como les decía, mi tía murió y, cada vez que pago con un billete de diez chelines, desaparece un poco ese moho y esa corrosión, desaparecen el temor y la amargura. En efecto —pensé al echar las monedas en mi cartera y al recordar la amargura de aquellos días —, es extraordinario el cambio de estado de ánimo que trae consigo un ingreso fijo. No hay poder humano que me pueda arrebatar mis quinientas libras. Tengo comida, techo y ropa para siempre. Por lo tanto, no solo cesan el esfuerzo y el trabajo, sino también el odio y la amargura. No tengo por qué odiar a ningún hombre, pues no pueden lastimarme. No necesito halagar a ningún hombre, pues no tienen nada que darme. Así que, sin darme cuenta, adopté

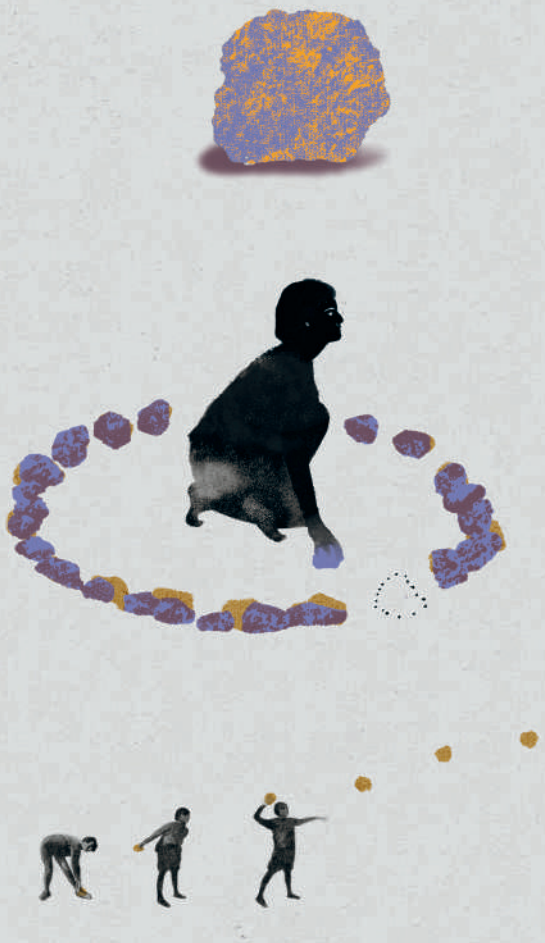
una nueva actitud hacia la otra mitad de la raza humana. Era absurdo culpar una clase o un sexo en conjunto. Grandes grupos de personas nunca son responsables de lo que hacen; no pueden controlar los instintos que los impulsan. También ellos, los patriarcas, los profesores, tuvieron innumerables dificultades, tuvieron que lidiar con terribles inconvenientes. Su educación había sido, en ciertos sentidos, tan imperfecta como la mía y había inculcado defectos igual de grandes en ellos. Es cierto que tenían dinero y poder, pero solo a costa de albergar en su pecho un águila, un buitre que una y otra vez destroza el hígado y desgarra a picotazos los pulmones: es el instinto de poseer, la furia de adquirir lo que los impulsa siempre a desear la tierra y los bienes de los demás; a trazar fronteras, enarbolar banderas, navegar buques de guerra y lanzar gases venenosos; a sacrificar su propia vida y la de sus hijos. Caminen por el Arco del Almirantazgo (había llegado a ese monumento) o por cualquier otra avenida dedicada a trofeos y cañones para que reflexionen sobre el tipo de gloria que se celebra ahí; observen que en un día soleado de primavera el corredor de bolsa y el abogado se encierran para hacer dinero y más dinero y más dinero, cuando en realidad quinientas libras al año me han mantenido viva bajo el sol. Albergar esos instintos no es placentero —reflexionaba—; son el resultado de las condiciones de la vida, de la falta de civilización —pensé mientras observaba la estatua del duque de Cambridge y, en particular, con una fijeza que casi nunca han recibido, las plumas de su tricornio—. A medida que me daba cuenta de estos inconvenientes, el miedo y la amargura se transformaban poco a poco en lástima y tolerancia; luego,

en un año o dos, se acabaron la lástima y la tolerancia y sentí la liberación más grande: la libertad de pensar las cosas en sí. Ese edificio, por ejemplo, ¿me gusta o no me gusta?; ¿es esa imagen bella o no?; en mi opinión, ¿es ese libro bueno o no? En efecto, la herencia de mi tía me había revelado el cielo y había reemplazado la gran e imponente figura de un caballero, que Milton me había recomendado adorar a perpetuidad, por una vista del cielo abierto.

Con esas cavilaciones y especulaciones, regresé a mi casa al lado del río. Ya se habían encendido las farolas e, inexplicablemente, Londres era diferente al de la mañana. Era como si, después de funcionar todo el día, la gran máquina hubiera fabricado con nuestra ayuda unos cuantos metros de algo bello y fascinante: un tejido intenso con ojos rojos destellantes, un monstruo leonado con rugidos de cálido aliento. Hasta el viento parecía enarbolado como una bandera, azotando las casas y agitando las vallas.

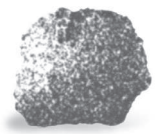
En mi pequeña calle, sin embargo, reinaba la domesticidad. El pintor de fachadas descendía por su escalera; la niñera regresaba, empujando el coche con cuidado, para darles la comida a los niños; el estibador de carbón doblaba los costales vacíos uno encima del otro; la tendera hacía las cuentas del día con manoplas rojas puestas, pero yo estaba tan absorta en el problema que ustedes habían descargado en mí que ni siquiera podía ver esas acciones cotidianas sin asociarlas con un centro. Me pareció que hoy en día es más difícil —mucho más que hace un siglo incluso— decir cuál de esos empleos es superior o más necesario. ¿Es mejor estibar carbón o cuidar niños? ¿Vale menos para el mundo la señora del aseo que

ha criado a ocho niños que el abogado que ha trabajado para tener cien mil libras? No tiene sentido hacer esas preguntas porque nadie puede responderlas. Aparte de que el valor para comparar a una señora del aseo con un abogado varía de década en década, ni siquiera tenemos instrumentos para medir ese valor al día de hoy. Qué tonto había sido de mi parte pedirle al profesor «pruebas irrefutables» de esto o aquello en su argumento sobre las mujeres. Incluso, aunque hoy pudiéramos estar seguras del valor de un talento, ese valor cambiará; en cuestión de un siglo muy posiblemente habrá cambiado por completo. Además, en unos cien años —pensé cuando llegué a la puerta de mi casa—, las mujeres habrán dejado de ser el sexo protegido. Por lógica, participarán en todas las actividades y los esfuerzos que una vez se les negó. La niñera estibará carbón; la tendera operará una máquina. Todas las suposiciones fundamentadas en la realidad observada cuando las mujeres eran el sexo protegido habrán desaparecido, como, por ejemplo (aquí un pelotón de soldados marchaba por la calle), el supuesto de que las mujeres, los clérigos y los jardineros viven más que otra gente. Si se elimina esa protección, si están expuestas a los mismos esfuerzos y actividades, si pueden ser soldados y navegantes y operarias y trabajadoras portuarias, ¿no morirían las mujeres mucho más jóvenes o mucho más rápido que los hombres? Entonces diríamos «hoy vi a una mujer», como cuando decíamos «hoy vi un avión». Cualquier cosa puede pasar cuando la feminidad deje de ser una ocupación protegida —pensé cuando abría la puerta—, ¿pero qué relación tiene todo esto con el tema de mi discurso: las mujeres y la ficción? —me pregunté mientras entraba a la casa—.



Capítulo tres

* * *



Fue decepcionante no haber traído al final del día ninguna afirmación importante, ningún dato auténtico. Las mujeres son más pobres que los hombres por… una u otra razón. Tal vez en este punto sería mejor renunciar a buscar la verdad y recibir en la cabeza una avalancha de opiniones candentes como lava, descoloridas como agua sucia. Sería mejor cerrar las cortinas, evitar las distracciones, encender la lámpara, limitar la investigación y pedirle al historiador, quien no registra opiniones sino hechos, que describa bajo qué condiciones vivían las mujeres, no a través de los siglos, sino en Inglaterra, digamos que en la época isabelina.

Es un eterno misterio por qué ninguna mujer escribió ni una palabra de esa extraordinaria literatura cuando parecía que todos los hombres eran capaces de escribir canciones y sonetos. ¿Cuáles eran las condiciones en que vivían las mujeres? —me pregunté—. Porque la ficción, es decir, una obra imaginativa, no cae al suelo como una piedrita, como sí podría pasar con la ciencia. La ficción es como una telaraña que —aunque muy débilmente quizás— está pegada a la vida por todos los cuatro extremos. Muchas veces, el pegamento es casi imperceptible; las obras de Shakespeare, por ejemplo, parecen sostenerse solas. Sin embargo, cuando esa telaraña se estira, se engancha en un borde o se deshilacha por la mitad, una recuerda que no fue tejida en el aire por criaturas incorpóreas, sino que

es obra de seres humanos que sufren, y que está ligada a cosas sumamente materiales como la salud, el dinero y las casas donde vivimos.

Me dirigí entonces al estante de los libros de historia y escogí uno de los más recientes, *Historia de Inglaterra* del profesor Trevelyan. Una vez más, busqué «mujer», encontré «situación de» y localicé las páginas indicadas. «Golpear a la esposa» —leí— «era un derecho que tenía el hombre y que se ejercía sin vergüenza tanto en la clase alta como en la baja [...]. Del mismo modo» —continúa el historiador—, «podían encerrar, golpear y arrastrar por el suelo a la hija que se negara a casarse con el caballero que eligieran sus padres, lo cual no conmocionaba a la opinión pública. El matrimonio no era un asunto de afectos personales, sino de avaricia familiar, en particular en las clases altas "refinadas" [...]. A menudo, el compromiso tenía lugar cuando ninguno de los contrayentes sabía caminar, y el matrimonio en cuanto salían del cuidado de las niñeras». Eso era alrededor de 1470, justo después de la época de Chaucer. La siguiente referencia a la situación de la mujer es de unos doscientos años después, en la época de los Estuardo. «Era todavía una excepción que la mujer de clase alta y clase media eligiera a su propio esposo y, después de asignado, este se convertía en dueño y señor, al menos hasta donde la ley y la tradición se lo permitieran. Sin embargo» —concluye el profesor Trevelyan—, «ni las mujeres de Shakespeare ni las mujeres de las auténticas memorias del siglo diecisiete, como las Verney y las Hutchinson, parecen carecer de personalidad y carácter». Definitivamente, si lo pensamos, Cleopatra debió

haber sido muy independiente; lady Macbeth, una supone, tuvo voluntad propia; Rosalinda, se podría concluir, fue una joven atractiva. El profesor Trevelyan está muy en lo cierto cuando anota que las mujeres de Shakespeare no parecen carecer de personalidad y carácter. Sin ser historiadora, podría incluso atreverme a decir que las mujeres han servido como antorchas en todas las obras de todos los poetas desde el principio de los tiempos: Clitemnestra, Antígona, Cleopatra, lady Macbeth, Fedra, Crésida, Rosalinda, Desdémona, la duquesa de Amalfi, entre los dramaturgos, y Millamant, Clarisa, Becky Sharp, Anna Karénina, Emma Bovary, la señora de Guermantes, entre los escritores de prosa. Los nombres se me agolpan en la cabeza y no las recuerdo como mujeres que «carezcan de personalidad y carácter». De hecho, si la mujer no existiera sino en la ficción que escriben los hombres, una se la imaginaría como una persona de suma importancia, muy diversa, heroica e infame, espléndida y despreciable, infinitamente hermosa y espantosa en extremo, tan grandiosa como un hombre o incluso más, como piensan algunos[7]. No obstante, eso es la

7 «Sigue siendo un asunto extraño y casi inexplicable que, en la ciudad de Atenea, donde las mujeres vivían bajo represión casi oriental como odaliscas o esclavas, el teatro haya producido figuras como Clitemnestra, Casandra, Atosa, Antígona, Fedra, Medea y todas las demás heroínas que protagonizan obra tras obra del "misógino" Eurípides. No obstante, nunca se ha explicado a satisfacción la paradoja de ese mundo donde en la vida real una mujer respetable apenas podía dejarse ver el rostro sola en la calle, pero

mujer en la ficción. En la realidad, como lo señala el profesor Trevelyan, a la mujer la encerraban, la golpeaban y la arrastraban por el suelo.

Surge así un ser compuesto, muy extraño. En la imaginación, es de la mayor importancia, pero en la práctica, es del todo insignificante; permea la poesía de principio a fin, pero está casi ausente de la historia; en la ficción, domina la vida de reyes y conquistadores, pero en la realidad, era la esclava de cualquier joven cuyos padres obligaron a pedir su mano; en la literatura, algunas de las palabras más inspiradoras, algunos de los pensamientos más profundos salen de sus labios, pero en la vida real, apenas podía leer, casi no podía escribir y era propiedad de su esposo.

Ciertamente, era un monstruo extraño el que me había imaginado por leer primero a los historiadores y luego a los poetas: un gusano con alas de águila, el espíritu de la vida y la belleza en una cocina picando cebolla, pero estos monstruos,

en el escenario la mujer iguala o sobrepasa al hombre. Existe la misma predominancia en la tragedia moderna. En todo caso, basta un sondeo muy rápido de la obra de Shakespeare (al igual que la de Webster, aunque no la de Marlowe o Jonson) para mostrar cómo este dominio, esta potestad de la mujer se mantiene desde Rosalinda hasta lady Macbeth. Lo mismo sucede en Racine: seis de sus tragedias se llaman como sus heroínas y ¿cuál de sus personajes masculinos podríamos comparar con Hermíone y Andrómaca, Berenice y Roxane o Fedra y Atalía? Una vez más, lo mismo pasa con Ibsen: ¿qué hombre podríamos igualar con Solveig, Nora, Hedda, Hilda Wangel o Rebecca West?». —F. L. Lucas, *Tragedy*, pp. 114-115.

por muy divertido que sea imaginarlos, no existen en realidad. Lo que había que hacer para darle vida era pensar poética y prosaicamente al mismo tiempo, para mantener así el contacto con la realidad —que es la señora Martin, de treinta y seis años, vestida de azul con sombrero negro y zapatos cafés—, pero sin perder de vista la ficción —que es un medio por donde viven atravesando y apareciendo todo tipo de espíritus y fuerzas—. Sin embargo, cuando una intenta este método con la mujer isabelina, falla una parte de la iluminación: nos detiene la escasez de datos. No conocemos nada en detalle, nada del todo cierto y sustancial sobre ella. La historia apenas la menciona. Regresé al profesor Trevelyan con el fin de saber qué significaba la historia para él y, después de mirar los títulos de sus capítulos, encontré que significaba…

«La corte señorial y los métodos de agricultura al aire libre… La orden cisterciense y la ganadería ovina… Las Cruzadas… La universidad… La Cámara de los Comunes… La guerra de los Cien Años… La guerra de las Dos Rosas… Los eruditos del Renacimiento… La disolución de los monasterios… Las luchas agrarias y religiosas… El origen del poderío marítimo inglés… La Armada…» y así por el estilo. De vez en cuando, se hace alusión a una mujer, a una Isabel o a una María, a una reina o a una gran señora, pero una mujer de clase media —con nada más que su inteligencia y carácter— no podría haber participado de ninguna manera en ninguno de los grandes acontecimientos que, en conjunto, constituyen la visión del historiador sobre el pasado. Tampoco la encontraremos en ninguna colección de anécdotas. Aubrey apenas la menciona. Por su parte, ella nunca escribe sobre

su propia vida; escasamente lleva un diario; existe solo un puñado de sus cartas y no dejó obras ni poemas mediante los cuales podamos juzgarla. Lo que quiero es buena cantidad de información —pensé (¿y por qué no puede dármela alguna brillante estudiante de Newnham o Girton?)—: ¿a qué edad se casaba?, ¿cuántos hijos tenía normalmente?, ¿cómo era su casa?, ¿tenía una habitación propia?, ¿cocinaba?, ¿tenía quizás una criada? Supongo que todos estos datos reposan en alguna parte, en registros parroquiales y libros contables. La vida de la mujer isabelina común y corriente debe estar disgregada por ahí; ¿será posible recolectar los pedazos y hacer un libro al respecto? Sería ambicioso, casi una osadía —pensé, mientras buscaba en los estantes libros que no existían—, sugerirles a las estudiantes de esas famosas facultades que reescriban la historia, aunque reconozco que muchas veces me parece un poco extraña como está escrita, irreal, desequilibrada. Así pues, ¿por qué no agregar un suplemento a la historia y llamarlo, por supuesto, con algún nombre discreto para que las mujeres puedan figurar como debe ser? Es que a menudo alcanzamos a verlas en la vida de los grandes, desapareciendo de repente en el fondo, escondiendo —pienso a veces— un guiño, una risa, quizás una lágrima. Después de todo, tenemos suficientes biografías de Jane Austen; parece casi innecesario volver a analizar la influencia de las tragedias de Joanna Baillie en la poesía de Edgar Allan Poe; por mi parte, no me importaría si cerraran al público durante un siglo al menos las casas y los lugares predilectos de Mary Russell Mitford. Lo que sí encuentro deplorable —continué, mirando las estanterías otra vez— es que no se sabe nada

de las mujeres antes del siglo dieciocho. No tengo ningún modelo mental que pueda girar y observar desde diferentes ángulos. Aquí estoy preguntándome por qué las mujeres no escribieron poesía en la época isabelina, y no estoy segura de cómo fueron educadas, si les enseñaban a escribir, si tenían sus propios espacios, cuántas mujeres antes de los veintiún años tenían hijos, qué hacían, en resumidas cuentas, de ocho de la mañana a ocho de la noche. Evidentemente, no tenían dinero. Según el profesor Trevelyan, era muy probable que se casaran, así quisieran o no, siendo todavía niñas, a los quince o dieciséis años. Habría sido rarísimo, dada esta situación, si una de ellas de repente hubiera escrito las obras de Shakespeare —concluí—. Pensé entonces en ese caballero anciano, que ya está muerto, pero que era obispo —creo—, y que afirmó que era imposible que alguna mujer, del pasado, del presente o del futuro, tuviera el genio de Shakespeare. Escribió en los periódicos sobre eso. Además, le dijo a una señora que le pidió información que, en realidad, los gatos no van al cielo, así tengan —agregó— una especie de alma. ¡Sí que nos ahorraban muchas reflexiones esos ancianos señores! ¡Cuánto disminuían las fronteras de la ignorancia gracias a su presencia! Los gatos no van al cielo; las mujeres no pueden escribir las obras de Shakespeare.

En cualquier caso —pensaba, mientras miraba las obras de Shakespeare en el estante—, el obispo estaba en lo cierto al menos en esto: habría sido totalmente imposible que una mujer hubiera escrito las obras de Shakespeare en la época de Shakespeare. Voy a imaginarme, ya que es tan difícil dar con los datos, qué habría pasado si Shakespeare

hubiera tenido una hermana talentosísima, llamada Judith —supongamos—. Es muy probable que Shakespeare haya ido al colegio —gracias a la herencia de su madre— donde aprendió latín —Ovidio, Virgilio y Horacio— y elementos de lógica y gramática. Es bien sabido que fue un muchacho indócil, cazaba conejos, quizás le disparó a algún venado y tuvo que casarse, mucho antes de lo que él hubiera querido, con una mujer de la vecindad con quien tuvo un hijo más rápido de lo esperado. Esa aventura lo llevó a buscar fortuna en Londres. Tenía, al parecer, gusto por el teatro; empezó cuidando los caballos a la entrada de los escenarios. Muy pronto consiguió trabajo en el teatro, se volvió un actor exitoso y empezó a vivir en el centro del universo: conocía a todo el mundo, era amigo de todos, ejercía su arte en las tablas, era ocurrente en las calles e incluso tenía acceso al palacio de la reina. Mientras tanto, su hermana extraordinariamente talentosa —supongamos— seguía en casa. Era tan aventurera y tan imaginativa y estaba tan deseosa de ver el mundo como él, pero a ella no la enviaron a la escuela. No tuvo la oportunidad de aprender lógica ni gramática, ni que hablar de leer a Horacio y Virgilio. Tomaba un libro de vez en cuando, uno de su hermano tal vez, y leía unas cuantas páginas, pero luego llegaban sus padres y le pedían que remendara las medias o preparara la cena y que no soñara despierta con libros y papeles. Se lo habrían dicho severa pero bondadosamente, porque eran personas conscientes de la realidad de las mujeres y amaban a su hija. De hecho, es muy probable que ella fuera la adoración de su padre. Quizás, a escondidas, en la bodega

de manzanas, escribía algunas páginas, pero era cuidadosa y las guardaba bien o las quemaba. Pronto, sin embargo, cuando todavía era una adolescente, la prometieron en matrimonio al hijo de un comerciante de lana del vecindario. Gritó que odiaba el matrimonio y, por eso, su padre la castigó con severidad. Luego, dejó de reprenderla y empezó a rogarle que no lo lastimara, que no lo avergonzara con ese asunto del matrimonio. Con lágrimas en los ojos, le prometió un collar de cuentas o una enagua elegante. ¿Cómo podría desobedecerle? ¿Cómo podría romperle el corazón? La misma fuerza de su propio talento la llevó a eso. Armó un pequeño paquete con sus pertenencias, se escapó por la ventana una noche de verano y se encaminó hacia Londres. Todavía no tenía diecisiete. Era tan musical como los pájaros que cantan en los arbustos. Tenía la más aguda predilección por la melodía de las palabras, un talento como el de su hermano. Como a él, a ella le gustaba el teatro. Llegó a la entrada de los artistas y dijo que quería actuar, pero los hombres se le burlaron en la cara. El director, un hombre gordo indiscreto, se rio a carcajadas y vociferó algo sobre *French poodles* bailando y mujeres actuando. «Es imposible» —dijo— «que una mujer sea actriz» e hizo ciertas insinuaciones —pueden imaginarse sobre qué—. Así que no logró recibir entrenamiento en su oficio. ¿Podía al menos buscar qué cenar en un comedor o deambular las calles a la medianoche? Aun así, su don era la ficción y anhelaba alimentarse con abundancia de la vida de hombres y mujeres y el estudio de sus características. Al fin —como era muy joven y, curiosamente, tenía un

rostro parecido al del poeta Shakespeare, los mismos ojos grises y cejas arqueadas—, Nick Greene, el actor y director, se apiadó de ella. Terminó por quedar embarazada de él y —¿quién puede medir la vehemencia y la violencia de un corazón poético cuando está atrapado y enredado en el cuerpo de una mujer?— se mató una noche de invierno. Hoy está enterrada en un cruce de vías, donde ahora es el paradero de buses de Elephant and Castle.

Creo que así es como más o menos sería la historia de una mujer que hubiera tenido el genio de Shakespeare en la época de Shakespeare. Por mí, estoy de acuerdo con el difunto obispo —si es que ese era su oficio—. Es impensable que una mujer, en los tiempos de Shakespeare, hubiera tenido el genio de él porque un genio como el de Shakespeare no nace entre gente obrera, analfabeta y servil. No nacía en Inglaterra entre los sajones y los britanos. No nace hoy entre las clases trabajadoras. ¿Cómo entonces podría haber nacido entre mujeres que empezaron a trabajar, según el profesor Trevelyan, siendo todavía niñas por orden de sus padres y obligadas por el poder de la ley y la tradición? Sin embargo, algún tipo de genio debió haber existido entre esas mujeres, así como también debió haber existido entre la clase trabajadora —cada tanto, relucen una Emily Brontë o un Robert Burns y lo demuestran—, pero lo cierto es que nunca llegó a plasmarse en el papel. Sin embargo, cuando una lee sobre una bruja sumergida en el agua, sobre una mujer poseída por demonios, sobre una sabia vendedora de yerbas o incluso sobre un hombre muy notable que tenía una madre, pienso entonces que estamos sobre la pista de una

novelista extraviada, una poeta suprimida, una Jane Austen muda y desconocida, una Emily Brontë que se voló los sesos en el páramo o que deambulaba haciendo muecas enloquecida por la tortura a la que su talento la había condenado. De hecho, me atrevería a suponer que Anónimo, quien escribió tantos poemas sin recitarlos, era muchas veces una mujer. Fue una mujer, como lo sugirió creo que Edward Fitzgerald, quien compuso las baladas y las canciones tradicionales, tarareándoselas a sus hijos, amenizando con ellas sus tareas de hilado o las largas noches de invierno.

Verdadero o no —quién sabe—, lo que sí me parecía cierto después de revisar la historia que me había inventado de la hermana de Shakespeare es que cualquier mujer nacida con gran talento en el siglo dieciséis desde luego se habría vuelto loca; se habría pegado un tiro o habría terminado sus días en una choza aislada en las afueras de la aldea, medio bruja, medio maga, temida y ridiculizada. No se necesita ser una experta en psicología para saber que una joven muy talentosa que hubiera querido dedicarse a la poesía habría terminado tan socialmente boicoteada y entorpecida, tan torturada y contrariada por querer seguir sus propios instintos que habría enfermado y enloquecido. Ninguna joven podría haber caminado hasta Londres, pararse a la entrada de los artistas y forzar su presencia ante directores de teatro sin causarse a sí misma una violencia y una angustia que pudieron haber sido irracionales —ya que la castidad puede ser un fetiche que inventaron ciertas sociedades por razones desconocidas—, pero, aun así, inevitables. La castidad tenía entonces —y tiene hoy— una importancia religiosa en la vida

de las mujeres y está tan pegada a los nervios e instintos que liberarla y sacarla a la luz del día requiere una valentía excepcional. Haber vivido una vida libre en Londres en el siglo dieciséis habría significado para una mujer poeta y dramaturga un estrés nervioso y un dilema capaces de matarla. Si hubiera sobrevivido, lo que hubiera escrito habría sido algo distorsionado y deformado por provenir de una imaginación mórbida y fatigada. Sin duda —pensé, mirando el estante donde no hay obras de mujeres—, no habría firmado su trabajo; habría buscado ese refugio. Eran vestigios del sentido de castidad lo que imponía el anonimato en las mujeres, incluso en el siglo diecinueve. Currer Bell, George Eliot, George Sand, todas víctimas de una lucha interna como lo demuestran sus escritos, buscaron infructuosamente esconderse en el nombre de un hombre. Así le rindieron homenaje a la tradición de que, en las mujeres, la publicidad es detestable, tradición que, si no la impuso el otro sexo, sí la impulsó generosamente («la principal gloria de una mujer es no estar en boca de la gente» —dijo Pericles, él mismo un hombre muy comentado—). En sus venas corre el anonimato. Todavía las posee el deseo de pasar desapercibidas. Ni siquiera ahora les preocupa tanto su buena fama como a los hombres, y la mayoría de ellas pasará junto a una lápida o a un letrero sin sentir un deseo irresistible de grabar su nombre ahí, como deben hacerlo Alf, Bert o Chas para obedecer a su instinto, que les susurra si ven pasar a una mujer elegante, o incluso a un perro: «*Ce chien est à moi*»[8]. Por supuesto, no tiene que ser un perro —pensé, recordando la Parliament Square, la Siegesallee y otras avenidas—; puede ser un pedazo de tierra o un hombre de cabello negro crespo. Una de las grandes ventajas de ser mujer es poder pasar incluso delante de una negra muy hermosa sin querer convertirla en inglesa.

Entonces, esa mujer que nació con el don de la poesía en el siglo dieciséis era una mujer infeliz, una mujer en lucha consigo misma. Todas sus condiciones de vida, todos sus propios instintos le eran hostiles al estado mental que se requiere para liberar lo que haya en el cerebro. Me pregunté entonces cuál es el estado mental más propicio para el acto de creación. ¿Podemos dar con alguna noción de ese estado que impulsa y hace posible esa extraña actividad? Aquí abrí el volumen que contiene las tragedias de Shakespeare. ¿Cuál era el estado mental de Shakespeare, por ejemplo, cuando escribió *El rey Lear* y *Antonio y Cleopatra*? Fue ciertamente el estado mental más favorable que haya existido para la poesía alguna vez, pero ni el mismo Shakespeare habló al respecto. Solo sabemos de pasada y por casualidad que «nunca tachó una línea». Los artistas nunca dijeron nada sobre su estado mental sino tal vez apenas en el siglo dieciocho; quizás empezó con Rousseau. De todos modos, en el siglo diecinueve, la autoconsciencia se había desarrollado tanto que era costumbre de los hombres de letras describir sus mentes en confesiones y autobiografías.

8 Este perro es mío. *(N. del T.)*

También se escribieron sus vidas y se imprimieron sus cartas después de muertos. Así es como, aunque no sabemos por lo que pasó Shakespeare cuando escribió *El rey Lear*, sí sabemos por lo que pasó Carlyle cuando escribió *La revolución francesa*, por lo que pasó Flaubert cuando escribió *Madame Bovary* y por lo que estaba pasando Keats cuando intentó escribir poesía en contra de la inminencia de la muerte y la indiferencia del mundo.

Lo que deducimos de esta vasta literatura moderna de la confesión y el autoanálisis es que escribir una obra maestra es casi siempre una hazaña de enorme dificultad. Todo está en contra de la probabilidad de que salga intacta y completa de la mente del escritor. Por lo general, se oponen las circunstancias materiales: los perros ladran, la gente interrumpe, hay que ganar dinero, la salud es frágil. Además, para acentuar todos estos obstáculos y hacerlos más difíciles de soportar, está la notoria indiferencia del mundo. El mundo no pide que se escriban poemas ni novelas ni historias; no las necesita. No le importa si Flaubert encuentra la palabra correcta o si Carlyle verifica con escrúpulo este u otro dato. Lo más normal es que no se pague por lo que no se quiere. Así, el escritor —Keats, Flaubert, Carlyle— experimenta, en especial en los años creativos de la juventud, todo tipo de distracción y disuasión. De esos libros de análisis y confesión se escucha un insulto, un grito de agonía. «Extraordinarios poetas en su miseria muertos»; tal es el peso de su canto. Si algo surge a pesar de todo esto, es un milagro y lo más probable es que ningún libro nace como fue concebido: íntegro y sin deformaciones.

Para una mujer —pensé, mirando los estantes vacíos—, estas dificultades eran muchísimo peores. En primer lugar, tener una habitación propia, y además tranquila o silenciosa, era imposible, incluso hasta principios del siglo diecinueve, a menos que sus padres fueran demasiado ricos o muy nobles. Como su dinero para gastos personales, el cual dependía de la benevolencia de su padre, solo le alcanzaba para mantenerse vestida, no se podía permitir los alivios que se le concedían incluso a Keats, Tennyson o Carlyle —todos hombres pobres— de un viaje a pie, un viaje corto a Francia o un alojamiento separado que, así fuera pésimo, la refugiara de los reclamos y la tiranía de su familia. Tales dificultades materiales eran sorprendentes, pero mucho peores eran las inmateriales. La indiferencia del mundo que les pareció tan duro de soportar a Keats, Flaubert y otros hombres de genio fue, en el caso de ella, hostilidad. El mundo no le dijo a ella lo que les dijo a ellos: «Escriban si quieren que para mí es irrelevante». No. El mundo soltó una carcajada y dijo: «¿Escribir? ¿Para qué serviría lo que escribas?». En este punto, podrían ayudarnos las psicólogas de Newnham y Girton —pensé, mirando otra vez los espacios vacíos en los estantes—, pues, sin duda, es hora de que se mida el efecto de la disuasión en la mente de la artista, del mismo modo que, como he visto, la industria láctea mide el efecto de la leche ordinaria y la leche de buena calidad en el cuerpo del ratón. De los dos ratones que ponen en jaulas una al lado de la otra, uno termina siendo furtivo, tímido y pequeño y el otro, brillante, audaz y grande. ¿Con qué alimentamos entonces —me

preguntaba, supongo que recordando esa cena de ciruelas pasas y flan— a las mujeres en cuanto artistas? Para responder esa pregunta, nada más tenía que abrir el periódico vespertino y leer la opinión de lord Birkenhead…, pero en realidad no voy a molestarme en replicar lo que lord Birkenhead opina sobre la escritura de las mujeres. También dejaré pasar lo que dice el decano William Inge. El especialista médico de la Harley Street tiene licencia para provocar ecos con sus vociferaciones en esa calle sin que pueda aterrorizarme. Voy a citar, eso sí, al señor Oscar Browning porque una vez tuvo gran importancia en Cambridge y solía evaluar a las estudiantes de Girton y Newnham. El señor Oscar Browning tenía la costumbre de decir «que la impresión con la que quedaba después de leer los exámenes era que, independientemente de las notas que asignara, el intelecto de la mejor estudiante era inferior al del peor estudiante hombre». Después de dicha declaración, el señor Browning se va a sus aposentos —y esto es lo que lo hace entrañable y una figura humana de cierta envergadura y majestuosidad— y encuentra a un trabajador de establos tirado en el mueble: «puros huesos, los cachetes hundidos y amarillentos, los dientes negros, y parecía que le flaqueaban las extremidades… "Él es Arthur" —dice el señor Browning—, "un muchacho muy simpático e ingenioso"». Me parece que las dos imágenes siempre se complementan. Por fortuna, en esta época de la biografía, las dos imágenes se complementan muchas veces para que podamos interpretar la opinión de los grandes hombres no solo por lo que dicen, sino también por lo que hacen.

Aunque hoy en día esto es posible, opiniones de ese calibre que provinieran de labios de personas importantes debieron haber sido bastante impresionantes, incluso hace cincuenta años. Supongamos que un padre, con las mejores intenciones, no quería que su hija abandonara el hogar para convertirse en escritora, pintora o académica. «Mira lo que dice el señor Oscar Browning» —habría dicho—. No solo era el señor Browning, sino también el *Saturday Review*, el señor Greg («lo imprescindible en la existencia de una mujer es que *el hombre la mantenga y que ella lo atienda*» —decía el señor Greg con énfasis—), una cantidad enorme de opiniones masculinas que apuntan a no esperar nada intelectual de las mujeres. Incluso si su padre no leyera en voz alta estas opiniones, la joven podía leerlas por sí misma, lo cual, todavía en el siglo diecinueve, reducía su vitalidad y afectaba profundamente su obra. Siempre habría existido una afirmación —no puedes hacer esto, no eres capaz de hacer aquello— contra la cual protestar o a la cual sobreponerse. Es probable que para las novelistas estos gérmenes ya sean un poco inofensivos, porque han existido mujeres novelistas de mérito, pero todavía deben causarles algún daño a las pintoras y, me imagino, son aún eficaces y en extremo venenosos para las músicas. La situación de la compositora hoy en día es similar a la de la actriz en los tiempos de Shakespeare. Nick Greene —pensé, recordando la historia que me había inventado sobre la hermana de Shakespeare— decía que una mujer actuando era como un perro bailando. Johnson repetiría esta comparación doscientos años más tarde para referirse a la predicación

femenina. Ahora, en 1928, en este año de gracia, tenemos aquí otra vez —me dije, abriendo un libro de música— las mismas palabras en referencia a las mujeres que quieren escribir música: «Sobre la señorita Germaine Tailleferre, tan solo repito el dictamen del doctor Johnson en relación con una predicadora, trasladándolo a términos musicales: "Señor, una mujer componiendo es como un perro caminando con las patas traseras: no lo hacen bien, pero sorprende el hecho de que lo hagan"»[9]. Con tanta precisión es que se repite la historia.

Así pues —concluí, cerrando la biografía del señor Oscar Browning y apartando lo demás—, es bastante evidente que incluso en el siglo diecinueve una mujer no tenía motivaciones para ser artista; por el contrario, la desairaban, la abofeteaban, la reprendían y la amonestaban. La necesidad de oponerse a esto o desaprobar aquello debió debilitarle la mente y reducirle la vitalidad. Aquí nos encontramos otra vez dentro del rango de ese complejo masculino tan interesante y oscuro que ha impactado mucho el movimiento femenino: ese deseo hondamente arraigado, no tanto de que *ella* sea inferior, sino de que *él* sea superior, que lo ubica en todas partes, no solo a la cabeza de las artes, sino también obstruyendo el camino a la política, aun cuando el riesgo para él es infinitesimal y la solicitante, humilde y devota. Incluso lady Bessborough —recordé— con toda su pasión por la política, tuvo que inclinarse con humildad

9 *A Survey of Contemporary Music*, Cecil Gray, p. 246.

para escribirle a lord Granville Leveson-Gower: «A pesar de toda mi vehemencia en la política y de que hablo demasiado sobre ese tema, estoy perfectamente de acuerdo con usted en que ninguna mujer tiene por qué entrometerse en ese o en cualquier otro asunto serio, más allá de dar su opinión (si se le pide)». Así continúa ella desperdiciando su entusiasmo, donde no encuentra ningún obstáculo, sobre un tema tan importante como el primer discurso de lord Granville en la Cámara de los Comunes. El espectáculo es de verdad extraño —pensé—. La historia de la oposición de los hombres a la emancipación de las mujeres es tal vez más interesante que la historia de la emancipación misma. Si alguna joven estudiante de Girton o Newnham recopilara ejemplos y formulara una teoría, podría sacar de ahí un libro interesante, aunque necesitara guantes gruesos y barras de oro sólido para protegerse.

Pero lo que ahora es divertido —recordé, cerrando el libro de lady Bessborough— fue considerado alguna vez serio y urgente. Las opiniones que ahora una colecciona en una libreta con el título «Quiquiriquí» y que guarda para leerle a un público selecto una noche de verano causaron llanto en algún momento, se los puedo asegurar. Muchas de sus abuelas y tatarabuelas derramaron incontables lágrimas. Florence Nightingale chilló de agonía[10]. Además, ustedes, que entraron a la universidad y disfrutan de salas particulares

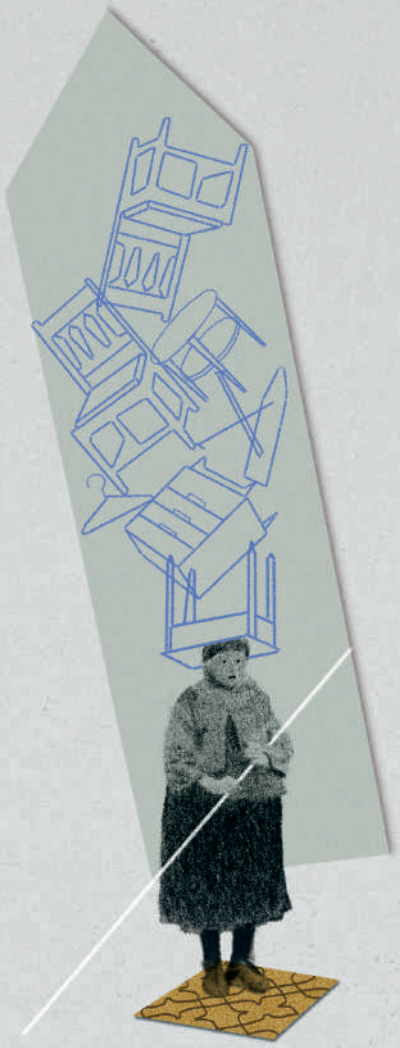
10 Véase *Cassandra* de Florence Nightingale, publicado en *The Cause* por R. Strachey.

—¿o solo son dormitorios con una salita?—, pueden muy bien decir que la genialidad debe ignorar tales opiniones, que a una genio no le debe importar lo que digan de ella. Infortunadamente, son justo los hombres y las mujeres de genio los que más importancia le dan a lo que se hable de ellos. Recuerden las palabras que Keats grabó en su lápida, piensen en Tennyson, piensen en..., pero no es necesario que reproduzca los ejemplos del innegable, aunque desafortunado hecho de que, por naturaleza, a los artistas les importe en exceso lo que digan de ellos. La literatura está repleta de restos de hombres que le han dado más importancia de lo razonable a las opiniones de los demás.

Así pues, es dos veces lamentable la susceptibilidad que tienen —pensé, a la vez que regresaba a mi indagación inicial—. ¿Cuál es entonces el estado mental más propicio para el trabajo creativo? Porque la mente de una artista, para poder realizar el enorme esfuerzo de liberar íntegra e intacta la obra que hay en ella, debe ser incandescente como la mente de Shakespeare —especulé, mirando el libro que tenía abierto en *Antonio y Cleopatra*—. No debe tener ningún obstáculo, ninguna materia extraña sin incinerar.

Si bien decimos que no sabemos nada sobre el estado mental de Shakespeare, solo con afirmar eso estamos diciendo algo sobre su estado mental. Tal vez la razón por la que sabemos tan poco sobre Shakespeare, en comparación con John Donne, Ben Jonson o Milton, es que sus resentimientos, rencores y desagrados están ocultos. No nos distrae ninguna «revelación» que nos recuerde al escritor. Cualquier deseo de quejarse, sermonear, pregonar un daño,

ajustar cuentas, hacer que el mundo sea testigo de alguna dificultad o injusticia quedó incinerado y consumido. Por eso su poesía mana de él con libertad y sin trabas. Si alguna vez hubo un ser humano que logró expresar su obra por completo, fue Shakespeare. Si alguna vez hubo una mente incandescente y sin obstáculos —pensé, volviendo a mirar la biblioteca—, fue la de Shakespeare.



Capítulo cuatro

* * *

Encontrar a una mujer con ese estado mental en el siglo dieciséis era por supuesto imposible. Solo necesitamos pensar en las lápidas isabelinas y todos esos niños arrodillados con las manos juntas y en sus muertes prematuras y en sus casas de habitaciones oscuras y estrechas para saber que entonces ninguna mujer pudo haber escrito poesía. Lo que una esperaría encontrar es que quizás, mucho después, una gran señora aprovecharía su libertad y comodidad relativas para publicar algo con su nombre y arriesgarse a que la consideraran un monstruo. Desde luego, los hombres no son unos esnobs —continué, distanciándome de la «consumada feminista» Rebecca West—, sino que aprecian con conmiseración, principalmente, el hecho de que una condesa se esfuerce por escribir versos. Habría sido de esperar que, en esa época, una señora distinguida hubiera recibido un apoyo mucho mayor que el que recibiría una señorita Austen o una señorita Brontë. Asimismo, sería de esperar que emociones ajenas como el miedo y el odio perturbaran su mente y que en sus poemas hubiera rastros de esa perturbación. Está por ejemplo lady Winchilsea —pensé, bajando sus poemas—, quien nació en 1661, pertenecía a la nobleza tanto por nacimiento como por matrimonio, no tuvo hijos y escribió poesía. Lo primero que una se encuentra al abrir su libro es un grito de indignación por la posición de las mujeres:

¡Tan bajo hemos caído y a causa de reglas injustas!
Tontas por falta de Educación mas no por Naturaleza;
excluidas de todo progreso del pensamiento,
y a ser anodinas nos destinan, eso esperan;
luego, si alguna se eleva por encima de las demás,
gracias a su cálida imaginación y al impulso de su ambición,
con tal fuerza sigue manifestándose la facción opuesta
que la esperanza de prosperar nunca vence los miedos.

Es claro que su mente no ha «incinerado todos los obstáculos ni se ha vuelto incandescente» en absoluto. Por el contrario, se ha dejado agobiar y perturbar por los odios y las quejas. Para ella, la raza humana está dividida en dos bandos, y los hombres son la «facción opuesta»; los odia y les teme porque tienen el poder de impedir que logre lo que quiere: escribir.

¡Ay de la mujer que se atreva con la pluma!
Una criatura muy insolente sería considerada.
Dicha falta ninguna virtud podría redimir.
Equivocadas de sexo y de camino, nos dicen;
Que buenos modales, moda, bailes, vestidos y juegos
son los logros a los que deberíamos aspirar;
que escribir o leer, pensar o indagar
opacarían nuestra belleza, agostarían nuestros días
e interrumpirían las conquistas de nuestra plenitud;
que el tedioso manejo de una casa servil
es, según algunos, nuestro máximo arte y fin.

De hecho, su motivación para escribir es suponer que nunca van a publicar lo que escriba, con el fin de autocompadecerse con el triste canto:

Para algunos pocos amigos y para tus penas canta
porque coronas de laurel no son tu destino.
Suficientemente oscuras sean tus sombras y conténtate allí.

Aun así, es claro que, a pesar de no haber liberado la mente del odio y del miedo y de haberla colmado de amargura y resentimiento, ardía fuego en su interior. De vez en cuando, sus palabras exudan pura poesía:

Ni en sedas marchitas compondrá
débilmente la inimitable rosa.

Con razón, el señor Murry las elogió y se cree que Pope recordó y se apropió de estas otras:

Ahora el narciso vence al débil cerebro;
nos desmayamos por el dolor aromático.

Es muy de lamentar que una mujer que podía escribir así, cuya mente estaba en armonía con la naturaleza y la reflexión, se viera obligada a sentir rabia y amargura, pero ¿qué podía haber hecho? —me pregunté, imaginándome los comentarios desdeñosos y las burlas, los halagos de los aduladores y el escepticismo del poeta profesional—. Debió haberse encerrado en una habitación en el campo para escribir, donde la asaltaron quizás la amargura y los escrúpulos, aunque tuviera el esposo más amable y una perfecta vida matrimonial. Digo «quizás» porque cuando buscamos datos sobre lady Winchilsea, nos encontramos, como siempre, con que no se sabe casi nada de ella. Sufría terriblemente de melancolía, la cual

podemos explicar, al menos en cierta medida, cuando nos dice cómo, presa de ella, se imagina:

Mis versos condenados y mi ocupación considerada
una locura inútil o una falta impertinente.

La ocupación así censurada, según podemos ver, eran sus inofensivos paseos por los campos y sus ensueños:

Mi mano se deleita delineando cosas insólitas
y se desvía del camino habitual y conocido.
Ni en sedas marchitas compondrá
débilmente la inimitable rosa.

Por supuesto, si estaba acostumbrada a eso y si era eso lo que disfrutaba, era de esperar que se burlaran de ella y, por eso mismo, se dice que Pope o Gay la ridiculizaron «como una intelectualoide ansiosa por garabatear». También se cree que ofendió a Gay burlándose de él: dijo que con su *Trivia* demostró que «lo más apropiado para él era arrastrar una litera y no transportarse en ella», pero todos son «chismes de dudosa procedencia» y —dice el señor Murry— «poco interesantes». Pero no estoy de acuerdo con él. Me habría gustado conocer más chismes de dudosa procedencia para poder descubrir o imaginarme a esa señora melancólica, quien deambulaba feliz por los campos, pensando en cosas inusuales y desdeñando temeraria e imprudentemente «el tedioso manejo de una casa servil». Sin embargo, según el señor Murry, se volvió dispersa. Zarzas y malezas crecieron alrededor de su talento y lo asfixiaron; no tuvo la oportunidad de mostrarse por lo que era: un

fino y distinguido talento. Entonces la regresé al estante y empecé a mirar a la otra gran señora —la duquesa que a Lamb le fascinaba—, la excéntrica, la fantástica Margaret de Newcastle, mayor que lady Winchilsea, pero su contemporánea. Eran muy diferentes, aunque ambas eran nobles, no tenían hijos y estaban casadas con los mejores esposos; en las dos ardía la misma pasión por la poesía y a ambas las desfiguran y las deforman las mismas causas. Si leen a la duquesa, encontrarán el mismo grito de furia: «Las mujeres viven como murciélagos o lechuzas, trabajan como burros y mueren como gusanos». Margaret también pudo haber sido poeta. En nuestros días, habría encontrado algún tipo de rumbo con toda esa actividad; en ese entonces, ¿cómo contener, domar o civilizar para disfrute humano esa inteligencia salvaje, generosa e indocta? Se derramaba, sin orden ni concierto, en torrentes de rima y prosa, poesía y filosofía, congelados hoy en cuartillas y folios que nadie nunca lee. Tenían que haberle entregado un microscopio; tenían que haberle enseñado a mirar las estrellas y a razonar científicamente. La soledad y la libertad la volvieron loca; nadie estuvo pendiente de ella; nadie la educó; los profesores la adulaban; era objeto de burla en la corte; sir Egerton Brydges se quejó de su tosquedad por «provenir de una mujer de alto rango criada en la corte», y terminó por encerrarse sola en Welbeck.

Es impresionante la imagen de soledad y caos que evoca Margaret Cavendish, como si una densa planta de pepinos invadiera y sofocara los rosales y los claveles del jardín y los matara sofocándolos. Es un desperdicio que quien escribió «las mujeres mejor educadas son aquellas que tienen la mente más civilizada» haya malgastado su tiempo emborronando

disparates y hundiéndose cada vez más en la oscuridad y la locura, de tal modo que la gente se amontonaba alrededor de su carruaje cuando aparecía. Evidentemente, la loca duquesa les sirvió de coco para asustar a las jóvenes inteligentes. Por ejemplo —recordé cuando devolvía al estante a la duquesa y abría las cartas de Dorothy Osborne—, esto le escribió Dorothy a Temple con motivo del nuevo libro de la duquesa: «Con seguridad, la pobre mujer está un poco perturbada; de lo contrario, sería ridículo que se atreviera a escribir libros, y además en verso. Ni siquiera sin dormir por quince días llegaría yo a ese punto».

Entonces, como ninguna mujer razonable y modesta podía escribir libros, Dorothy, quien era sensible y melancólica, de un temperamento del todo opuesto al de la duquesa, no escribió nada, pues las cartas no contaban. Una mujer podía sentarse a escribir cartas, pero al lado de su padre en su lecho de enfermo, o al lado del fuego mientras los hombres hablaban, siempre y cuando no los interrumpiera. Lo curioso —pensé, pasando las páginas de las cartas de Dorothy— es el gran talento de esa joven solitaria y sin educación para estructurar las oraciones, para darle forma a una escena. Escuchémosla:

Después de cenar, nos sentamos y charlamos, pero me voy cuando empiezan a hablar del señor B. Durante las horas de sol, leo o trabajo, y a eso de las seis o las siete, salgo a caminar por una pradera que hay junto a la casa y donde varias muchachas cuidan ovejas y vacas y se sientan a la sombra a cantar canciones. Me acerco a ellas, comparo sus voces y su belleza con las de las antiguas pastoras sobre las que he leído y encuentro una gran diferencia, pero créame que me parece que estas son tan inocentes

como pudieron serlo aquellas. Hablo con ellas y noto que lo único que les falta para ser las personas más felices del mundo es saber que lo son. Pasa muchas veces que cuando estamos en medio de nuestra conversación, alguna de ellas mira a su alrededor y se da cuenta de que su vaca está entrando al maizal; entonces, todas salen corriendo como si tuvieran alas en los talones. Yo, que no soy tan ágil, me quedo atrás. Cuando veo que están llevando su ganado al corral, pienso que es hora de que yo también me retire. Después de cenar, voy al jardín; luego, me siento a la orilla de un riachuelo que pasa por allí, deseando que estés a mi lado.

Podríamos asegurar que nació para ser escritora, pero «ni siquiera sin dormir por quince días llegaría yo a ese punto». Podemos calcular entonces la resistencia que había ante la escritura femenina cuando descubrimos que hasta una mujer con gran aptitud para ello se obligaba a creer que escribir un libro era ridículo o, peor aún, señal de una mente trastornada. Así es como llegamos —continué, volviendo a poner en el estante el único y corto volumen de las cartas de Dorothy Osborne— a la señora Behn.

Con la señora Behn damos un giro muy interesante en el camino. Dejamos atrás, encerradas en sus jardines y entre folios, a esas grandes señoras solitarias que escribían sin tener lectores ni críticos, solo por gusto propio. Llegamos a la ciudad para mezclarnos en la calle con la gente del común. La señora Behn fue una mujer de clase media que tenía todas las virtudes populares: el humor, la vitalidad y la valentía. Fue una mujer que, obligada por la muerte de su esposo y algunas de sus aventuras desafortunadas, se ganó la vida con su ingenio.

Tuvo que trabajar en igualdad de condiciones con los hombres. Ganaba, trabajando muy duro, lo suficiente para sostenerse. Eso supera en importancia a lo que haya escrito, incluso a su magnífico poema «Hice que mil mártires» o «Sentado el amor tras su fantástico triunfo», porque en este punto empieza la libertad de la mente o, más bien, la posibilidad de que con el paso del tiempo la mente tenga la libertad de escribir lo que quiera. Ahora que Aphra Behn lo había hecho, las jóvenes podrían sugerirles a sus padres que no necesitaban su dinero porque podían ganar dinero escribiendo, aunque la respuesta por muchos años seguiría siendo: «¡Sí, viviendo como Aphra Behn! ¡Antes la muerte que esa vida!», mientras les cerraban la puerta de golpe más rápido que nunca. Se me ocurre aquí que ese tema tan profundamente interesante —el valor que los hombres le dieron a la castidad de las mujeres y su efecto en la educación femenina— podría analizarlo una estudiante de Girton o Newnham que quisiera indagar en el asunto, y sacar un libro de interés. En la portada, podría aparecer una imagen de lady Dudley adornada con diamantes en un páramo escocés invadido de mosquitos. Cuando murió lady Dudley, *The Times* se refirió a lord Dudley como «un hombre de gustos refinados y muchos logros, benevolente y generoso, pero caprichosamente déspota. Insistía en que su esposa se pusiera un vestido de gala, incluso en la cabaña de caza más remota en las Tierras Altas; la llenaba de preciosas joyas» y —sigue el periódico— «le dio todo, excepto algo de responsabilidad». Desde que a lord Dudley le sobrevino un derrame cerebral, ella lo cuidó y administró sus propiedades con la mayor competencia hasta el final. En el siglo diecinueve, también existía ese despotismo caprichoso.

De vuelta a Aphra Behn, ella demostró que se podía ganar dinero escribiendo, aunque sacrificando quizás ciertas cualidades agradables. Así, poco a poco, escribir no fue simplemente una señal de locura y de una mente trastornada, sino que adquirió una importancia práctica en caso de la muerte del esposo o de algún desastre familiar. A medida que transcurría el siglo dieciocho, cientos de mujeres empezaron a completar el dinero para sus gastos personales o a salir al rescate de sus familias haciendo traducciones o escribiendo incontables novelas de mala calidad que ya ni aparecen en los libros escolares, pero que se consiguen por cuatro peniques en la Charing Cross Road. La intensa actividad mental entre las mujeres —las conversaciones, los encuentros, los ensayos sobre Shakespeare y la traducción de los clásicos— que se produjo a finales del siglo dieciocho se fundamentó en el sólido hecho de que podían ganar dinero escribiendo. El dinero dignifica lo que, de no ser remunerado, se considera insustancial. Es posible que entonces todavía ridiculizaran a las «intelectualoides ansiosas por garabatear», pero era innegable que sí podían ganarse su propio dinero. Por consiguiente, a finales del siglo dieciocho, se produjo un cambio que, en mi reescritura de la historia, describiría con mayor detalle y cobraría más relevancia que las Cruzadas o la guerra de las Dos Rosas: la mujer de clase media empezó a escribir. Si *Orgullo y prejuicio* es importante, si *Middlemarch* y *Villette* y *Cumbres borrascosas* son importantes, entonces lo es mucho más —y no me alcanzaría un discurso de una hora para demostrarlo— el hecho de que las mujeres en general, y no solo las aristócratas solitarias encerradas en sus mansiones entre folios y lisonjeros, adquirieran la costumbre

de escribir. Ni Jane Austen ni las hermanas Brontë ni George Eliot habrían podido escribir sin esas precursoras, como tampoco Shakespeare habría podido sin Marlowe, o Marlowe sin Chaucer, o Chaucer sin todos los poetas olvidados que allanaron el camino y domaron el salvajismo de la lengua. Las obras maestras no surgen de brotes individuales y solitarios, sino que son el resultado de un pensamiento colectivo de muchos años y muchas personas, de modo que la experiencia de toda una masa está detrás de una sola voz. Jane Austen debió haber puesto una corona en la tumba de Fanny Burney. Por su parte, George Eliot debió haber rendido homenaje a la espesa sombra de Eliza Carter, la valiente anciana que amarró una campana al marco de su cama para levantarse temprano a estudiar griego. Todas las mujeres juntas deberíamos dejar flores en la tumba de Aphra Behn, que, muy escandalosa pero apropiadamente, está en la abadía de Westminster, pues gracias a ella es que tenemos el derecho de expresarnos con libertad. Por ella —de mala fama y lujuriosa— es que hoy puedo, sin ser ilusa, hacerles esta invitación: utilicen su ingenio para ganarse quinientas libras al año.

Había llegado, pues, a los estantes de comienzos del siglo diecinueve, donde, por primera vez, encontré varias secciones dedicadas por completo a obras de mujeres. Sin embargo, ¿por qué todas, a excepción de unas cuantas, eran novelas? —me pregunté mientras las ojeaba—. El impulso original fue hacia la poesía. La «suprema jefa de la canción» fue una poetisa. Tanto en Francia como en Inglaterra las poetas preceden a las novelistas. Además —pensé, mirando los cuatro nombres famosos—, ¿qué tenían en común George Eliot y Emily Brontë? ¿Acaso

Charlotte Brontë llegó a comprender en algo a Jane Austen? Salvo por el hecho posiblemente relevante de que ninguna de ellas tuvo hijos, habría sido muy difícil juntar en un salón cuatro personalidades más disímiles, tanto así que es tentador imaginarse un encuentro y un diálogo entre ellas. No obstante, obedeciendo a alguna fuerza extraña, todas escribieron novelas. ¿Tenía algo que ver el hecho de nacer en la clase media? —me pregunté— o, como lo demostraría tan extraordinariamente un poco después la señorita Emily Davies, ¿influía el hecho de que, a comienzos del siglo diecinueve, la familia de clase media apenas tenía una sala para todos? Cuando una mujer escribía, tenía que hacerlo en la sala y siempre la interrumpían. De eso se quejaba con vehemencia la señorita Nightingale: «Las mujeres nunca tienen ni media hora [...] para ellas solas». En ese espacio, debía ser más fácil escribir prosa y ficción, ya que requiere menos concentración que escribir poesía o teatro. Fue en la sala de la casa que Jane Austen escribió hasta el fin de sus días. En *Recuerdos de Jane Austen*, su sobrino escribe: «Es sorprendente cómo logró llevar a cabo todo esto porque no tenía un estudio donde pudiera estar sola; debió haber escrito gran parte de su obra en la sala, sujeta a todo tipo de interrupciones casuales. Se aseguraba de que ni los sirvientes ni los visitantes ni personas ajenas a su familia sospecharan qué era lo que la ocupaba»[11]. Jane Austen escondía sus manuscritos o los cubría con un pedazo de papel secante. Entonces, una vez más, la única

11 *Recuerdos de Jane Austen*, James Edward Austen-Leigh, sobrino de Jane Austen.

educación literaria que tenía una mujer a principios del siglo diecinueve era la observación de las personalidades, el análisis de las emociones. Durante siglos, su sensibilidad se había entrenado gracias a la influencia de la sala de la casa, donde se grababa los sentimientos de la gente y observaba siempre las relaciones personales. Por eso, cuando la mujer de clase media empezó a escribir, naturalmente escribió novelas, aunque es evidente que dos de las cuatro famosas mujeres que nombro aquí no eran novelistas por naturaleza: Emily Brontë debió haber escrito drama en verso; asimismo, la rebosante capacidad mental de George Eliot, tras haber agotado su impulso creativo, debió haberse desbordado en la historia o la biografía. Escribieron novelas, no obstante. Es más, una podría afirmar —me dije, cogiendo *Orgullo y prejuicio* del estante— que fueron buenas novelas. Sin presumir ni hacer sufrir al sexo opuesto, una puede decir que *Orgullo y prejuicio* es un buen libro. En todo caso, no sería motivo de vergüenza que a una la pillaran escribiendo esa novela, pero Jane Austen agradecía si chirriaba una bisagra para poder esconder su manuscrito antes de que alguien entrara, como si sintiera que había algo de indigno en escribir esa historia. ¿Habría sido *Orgullo y prejuicio* una mejor novela si Jane Austen no hubiera sentido la necesidad de esconder su manuscrito de los visitantes? —me pregunté—. Leí un par de páginas para comprobarlo, pero no pude encontrar señales de que sus circunstancias hubieran perjudicado su obra en lo más mínimo. Tal vez era ese el mayor milagro. Alrededor del año 1800, teníamos a una mujer que escribía sin odios, sin rencores, sin miedo, sin quejarse, sin sermonear, tal como escribía Shakespeare —pensé, mirando *Antonio y Cleopatra*—. Es posible que la gente

compare a Shakespeare con Jane Austen porque las mentes de ambos incineraron todos los obstáculos. Por eso, no conocemos a Jane Austen ni conocemos a Shakespeare; por eso también, tanto ella como él están presentes en cada palabra que escribieron. Si de algún modo Jane Austen sufrió a raíz de sus circunstancias, fue por la estrechez de vida que se le impuso. Como una mujer no podía salir sola, Jane Austen no se iba de viaje ni andaba en bus por Londres ni almorzaba en un restaurante sola. Sin embargo, puede ser que, por su carácter, no anhelaba lo que no podía tener, que su talento y sus circunstancias eran compatibles a la perfección, lo cual dudo que hubiera sido la realidad de Charlotte Brontë —me dije, abriendo *Jane Eyre* y poniéndolo al lado de *Orgullo y prejuicio*—.

Lo abrí en el capítulo doce y me llamó la atención esta frase: «Que me reproche quienquiera». ¿Qué le reprochaban a Charlotte Brontë? —me pregunté—. Leí, pues, que Jane Eyre solía subirse al tejado cuando la señora Fairfax estaba haciendo gelatina, se ponía a contemplar horizontes lejanos y suspiraba —y era esto lo que le reprochaban—:

Entonces, anhelaba poder ver más allá de ese límite para llegar hasta ese mundo caótico, hasta ciudades y regiones llenas de vida de las que había escuchado hablar, pero nunca había visto. Deseaba adquirir más experiencia práctica de la que poseía, relacionarme más con mis semejantes, descubrir otras personalidades diferentes a las que ya conocía aquí. Apreciaba lo buenas que eran la señora Fairfax y Adèle, pero creía en la existencia de otros tipos de bondad más vívidos y, si creía en algo, quería contemplarlo.

¿Quiénes me lo reprochan? Muchos, sin duda, y me llamarán inconforme. Era inevitable, pues el desasosiego era parte de mi esencia y, a veces, tanta inquietud me hacía sufrir […].

Es inútil decir que los seres humanos deberían contentarse con estar tranquilos, pues necesitan acción y la provocarán si no la encuentran. Millones de personas están condenadas a una fatalidad más calmada que la mía, pero también millones de personas se rebelan en silencio contra su suerte. Nadie conoce la cantidad de rebeliones que se fermentan en las masas de vida que pueblan la tierra. Se supone que, en general, las mujeres son muy tranquilas, pero ellas también sienten como los hombres. Al igual que sus hermanos, necesitan practicar sus habilidades y un campo de trabajo; sufren, tal como sufrirían sus hermanos, cuando les imponen restricciones demasiado rígidas o si se estancan por completo. Sus congéneres más privilegiados tienen una mente muy cerrada cuando dicen que las mujeres deberían limitarse a preparar postres, tejer medias, tocar el piano y bordar bolsos. Es desconsiderado censurarlas o ridiculizarlas si quieren hacer más o aprender más de lo que, según la tradición, necesitan.

Estando así sola, más de una vez oía que Grace Poole se reía […].

Qué transición tan abrupta —pensé—. Es incómodo toparse de repente con Grace Poole. Se interrumpe la continuidad. Podría decir —continué, mientras ponía el libro al lado de *Orgullo y prejuicio*— que la mujer que escribió aquellas líneas tenía más genio que Jane Austen, pero si, al leerla, detectamos esa molestia, esa indignación, entonces nos damos cuenta de que nunca logrará demostrar su genio íntegro e intacto. Sus

libros saldrán deformados y distorsionados. Escribirá con rabia en vez de calma. Escribirá como una tonta y no como una sabia. Escribirá sobre ella misma, mas no sobre sus personajes. Si está en conflicto consigo misma, ¿cómo no moriría joven, coartada y frustrada?

Es inevitable no entretenerse un momento con la idea de lo que hubiera pasado si Charlotte Brontë hubiera tenido unas trescientas libras al año —pero la pobre inocente vendió los derechos de sus novelas por un pago único de mil quinientas libras—. Me pregunto qué hubiera pasado si, de algún modo, hubiera sabido más de mundos caóticos, de ciudades y regiones llenas de vida; si hubiera tenido más experiencia práctica; si se hubiera relacionado más con sus semejantes; si hubiera conocido personalidades diferentes. Con esas palabras, señala con exactitud no solo sus propias carencias como novelista, sino también las de todas las mujeres de entonces. Consciente mejor que nadie del enorme provecho que su genio habría sacado de las experiencias, las relaciones y los viajes que no le concedieron y que le negaron, tuvo que desperdiciarlo en su soledad contemplando horizontes lejanos. Debemos aceptar que todas esas buenas novelas —*Villette*, *Emma*, *Cumbres borrascosas*, *Middlemarch*— fueron escritas por mujeres con una experiencia mundana equiparable a la que había en la casa de un clérigo honorable. Fueron escritas en la sala de esa misma casa respetable y por mujeres tan pobres que no podían darse el lujo de comprar ni siquiera una resma completa para escribir *Cumbres borrascosas* o *Jane Eyre*. Es cierto que una de ellas —George Eliot— se escapó después de muchas tribulaciones, pero a una recóndita casa de campo

en St John's Wood, donde se acomodó a la sombra de la desaprobación social. «Espero que entiendan» —escribió— «que, a excepción de aquellos que me lo pidan, no voy a invitar a nadie a que venga a visitarme», ya que, al vivir en pecado con un hombre casado, ¿ir a verla no significaría manchar la pureza de la señora Smith o de quienquiera que se arriesgara a visitarla? Una debe someterse a las convenciones sociales y «aislarse de lo que llaman el mundo». Al mismo tiempo, al otro lado de Europa, había un joven que vivía libremente con una gitana o con una gran señora; iba a las guerras y recolectaba sin trabas y sin censuras la variada experiencia de la vida humana que después aprovechó magníficamente cuando escribió sus libros. Si Tolstói hubiera vivido enclaustrado con una señora casada «aislado de lo que llaman el mundo», por muy edificante que hubiera sido la lección moral, ¿cómo podría —me pregunté— haber escrito *Guerra y paz*?

Tal vez, podríamos profundizar un poco en el asunto de la escritura de novelas y el efecto del sexo en quien las escribe. Si cerramos los ojos y pensamos en la novela como un todo, nos parecería que es una creación que tiene cierta semejanza con la vida, como si fuera su reflejo, aunque por supuesto con innumerables simplificaciones y distorsiones. En cualquier caso, es una estructura que imprime una forma en la imaginación, construida a veces como una plaza, a veces al estilo de una pagoda, a veces con secciones y arcadas y a veces sólidamente comprimida y abovedada como la Catedral de Santa Sofía en Constantinopla. La forma —pensé, remitiéndome a ciertas novelas famosas— suscita en una el tipo de emoción que le corresponde, pero enseguida esa emoción se mezcla

con otras, pues la «forma» no se da por la disposición de piedra sobre piedra, sino por la relación de un ser humano con otro ser humano. Por eso es que una novela evoca todo tipo de emociones antagónicas y opuestas. La vida entra en conflicto con algo que no es la vida. He ahí la dificultad de llegar a un acuerdo sobre las novelas y el inmenso influjo que ejercen en las personas sus propios prejuicios. Por un lado, sentimos que John, el héroe, debe vivir o, de lo contrario, nos sumiremos en la desesperación. Por el otro, nos lamentamos de que el pobre John tenga que morir porque es lo que exige la forma del libro. Una vez más, la vida entra en conflicto con algo que no es la vida. Luego, puesto que sí es en parte la vida, una emite juicios como si se tratara de la realidad: «James es el tipo de hombre que más detesto» o «Qué revoltijo tan disparatado. Nunca podría sentir algo parecido». Es claro que, en su totalidad, la estructura —de cualquier novela famosa— es de una complejidad infinita porque está compuesta de varios juicios, de muchas emociones. Es sorprendente que un libro con ese tipo de estructura resista más de uno o dos años o que pueda tener el mismo significado tanto para el público inglés como para el público ruso o chino. Lo cierto es que a veces sí resisten extraordinariamente. Su soporte en estos extraños casos de supervivencia —por ejemplo, en *Guerra y paz*— es algo que llamo integridad, pero no integridad en términos de pagar deudas ni de tener un comportamiento heroico durante una emergencia. No, lo que quiero decir con integridad en el caso de una novelista es la convicción de que en su libro me entrega la verdad, de tal suerte que digamos: «Sí, nunca había pensado en eso de ese modo» o «Nunca he conocido a nadie que

se comporte así, pero me convenciste de su existencia, de que así sucede». A medida que vamos leyendo, iluminamos cada frase y cada escena gracias a una luz interior que, al parecer y de manera muy extraña, nos regaló la naturaleza para juzgar la integridad, o la falta de integridad, de la novelista. También puede ser que la naturaleza, en su aspecto más irracional, trazó con tinta invisible en las paredes de la mente un presentimiento que confirman los grandes artistas, un boceto que se vuelve visible nada más lo acercamos a la luz del fuego de los genios. Al exponerlo así y ver cómo cobra vida, exclamamos extasiados: «¡Pero si es esto lo que siempre he sentido, sabido y deseado!»; nos desbordamos de la emoción. Entonces, regresamos el libro al estante después de haberlo cerrado con cierta reverencia, como si fuera algo muy preciado, un refugio que nos acogerá más adelante en nuestra vida —pensé, cogiendo *Guerra y paz* y poniéndolo en su lugar—. Si, por el contrario, lo primero que sentimos cuando tomamos unas pobres líneas para ponerlas a prueba es una reacción inmediata y entusiasta debido al brillo de sus colores y la elegancia de sus gestos, pero después no pasa nada más, como si algo amenazara su desarrollo; o si solo vislumbramos un garabato ininteligible con un borrón en la esquina y si parece que algo falta o algo falla, entonces suspiramos de la decepción y decimos: «Otra novela que fracasa; en algún punto, se estropeó».

Por supuesto, la mayoría de novelas falla en alguna parte. Cuando hay mucha presión, la imaginación flaquea y la percepción se nubla; ya no logra distinguir entre lo verdadero y lo falso; ya no tiene la fuerza para continuar el inmenso esfuerzo que exige, a cada instante, el uso de tantas habilidades

diferentes. Pero, ¿cómo influiría en todo esto el sexo de quien escriba? —me pregunté, mirando *Jane Eyre* y los demás libros—. ¿Pertenecer al sexo femenino afecta de alguna manera la integridad de la novelista, esa integridad que considero la espina dorsal de quien sea que escriba? En los fragmentos que leí de *Jane Eyre*, es evidente que la integridad de Charlotte Brontë como novelista se ve alterada por la ira; se apartó de la narración, a la cual le debía toda su devoción, para quejarse de algo personal. Se acordó de que carecía de experiencias que debía haber vivido, de que la habían dejado estancarse en una casa parroquial remendando ropa, cuando su deseo era recorrer el mundo con libertad. Su imaginación viró a causa de la indignación y nos percatamos de ese desvío. Sin embargo, aparte de la ira, hay muchas más influencias que entorpecen y desvían su imaginación: la ignorancia, por ejemplo. Cuando Jane dibuja a oscuras el retrato de Rochester, sentimos también la influencia del miedo. Asimismo, sentimos una constante amargura por la opresión, un sufrimiento que arde reprimido en su pasión, un rencor que encoge de dolor espasmódico esos magníficos libros.

Como la novela tiene correspondencias con la vida real, sus valores son, hasta cierto punto, los mismos de la realidad, pero es claro que los valores femeninos a menudo son diferentes de los valores que el otro sexo ha cultivado; normalmente es así. Sin embargo, los valores masculinos son los que predominan. En términos burdos, el fútbol y el deporte son «importantes», pero la pasión por la moda y la compra de ropa son «triviales». Es inevitable, pues, que estos valores no pasen de la realidad a la ficción. La crítica asume que un libro es

importante si habla de la guerra o que es insignificante si trata de lo que sienten las mujeres en la sala de la casa. Una escena en el campo de batalla es más relevante que una escena en un establecimiento de comercio. En todas partes y con mucha más sutileza, persiste la desigualdad en estos valores. Por lo tanto, a principios del siglo diecinueve, toda la estructura que utilizaban las novelistas fue producto de pensar que tenían que apartarse levemente del camino y alterar la claridad de sus ideas para someterse a autoridades externas. Con solo leer por encima esas antiguas novelas olvidadas y escuchar el tono de voz con el que fueron escritas, una se da cuenta de que la escritora esperaba algún tipo de crítica; decía esto para agredir o aquello para conciliar. Admitía que era «tan solo una mujer» o protestaba porque era «tan buena como un hombre». Respondía a esa crítica según su temperamento: con docilidad e inseguridad o con indignación y énfasis. Lo importante no es hacer la distinción, sino el hecho de que pensaba en otra cosa y no en la obra. El libro cae y nos golpea en la cabeza debido a una falla en todo el centro. Pensé, pues, en todas las novelas escritas por mujeres que una encuentra en las librerías de segunda de Londres; son como pequeñas manzanas caídas pudriéndose en el manzanal. Era ese defecto en el centro lo que las había estropeado: haber acomodado sus valores en atención a la opinión ajena.

Qué difícil debió haber sido para ellas no ceder ni hacia un lado ni hacia el otro. Cuánto genio, cuánta integridad debieron haber necesitado —frente a todas las críticas y en medio de una sociedad puramente patriarcal— para seguir firmes en su visión de las cosas sin acobardarse. Solo lo lograron Jane

Austen y Emily Brontë. Es otra pluma, quizás la más fina, que llevan en sus sombreros. Escribieron como escriben las mujeres, no como escriben los hombres. De los miles de mujeres que escribieron novelas en ese entonces, solo ellas desoyeron por completo las constantes reprensiones del eterno pedagogo: «Escribe esto; no pienses en esto otro». Solo ellas ignoraron esa voz persistente —ya gruñona, ya condescendiente, ya autoritaria, ya afligida, ya escandalizada, ya iracunda, ya paternal—; que no deja a las mujeres en paz; que las hostiga como una institutriz demasiado meticulosa; que, como sir Egerton Brydges, las exhorta a ser cultas; que incluso mezcla la crítica de la poesía y la crítica de los sexos[12]; que les aconseja, si eran buenas y ganaban —supongo— algún premio significativo, mantenerse dentro de ciertos límites que el caballero en cuestión considere adecuados: «Las novelistas solo deberían aspirar a la excelencia, reconociendo con valentía las limitaciones de su sexo»[13]. Esto resume el asunto. Así pues, cuando les informe, muy para su sorpresa, que estas frases no fueron escritas en agosto de 1828, sino en agosto de 1928, creo que estarán de

12 «[Ella] tiene un propósito metafísico, lo cual es una obsesión peligrosa, especialmente en una mujer, porque las mujeres rara vez poseen la pasión saludable que los hombres tienen por la retórica. Es una carencia extraña en el sexo femenino que es, entre otras cosas, más primitivo y más materialista». —*New Criterion*, junio de 1928.

13 «Si, como el reportero, cree que las novelistas solo deberían aspirar a la excelencia, reconociendo con valentía las limitaciones de su sexo (Jane Austen demostró cómo se puede lograr este gesto con dignidad) [...]». *Life and Letters*, agosto de 1928.

acuerdo en que, por muy cautivadoras que nos parezcan hoy en día, representan una amplia opinión que —sin que vaya a agitar las aguas de esos pozos antiguos y tomando solamente lo que por casualidad llegó flotando a mis pies— hace un siglo tenía mucha más fuerza y más resonancia. En 1828, una joven tendría que haber sido muy fuerte para desatender toda esa cantidad de desaires, regaños y promesas de premios. Una tendría que haber sido algo revoltosa para decirse: «Ah, pero no pueden comprar la literatura también. La literatura está abierta a todos. Me rehúso a permitir que usted, por muy bedel que sea, me retire del césped. Si quieren, cierren sus bibliotecas, pero no hay puerta, no hay candado, no hay cerrojo que pueda limitar la libertad de mi mente».

Sin embargo, cualquier efecto que la disuasión y la crítica hayan tenido sobre su escritura —y creo que tuvieron un efecto considerable— fue insignificante comparado con la otra dificultad que enfrentaron —seguía analizando las novelistas de principios del siglo diecinueve— cuando se dispusieron a plasmar sus pensamientos por escrito: no tenían una tradición o, si la tenían, era tan corta o tan parcial que era de poca utilidad. Como mujeres, es a través de nuestras madres que hacemos memoria. Es inútil recurrir a los grandes escritores en busca de ayuda, por mucho que acudamos a ellos por placer. Lamb, Browne, Thackeray, Newman, Sterne, Dickens, De Quincey o quienquiera que sea nunca ayudaron a ninguna mujer, así ella les haya aprendido un par de trucos para adaptarlos a su escritura. El peso, el ritmo, la marcha de la mente de un hombre son muy distintos de los suyos como para que ella pueda extraer con éxito algo sustancial de él. El simio está

muy distante para ser diligente. Quizás de lo primero que se dio cuenta la mujer cuando empezó a escribir fue que no le servía ninguna máxima común. Todos los grandes novelistas como Thackeray, Dickens y Balzac escribieron una prosa natural, ligera mas no descuidada, expresiva pero no rebuscada, imprimiéndole su propio estilo sin que dejara de ser propiedad común. Tomaban como base la máxima que se utilizaba en su época. La que se utilizaba a principios del siglo diecinueve quizás decía algo como esto: «Para ellos, la grandeza de sus obras era una razón no para frenar en seco, sino para continuar. Su mayor emoción o satisfacción estaba en el ejercicio de su arte y en la generación infinita de verdad y belleza. El éxito motiva el esfuerzo y el hábito facilita el éxito». Esa es una máxima masculina; detrás de ella, una puede ver a Johnson, Gibbon y los demás. No era una máxima adecuada para una mujer. Charlotte Brontë, con todo su esplendoroso talento para la prosa, se tropezaba y se caía cuando utilizaba esa pesada herramienta. George Eliot cometió atrocidades indescriptibles con ella. Jane Austen la miró, se burló de ella y concibió una máxima perfectamente natural y con las justas proporciones para ella y de la cual nunca se apartó; así, teniendo menos genio que Charlotte Brontë para la escritura, logró decir muchísimo más. En consecuencia, como la libertad y la plenitud de expresión forman parte de la esencia del arte, tal falta de tradición, tal escasez y deficiencia de herramientas debieron haber tenido un efecto enorme en la escritura de las mujeres. Además, un libro no se hace colocando oraciones en orden consecutivo, sino construyendo con ellas arcos o domos, para hacernos una idea. Esta forma también la han moldeado los hombres

según sus propias necesidades y para sus propios intereses. No hay razón para creer que a la mujer le conviene la forma de la epopeya o del drama en verso más de lo que le conviene una máxima masculina. Todas las formas literarias más antiguas ya estaban consolidadas y definidas cuando ella se volvió escritora. Solo la novela era lo suficientemente joven y blanda para moldearla a su conveniencia —quizás otra razón por la que escribió novelas—. Sin embargo, ¿quién puede decir que incluso hoy en día «la novela» —la entrecomillo para resaltar lo insuficiente que es, para mí, esa palabra—, que esa forma, la más flexible de todas, sea la más adecuada para las mujeres? Sin duda, cuando pueda utilizar sus extremidades con libertad, veremos a la mujer dándole a la novela la forma que a ella mejor le convenga. Del mismo modo, la veremos creando un nuevo medio —no necesariamente en verso— para expresar su poesía porque su poesía todavía no encuentra desembocadura. Pasé luego a pensar en la forma que hoy en día una mujer escribiría una tragedia poética en cinco actos. ¿Utilizaría el verso? ¿No usaría más bien la prosa?

Pero estas difíciles preguntas encontrarán respuesta en el crepúsculo del futuro. Tengo que evadirlas porque, de lo contrario, me desviarían del camino y me adentrarían en bosques espesos donde me perdería y, muy probablemente, me devorarían las bestias salvajes. No quiero traer a colación —y estoy segura de que ustedes tampoco quieren que traiga a colación— ese tema tan desalentador, el futuro de la ficción. Por eso, solo voy a hacer una pausa breve para señalar el gran papel, en relación con las mujeres, que deben desempeñar las condiciones físicas en el futuro. De algún modo, el libro

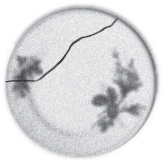
tiene que adaptarse al cuerpo y me arriesgaría a decir que los libros de las mujeres deberían ser más cortos, más concentrados que los libros de los hombres, y tener una estructura que no requiera largas horas de trabajo regular e ininterrumpido —porque siempre habrá interrupciones—. Una vez más, como parece que los nervios que alimentan el cerebro son diferentes en los hombres y en las mujeres, y si la idea es que las mujeres trabajen duro y den lo mejor, hay que descubrir el método más adecuado para ellas —por ejemplo, si estas horas de clase que supuestamente idearon los monjes hace cientos de años es lo más adecuado para ellas—. Hay que determinar la alternancia de trabajo y descanso más conveniente para las mujeres, teniendo en cuenta que descanso no es la ausencia de actividad, sino actividades diferentes. Finalmente, hay que definir cuáles son esas actividades diferentes. Todo esto está por analizar y descubrir y cabe dentro del asunto de las mujeres y la ficción. Sin embargo —continué, acercándome otra vez a la estantería—, ¿dónde podría encontrar un completo estudio de la psicología femenina realizado por una mujer? Si, por su incapacidad para jugar fútbol, las mujeres no van a tener permitido practicar la medicina…

Por fortuna, mis pensamientos dieron ahora otro giro.

Virginia Woolf

Capítulo cinco

* * *



Había llegado por fin, en el curso de esta divagación, a los estantes que guardan los libros de hombres y mujeres vivas; porque hoy en día, tanto mujeres como hombres escriben casi la misma cantidad de libros. De todos modos, si eso todavía no es completamente verdadero, si los hombres todavía son el sexo locuaz, lo que sí es muy cierto es que las mujeres ya no solo escriben novelas. Hay libros de Jane Harrison sobre arqueología griega, libros de Vernon Lee sobre estética y libros de Gertrude Bell sobre Persia. Hay libros de todo tipo de temas que, hace una generación, ninguna mujer podría haber abordado. Hay poemas, obras de teatro, reseñas, historia y biografías; hay libros académicos, libros de investigación y libros de viajes; incluso hay unos cuantos de filosofía, ciencia y economía. Así pues, aunque predominan las novelas, es posible que estas mismas se hayan transformado por estar vinculadas a libros de otras categorías. Tal vez, haya llegado a su fin la simplicidad natural, esa edad épica de la literatura femenina. Puede ser que, gracias a la lectura y al análisis, la mujer haya ampliado su alcance y haya adquirido mayor sutileza. Quizás, esté controlando el impulso que tenía por la autobiografía y esté empezando a utilizar la escritura como un arte, no como un método de autoexpresión. En medio de estas nuevas novelas, una podría encontrar la respuesta a varias de estas preguntas.

Tomé una de ellas aleatoriamente, una que estaba justo al extremo del estante. Era *La aventura de la vida* o algo así de Mary Carmichael que fue publicada justo ahora en octubre. Parece ser su primer libro —me dije—, pero hay que leerlo como si fuera el último volumen de una serie bastante larga, como continuación de todos los libros que había estado mirando: los poemas de lady Winchilsea, las obras de Aphra Behn y las novelas de las cuatro grandes novelistas. Los libros son la continuación de otros libros, así insistamos en juzgarlos por separado. Asimismo, debo considerar a esta autora —a esta mujer desconocida— como la descendiente de todas las mujeres cuyas circunstancias he estado analizando, y debo identificar las características y las restricciones que haya heredado de ellas. Así fue como, con un suspiro —porque es muy común que las novelas tengan efectos analgésicos y no revulsivos y nos suman en un sopor aletargado en vez de despertarnos con un hierro candente—, me senté, libreta y lápiz en mano, a extraer lo que pudiera de la primera novela de Mary Carmichael: *La aventura de la vida*.

Para empezar, ojeé la página de arriba abajo. Primero, voy a familiarizarme con sus oraciones —me dije—, antes de saturarme la memoria con descripciones de ojos azules y cafés y la relación que pueda haber entre Chloe y Roger. Habrá tiempo para eso cuando decida si la autora está trabajando con una pluma o con un mazo. Leí, pues, un par de oraciones en voz alta, pero pronto noté que algo no estaba bien. Se interrumpía la transición que debía ser fluida de oración en oración. Algo se quebraba, algo se rasgaba; a veces, una que otra palabra despedía sus destellos. Se estaba «soltando»,

como dicen en las antiguas obras de teatro. La autora —pensé— procedía como cuando una intenta prender un fósforo que no enciende. ¿Por qué no te sirven las oraciones de Jane Austen? —le pregunté como si la tuviera a mi lado—. ¿Hay que descartarlas porque Emma y el señor Woodhouse están muertos? ¡Qué pesar que así sea! —suspiré—. Mientras que Jane Austen va de melodía en melodía como Mozart de canción en canción, leer este texto era como navegar mar adentro en un bote descubierto. Me elevaba y me hundía. Esta sequedad y este ahogamiento podrían significar que la autora temía algo —que la catalogaran de «sentimental» tal vez— o que recordaba las críticas a la escritura femenina por florida, y entonces se excedía en las espinas. Sin embargo, hasta que no haya leído una escena con cuidado, no puedo estar segura de si Mary Carmichael está siendo ella misma o alguien más. Al fin y al cabo, no siento que me reduzca la vitalidad —pensé, leyendo con mayor atención—. Ahora está amontonando demasiados datos. No será capaz de utilizar ni la mitad en un libro de este tamaño (que era más o menos medio libro de *Jane Eyre*). No obstante, de uno u otro modo, logró llevarnos a todos —Roger, Chloe, Olivia, Tony y el señor Bigham— río arriba en una canoa. Un momento —me dije, recostándome en la silla—, tengo que considerar todo con mayor cuidado antes de adentrarme más.

Estoy casi segura —me dije— de que Mary Carmichael nos está tomando del pelo, porque me siento como en la vía férrea de una montaña rusa cuando el vagón, en vez de descender, como nos lo hicieron creer, cambia bruscamente de dirección otra vez hacia arriba. Mary no está siguiendo

la secuencia predecible. Primero, rompió la oración; ahora, rompió la secuencia. Está bien; tiene todo el derecho de hacer ambas cosas siempre y cuando haya una intención creativa y no meramente de fractura. No sabré cuál es la intención hasta que no vea cómo afronta determinada situación. Le daré toda la libertad —me dije— de elegir esa situación; podrá armarla con trapos y chatarra si quiere, pero debe convencerme de que ella cree en esa situación. Luego, cuando la haya creado, deberá enfrentarla. Deberá saltar. Decidida a cumplir con mi parte como lectora si ella cumplía con su parte como escritora, pasé la página y leí... Disculpen que interrumpa tan abruptamente. No hay hombres aquí, ¿verdad? ¿Me garantizan que detrás de esa cortina roja de allá no se esconde sir Chartres Biron? ¿Están seguras de que aquí todas somos mujeres? Entonces puedo contarles que las palabras que leí eran justo estas: «A Chloe le gustaba Olivia». No se alarmen; no se sonrojen. Admitamos en la privacidad de nuestro propio club que a veces eso pasa. A veces, a las mujeres les gustan otras mujeres.

«A Chloe le gustaba Olivia» —leí—. Me di cuenta del cambio tan inmenso que eso significaba. A Chloe le gustaba Olivia por primera vez tal vez en la literatura. A Cleopatra no le gustaba Octavia, pero ¡*Antonio y Cleopatra* sería prácticamente una obra de teatro diferente si así hubiera sido! Tal como es —pensé, permitiéndome un pequeño desvío de *La aventura de la vida*—, todo el asunto se torna simple, convencional y —me atrevería a decirlo— absurdo. Lo único que Cleopatra siente por Octavia son celos: si es más alta que ella o cómo se arregla el cabello. Puede ser que la obra no necesite más que eso, pero

cuán interesante habría sido una relación más compleja entre las dos mujeres. Todas las relaciones entre mujeres son demasiado simples —pensé, recordando de inmediato la espléndida galería de mujeres ficticias—. Muchas cosas se han quedado por fuera, sin ensayar. Traté de recordar si, en lo que he leído, había alguna escena donde se represente a dos mujeres como amigas. En *Diana of the Crossways*, el autor lo intenta. En Racine y en las tragedias griegas, las mujeres son confidentes por supuesto. De vez en cuando, son madres e hijas. Sin embargo, casi sin excepción, se las muestra en relación con los hombres. Es extraño darse cuenta de que a todas las grandes mujeres de la ficción no solo se las representaba, hasta la época de Jane Austen, a través de la mirada masculina, sino que además se las representaba únicamente en relación con los hombres. Cuán pequeña es esa parte de la vida de una mujer y qué poco sabe un hombre, incluso de esa pequeña parte, si la observa con los lentes oscuros o rosados que le proporciona su sexo. Ese es el origen quizás de la peculiar naturaleza de la mujer en la ficción, de los asombrosos extremos de su belleza y su horror, de su alternancia entre bondad celestial y depravación infernal. Ciertamente, así la vería un amante, según su amor por ella aumentara o disminuyera, según fuera venturoso o infeliz. Esto no es del todo cierto, por supuesto, entre los novelistas del siglo diecinueve, quienes la personifican mucho más diversa y compleja. De hecho, pudo haber sido el deseo de escribir sobre la mujer lo que motivó a los hombres a abandonar poco a poco el drama en verso —pues, debido al ímpetu de esa forma, la mujer no le era un elemento muy útil— y a concebir la novela como un medio más adecuado. Aun así,

sigue siendo evidente, incluso en el caso de Proust, que al hombre se le dificulta muchísimo llegar a conocer, siquiera de una manera parcial, a la mujer, del mismo modo que a esta se le dificulta llegar a conocer al hombre.

Por otro lado —continué, mirando la página otra vez—, se está evidenciando que las mujeres, como los hombres, tienen otros intereses además de los intereses domésticos de siempre: «A Chloe le gustaba Olivia. Compartían un laboratorio». Seguí leyendo y descubrí que estas dos jóvenes se dedicaban a moler hígado, el cual puede curar, al parecer, la anemia perniciosa, y que una de ellas estaba casada y tenía —si mal no recuerdo— dos niños. Es clarísimo que nada de eso ha tenido cabida en la ficción y por eso es que son tan simples y monótonos los espléndidos retratos de personajes femeninos. Supongamos, por ejemplo, que en la literatura se representara a los hombres solo como amantes de las mujeres y que nunca fueran amigos de otros hombres ni soldados ni pensadores ni soñadores. ¡Imagínense qué poca participación podrían tener en las obras de Shakespeare y cómo se afectaría la literatura! Es posible que de Otelo nos quedara casi todo, así como una gran parte de Antonio, pero no tendríamos ni a César ni a Bruto ni a Hamlet ni a Lear ni a Jaime. Se empobrecería considerablemente la literatura. De hecho, empobrecida está, más allá de lo calculable, por prohibirles la entrada a las mujeres. Casadas en contra de su voluntad y limitadas a un salón y a una ocupación, ¿cómo podría un dramaturgo ofrecer un relato completo, interesante o verdadero sobre ellas? En el amor estaba la única posibilidad de interpretación. El poeta no tenía más opción

que la pasión o el resentimiento, a menos que decidiera «odiar a las mujeres», lo que casi siempre significaba que no les parecía atractivo.

Ahora bien, si a Chloe le gusta Olivia y comparten laboratorio, algo que, de por sí, hará que su relación tenga más matices y sea más duradera porque será menos personal; si Mary Carmichael sabe escribir, y yo estaba empezando a disfrutar la calidad de su estilo; si tiene una habitación propia, de lo cual no estoy muy segura; y si cuenta con quinientas libras anuales —aunque eso falta comprobarlo—, entonces creo que pasó algo muy importante.

Si a Chloe le gusta Olivia y si Mary Carmichael sabe cómo expresarlo, iluminará una antorcha en esa vasta cámara donde nadie ha estado todavía. Todo son penumbras y sombras profundas, como cuando una entra a cuevas sinuosas a la luz de una vela, escudriñando de arriba abajo y sin saber hacia dónde dar el siguiente paso. Retomé entonces la lectura. Chloe miraba a Olivia poner un frasco en una estantería y decir que ya era hora de irse a casa para estar con sus hijos. Una escena de esas no se había visto nunca en la vida —exclamé—. También yo la miraba, con mucha curiosidad, porque quería ver cómo iba a hacer Mary Carmichael para capturar esos gestos nunca antes descritos, esas palabras nunca antes dichas o medio dichas que adoptan una forma no más palpable que las sombras de las polillas en el techo, cuando las mujeres están solas, en ausencia de la luz caprichosa y sesgada del otro sexo. Tendrá que contener la respiración —me dije, continuando la lectura— si esa es su intención, porque las mujeres desconfían tanto de cualquier

interés que no tenga motivos claros y están tan terriblemente acostumbradas al ocultamiento y la supresión que se apagan ante el parpadeo de un ojo que empieza a observarlas. La única forma de que lo hagas —pensé, hablándole a Mary Carmichael como si estuviera conmigo—, sería hablar de otra cosa, mirando sin pestañear por la ventana, y así anotar, no con un lápiz en una libreta, sino haciendo uso de la más breve abreviatura, de palabras ni siquiera monosilábicas, lo que pasa cuando Olivia —este organismo que por millones de años ha estado a la sombra de la roca— sienta que la luz cae sobre ella y vea que se le aproxima un trozo de alimento extraño: conocimiento, aventura, arte. Entonces, extiende los brazos hacia él —pensé, alzando otra vez la mirada de la página— y tiene que idearse toda una nueva combinación de sus recursos, tan bien desarrollados para otros fines, para que lo viejo absorba lo nuevo sin que se altere el balance infinitamente intrincado y elaborado del conjunto.

¡Ay! Hice justo lo que me había propuesto no hacer. Sin pensar, había terminado halagando al sexo femenino. «Tan bien desarrollados» e «infinitamente intrincado»: tales términos son elogios sin duda alguna, y alabar a su propio sexo siempre es sospechoso y muchas veces, una tontería. Además, en este caso, ¿cómo podría una justificarlo? Una no podría coger un mapa y decir que Cristóbal Colón descubrió América y que Cristóbal Colón era una mujer; ni agarrar una manzana y señalar que Newton descubrió las leyes de la gravedad y que Newton era una mujer; ni mirar al cielo y decir que hay aviones que vuelan sobre nosotros y que los aviones fueron una invención femenina. En la pared, no hay ninguna marca que

mida la altura precisa de las mujeres. No existen metros cuidadosamente divididos en milímetros que podamos extender para medir las cualidades de una buena madre o la devoción de una hija o la fidelidad de una hermana o la capacidad de una ama de casa. Incluso hoy en día, pocas mujeres han sido evaluadas en las universidades; difícilmente han pasado por las grandes pruebas de las profesiones, el ejército y la armada, el comercio, la política y la diplomacia. A estas alturas, siguen estando sin clasificar. Sin embargo, si quiero saber todo lo que una persona pueda contarme sobre sir Hawley Butts, por ejemplo, lo único que tengo que hacer es abrir el directorio de Burke o Debrett para enterarme de que se graduó de lo uno y lo otro, tiene una propiedad, tiene un heredero, fue secretario de una junta, fue representante de Gran Bretaña en Canadá y ha recibido ciertos grados, cargos, medallas y demás distinciones gracias a las cuales tiene grabados sus méritos de forma indeleble. Solo Dios podría saber más sobre sir Hawley Butts.

Por lo tanto, cuando digo «tan bien desarrollados» e «infinitamente intrincado» en referencia a las mujeres, no me es posible verificar mis palabras ni en Whitaker o Debrett ni en el calendario de la universidad. ¿Qué puedo hacer con un dilema así? Miré otra vez la estantería. Ahí estaban las biografías: Johnson y Goethe y Carlyle y Sterne y Cowper y Shelley y Voltaire y Browning y muchos otros. Empecé, pues, a pensar en todos esos grandes hombres que por una u otra razón han admirado a, buscado a, vivido con, contado secretos a, hecho el amor con, escrito sobre, confiado en y demostrado lo que solo puede describirse como una necesidad y dependencia de ciertas personas del sexo femenino. No podría confirmar

si todas estas relaciones fueron del todo platónicas, aunque sir William Joynson Hicks probablemente lo negaría. Sin embargo, perjudicaríamos muchísimo a estos hombres ilustres si insistiéramos en que lo único que obtuvieron de estas alianzas fueron las comodidades, los cumplidos y los placeres del cuerpo. Es obvio que lo que consiguieron fue algo que su propio sexo era incapaz de proporcionar. Tal vez, no sería precipitado definirlo, de un modo más preciso y sin citar las infalibles palabras eufóricas de los poetas, como un estímulo, una renovación de la fuerza creadora que le corresponde brindar únicamente al sexo femenino. Él entraba a la sala o a la habitación de los niños —pensé— y la encontraba con sus hijos o sentada bordando una tela tal vez. En cualquier caso, la veía en el centro de un orden y un sistema vital diferentes, y el contraste entre ese mundo y el masculino, que podría ser los juzgados o la Cámara de los Comunes, de inmediato lo refrescaba y lo fortalecía. Se producía, incluso en la conversación más simple, una diferencia de opinión tan natural que sentía cómo se fertilizaban de nuevo sus ideas secas; y verla creando en un entorno diferente al suyo aceleraba tanto su fuerza creadora que inconscientemente su mente estéril comenzaba a maquinar de nuevo, y daba con la frase o la escena que no encontraba cuando se puso el sombrero para ir a visitarla. Todo Johnson tiene su Thrale, y se aferra a ella por razones como éstas, y cuando la Thrale se casa con su maestro italiano de música, Johnson se vuelve medio loco de la ira y la indignación, no solo porque extrañará sus agradables veladas en Streatham, sino también porque sentirá «como si se hubiera apagado» la luz de su vida.

Sin ser el doctor Johnson o Goethe o Carlyle o Voltaire, una puede sentir, aunque de manera muy diferente a estos grandes hombres, la naturaleza de esa complejidad y la fuerza de esa facultad creadora tan bien desarrollada entre las mujeres. Una entra a la habitación —pero habría que estirar demasiado los recursos lingüísticos y habría que permitir el vuelo ilegítimo de bandadas de palabras nuevas antes de que una mujer pueda decir lo que ocurre cuando entra a una habitación—. Las diferencias entre habitaciones son enormes; son tranquilas o estruendosas; con vista al mar o, por el contrario, al patio de una prisión; inundadas de ropa sucia; o ambientadas con ópalos y sedas; son ásperas como crines o suaves como plumas. Basta con entrar a cualquier habitación en cualquier calle para sentir en el rostro el aire de toda esa fuerza extremadamente compleja de la feminidad. ¿Cómo no iba a ser así? Debido a que durante todos estos millones de años las mujeres han permanecido adentro, las paredes mismas hoy en día están impregnadas de su fuerza creadora, tanto así que esta fuerza ha sobrecargado la capacidad de los ladrillos y el cemento y tiene que encauzarse hacia las plumas y los pinceles y los negocios y la política. Esta fuerza creadora difiere mucho, sin embargo, de la fuerza creadora de los hombres. Una tiene que llegar a la conclusión de que sería una verdadera y absoluta lástima si dicha fuerza se viera entorpecida o desperdiciada, ya que se adquirió durante siglos gracias a la más estricta disciplina, y no hay nada que pueda reemplazarla. Sería mil veces lamentable si las mujeres escribieran como los hombres o vivieran como los hombres o se parecieran a los hombres porque si

dos sexos no son del todo suficientes, teniendo en cuenta la inmensidad y variedad del mundo, ¿cómo podría bastarnos solo uno? ¿Acaso no debería la educación resaltar y fortalecer las diferencias en vez de las semejanzas? Ya tenemos demasiadas similitudes, y si un explorador trajera noticias de haber observado otros sexos a través de las ramas de otros árboles en otros cielos, nada podría ser más útil para la humanidad; y tendríamos el inmenso placer de ver cómo corre el profesor X por sus instrumentos de medición para demostrar que él es «superior».

Mary Carmichael —pensé, todavía mirando la página a cierta distancia— no necesitará hacer mucho como mera observadora. De hecho, sospecho que se vea tentada a convertirse en lo que considero la rama menos interesante de la especie: la novelista naturalista, y no la contemplativa. Tiene muchísimas cosas nuevas por observar. Ya no tendrá que limitarse a las casas respetables de la clase media alta. Entrará, sin ser complaciente ni condescendiente, con un espíritu de compañerismo, a esas habitaciones pequeñas y perfumadas donde se sientan la cortesana, la mujer prostituida y la señora con el *pug*. Siguen ahí sentadas con la ropa tosca que confeccionó el escritor para vestirlas forzosamente. Sin embargo, Mary Carmichael sacará sus tijeras y la ceñirá a cada ángulo y concavidad. Será interesante, cuando sea la hora de la función, ver a estas mujeres tal y como son, pero debemos esperar un poco porque Mary Carmichael seguirá abrumada por ser autoconsciente de la presencia del «pecado», que es el legado de nuestra barbarie sexual. Aún tendrá en los tobillos los viejos y ordinarios grilletes de su clase.

Sin embargo, la mayoría de las mujeres no son ni mujeres prostituidas ni cortesanas; ni se pasan las tardes de verano con sus perritos encima de sus desteñidos terciopelos. ¿Entonces qué hacen? Se me vino a la mente una de esas largas calles, en algún lugar al sur del río, cuyas infinitas hileras están innumerablemente pobladas. A través de la imaginación, vi a una señora muy anciana cruzando la calle del brazo de una mujer de mediana edad, su hija, tal vez, ambas con zapatos y abrigos tan decentes que se les habrá convertido en un ritual vestirse por las tardes y, año tras año, durante todos los meses de verano, guardar sus prendas en clósets alcanforados. Van por la calle cuando se empiezan a encender las farolas (porque el crepúsculo vespertino es su hora favorita), como ha sido su costumbre año tras año. La anciana ronda los ochenta años; pero si una le preguntara qué significado le ha dado a su vida, diría que vio las calles iluminadas para la batalla de Balaclava, o que oyó cómo disparaban los cañones en Hyde Park por el nacimiento del rey Eduardo VII. Luego, si una le preguntara, deseosa de precisar el momento, la estación del año y la fecha: «¿Qué hacía usted el cinco de abril de 1868 o el dos de noviembre de 1875?», se mostraría confusa y diría que no recuerda nada. Ya se prepararon todas las cenas; se lavaron los platos y las tazas; se enviaron los hijos a la escuela y a experimentar el mundo. No queda nada de todo aquello. Todo ha desaparecido. No hay biografía ni historia que tenga una palabra que decir al respecto, y las novelas, sin pretenderlo, mienten.

Todas estas vidas infinitamente desconocidas quedan por registrar —le dije a Mary Carmichael, como si estuviera conmigo—; y seguí con el pensamiento por las calles de

Londres sintiendo en la imaginación la presión del mutismo, la acumulación de vidas no registradas, ya fuera de las mujeres en las esquinas de las calles con las manos en la cintura y con anillos incrustados en los dedos gruesos e hinchados, hablando y haciendo gestos como el vaivén de las palabras de Shakespeare; o de las vendedoras de violetas y fósforos y de las viejas arpías paradas en los umbrales; o de las muchachas sin rumbo fijo cuyos rostros reflejan, como olas bajo el sol y las nubes, la cercanía de hombres y mujeres y las luces parpadeantes de las vitrinas. Todo eso tendrás que explorarlo —le dije a Mary Carmichael— con tu antorcha firme en la mano. Sobre todo, debes iluminar tu propia alma y sus profundidades y sus bajíos, y sus vanidades y sus actos generosos, y decir qué significado le das a tu belleza o a tu fealdad. Tendrás que contar cuál es tu relación con el mundo siempre cambiante y rotatorio de guantes y zapatos y las baratijas que oscilan en medio de los tenues aromas que salen de los frascos de perfume por las curvaturas de textiles sobre un suelo de mármol falso. En mi imaginación, había entrado a una tienda de baldosas blancas y negras, decorada con cintas de colores que le daban una asombrosa belleza. Mary Carmichael podría observarla al pasar —pensé— porque es una vista que tiene tan buen potencial de dejarse plasmar en papel como cualquier pico nevado o desfiladero rocoso de los Andes. También está la joven vendedora; me gustaría más conocer su historia real que la biografía número ciento cincuenta de Napoleón o el estudio número setenta de Keats y su uso de la inversión miltónica que actualmente están redactando el viejo profesor Z y sus colegas. Luego, con mucha cautela, de puntillas (así

de cobarde soy, tanto miedo sentía del latigazo que una vez estuvo a punto de caerme sobre los hombros), pasé a murmurar que Mary Carmichael también debería aprender a reírse, sin amargura, de las vanidades —digamos que más bien de las peculiaridades porque es una palabra menos ofensiva— del otro sexo. En la nuca tenemos una mancha del tamaño de una moneda que no podemos ver. Algo bueno que un sexo puede hacer por el otro: describir esa pequeña mancha que tenemos en la nuca. ¡Cuánto se han beneficiado las mujeres de los comentarios de Juvenal, de las críticas de Strindberg! ¡Cuán humanos y brillantes han sido los hombres, desde las edades más tempranas, para señalarles a las mujeres esa parte oscura de la nuca! Si Mary tuviera la valentía y la honestidad suficientes, caminaría detrás del sexo opuesto y nos relataría sus descubrimientos. Hasta que una mujer no describa esa mancha del tamaño de una moneda, no existirá un retrato real que represente al hombre en su totalidad. El señor Woodhouse y el señor Casuabon son manchas de ese tamaño y esa naturaleza. Por supuesto, no es que alguien en su sano juicio le aconseje tener como objetivo particular dedicarse a escarnecer y ridiculizar: en la literatura se demuestra la poca importancia de lo que se escribe con ese ánimo. Sé sincera —diría una— y el resultado será asombrosamente interesante. Es innegable que la comedia se enriquecería. Sin duda, se descubrirían nuevas realidades.

Sin embargo, ya era hora de regresar mi mirada a la página. Sería mejor —en vez de especular sobre lo que Mary Carmichael podría y debería escribir— ver lo que Mary Carmichael en realidad escribió. Así que reanudé la

lectura. Recordé que le había hecho algunos reclamos por haber roto la oración de Jane Austen, lo cual no me había dado la oportunidad de alardear de mi gusto impecable, de mi exigencia auditiva. No tenía sentido decirle: «Sí, sí, me parece muy interesante, pero Jane Austen escribía mucho mejor que tú» cuando tenía que admitir que no había punto de comparación entre las dos. Luego, había ido más allá y había roto la secuencia, el orden que una esperaba. Tal vez lo había hecho inconscientemente, limitándose a darles a las cosas su orden natural, como lo haría una mujer, si escribiera como una mujer. El efecto era, no obstante, de algún modo desconcertante; una no alcanzaba a sentir ninguna ola amenazante, ninguna crisis a la vuelta de la esquina. Por lo tanto, tampoco podía enorgullecerme de lo profundos que son mis sentimientos y mi conocimiento del corazón humano. Cada vez que estaba a punto de sentir lo habitual en los lugares habituales, sobre el amor, sobre la muerte, la vacilante criatura me apartaba de un tirón, como si lo importante estuviera un poco más adelante. Me imposibilitó, pues, el despliegue de mis frases grandilocuentes: los «sentimientos esenciales», la «materia común a la humanidad», «las profundidades del corazón humano» y todas las demás expresiones que fundamentan nuestra creencia de que, por mucha inteligencia que demostremos, somos muy circunspectos, muy profundos y muy humanos por dentro. Por el contrario, me hizo sentir que, en lugar de ser circunspecta, profunda y humana, posiblemente tenía —y lo que sentí fue mucho menos seductor— tan solo una mente perezosa y era, para acabar de ajustar, convencional.

Seguí leyendo y me di cuenta de lo siguiente. Mary Carmichael no era una «genio»; eso era evidente. No tenía nada que se pareciera al amor por la naturaleza, a la imaginación ardiente, a la poesía salvaje, al ingenio brillante, a la sabiduría melancólica de sus grandes predecesoras: lady Winchilsea, Charlotte Brontë, Emily Brontë, Jane Austen y George Eliot; no escribía con la melodía y la dignidad de Dorothy Osborne; de hecho, no era más que una joven inteligente cuyos libros, sin duda, serán pulpa de papel dentro de diez años. Sin embargo, tenía ciertas ventajas que, incluso hace medio siglo, no tenían mujeres de mucho más talento. Para ella, los hombres ya no eran «la facción opuesta»; no necesitaba perder el tiempo renegando de ellos; no tenía por qué subirse al tejado y arruinar su tranquilidad mental anhelando lo que le negaron: viajes, experiencias y el conocimiento del mundo y de otras personalidades. Ya casi no tenía miedo ni odio, o solo sentía el rastro de ellos cuando experimentaba una ligera exageración de la alegría por la libertad, una tendencia al trato cáustico y satírico, más que romántico, con los hombres. Entonces, no cabía duda de que, como novelista, disfrutaba de algunas notorias ventajas naturales. Tenía una sensibilidad muy amplia, ávida y libre que respondía a un roce casi imperceptible y, como una planta que recién brota, se deleitaba con cada visión y sonido que pasaba a su lado. Además, dicha sensibilidad se movía, muy sutil y curiosamente, entre cosas casi desconocidas o no documentadas; iluminaba las cosas pequeñas y demostraba que tal vez no eran pequeñas después de todo; revelaba cosas enterradas que no tenían por qué haber estado escondidas. Aunque fuera poco elegante y no tuviera el

estilo inconsciente del antiguo linaje que el menor giro de la pluma de un Thackeray o un Lamb emplea para deleitarnos el oído, Mary Carmichael había aplicado con destreza —pensé— la primera gran lección: escribía como una mujer, pero como una mujer que ha olvidado que es una mujer, de modo que sus páginas estaban llenas de esa curiosa cualidad sexual que solo se da cuando el sexo es inconsciente de sí mismo.

Todo esto era bueno, pero tanto la abundancia de sensaciones como la finura de la percepción le serían inútiles si no era capaz de construir, a partir de lo efímero y lo personal, un edificio sólido que se sostuviera en pie. Dije que esperaría hasta que se enfrentara a «una situación». Es decir, hasta que me demostrara, por medio de vínculos, indicios y acoplamientos, que no se había limitado a rozar la superficie, sino que había sondeado las profundidades. Ya es hora —se diría en cierto momento— de mostrar con delicadeza el significado de todo esto. Comenzaba entonces —¡qué inconfundible es esa celeridad!— a hacer conexiones y a remitir y me hacía evocar cosas tal vez bastante triviales, soltadas en otros capítulos y que yo había medio olvidado. Las concretaba mientras alguien cosía o se fumaba una pipa con la mayor naturalidad posible, y una sentía, mientras ella continuaba su relato, como si hubiera subido a la cima del mundo para observarlo desde arriba, muy majestuosamente, en toda su extensión.

De todos modos, lo estaba intentando. Cuando observaba cómo se disponía para la prueba, vi, aunque esperaba que ella no los viera, a los obispos y a los decanos, a los doctores y a los profesores, a los patriarcas y a los pedagogos, todos encima, gritándole advertencias y consejos: «¡No puedes

hacer eso!; ¡tampoco debes hacer esto! ¡Solo los profesores y estudiantes pueden pisar el césped! ¡No se admiten mujeres sin carta de recomendación! ¡Habilidosas novelistas principiantes, por aquí!». Así le gritaban, como los asistentes a una carrera de caballos, y su prueba consistía en saltar la valla sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda. Si te detienes a maldecir, pierdes —le dije—; igual si te paras a burlarte. Vacila o titubea y se acabó. Piensa solo en el salto —le imploré como si hubiera apostado todo mi dinero en ella—; y superó el obstáculo como volando, pero había otra valla más allá y otra todavía más lejos. Dudaba de que tuviera el aguante porque los aplausos y los gritos eran enervantes, pero hizo lo mejor que pudo. Teniendo en cuenta que Mary Carmichael no era una genio, sino una desconocida que escribía su primera novela en una sala de estar, sin disponer de suficiente tiempo, dinero y ocio, no lo hizo tan mal —pensé—.

Démosle otros cien años —concluí, leyendo el último capítulo— (las narices y los hombros descubiertos de la gente contrastaban con el cielo estrellado, pues alguien había corrido la cortina de la sala), entreguémosle una habitación propia y quinientas libras al año, dejemos que diga lo que piensa y esperemos que omita la mitad de lo que abarca ahora y, un día de estos, escribirá un mejor libro. Dentro de otros cien años, será poeta —dije, poniendo *La aventura de la vida*, de Mary Carmichael, en un extremo de la estantería—.

Capítulo seis

* * *

Al día siguiente, la luz de la mañana de octubre caía en rayos polvorientos a través de las ventanas sin cortinas y el bullicio del tráfico se elevaba desde la calle. Londres se despertaba de nuevo; la fábrica estaba en marcha; las máquinas estaban en movimiento. Era tentador, después de toda esta lectura, mirar por la ventana y ver qué estaba haciendo Londres en la mañana del 26 de octubre de 1928. ¿Y qué hacía Londres? Al parecer, nadie estaba leyendo *Antonio y Cleopatra*. Londres era totalmente indiferente a las obras de Shakespeare. A nadie le importaba un pepino —y no los culpo por ello— el futuro de la ficción, la muerte de la poesía o el desarrollo de un estilo de prosa por parte de la mujer promedio para expresar lo que había en su mente. Si las opiniones sobre cualquiera de estos asuntos se hubieran escrito con tiza en una acera, nadie se habría inclinado a leerlas. La indiferencia de los transeúntes apresurados las habría borrado en media hora. Pasaba el niño de los mandados; pasaba una mujer con un perro. Lo fascinante de las calles londinenses es que nunca hay dos personas iguales; cada una parece estar ocupada en sus propios asuntos. Estaban las personas formales con sus bolsitos; las vagabundas que golpeaban las barandillas con palos; las afables, para quienes las calles son como clubes, hombres en carros que saludaban y daban información no solicitada. Al ver pasar los funerales, los hombres, recordando de repente la muerte de sus propios cuerpos, se quitaban el sombrero.

Y entonces un caballero muy distinguido bajaba lentamente por los peldaños de un umbral y se detenía para evitar chocar con una señora afanada que, de uno u otro modo, había adquirido un espléndido abrigo de piel y un ramo de violetas de Parma. Todos parecían aislados, ensimismados, ocupados en sus propios asuntos.

En ese momento, como ocurre tan a menudo en Londres, hubo una completa calma y el tráfico se detuvo. Nada ni nadie pasaba por la calle. Del árbol que había al final de la calle, se desprendió una hoja que cayó en medio de aquella calma. De alguna manera, era como una señal que me mostraba la fuerza de las cosas que había pasado por alto. Parecía mostrarme un río que fluía, invisible, por la esquina, calle abajo, y arrastraba a la gente, como el arroyo de Oxbridge que había arrastrado al universitario en su bote y a las hojas muertas. Ahora llevaba de un lado a otro de la calle a una joven con botas de charol, luego a un joven con un abrigo granate, y también a un taxi. Los reunió a los tres justo debajo de mi ventana, donde se detuvo el taxi. La joven y el joven también se detuvieron y se subieron a este que luego se deslizó como si la corriente lo arrastrara a otra parte.

La escena era bastante común; lo extraño era el orden rítmico que mi imaginación le había dado, y el hecho de que una escena común y corriente de dos personas subiéndose a un taxi tuviera el poder de comunicar algo de la satisfacción que podrían sentir. La imagen de dos personas que caminan por la calle y se encuentran en la esquina parece aliviar la mente de cierta tensión —pensé mientras veía cómo giraba y se alejaba el taxi—. Quizás pensar que un sexo es distinto

del otro —como lo había estado haciendo estos dos días— requiere cierto esfuerzo; interfiere con la unidad de la mente. Sin embargo, ese esfuerzo había cesado y la mente se había vuelto a unir al ver a dos personas que se juntaban y se subían a un taxi. La mente es, sin duda, un órgano muy misterioso —reflexioné, apartando la cabeza de la ventana— del que no se sabe nada, aunque dependamos por completo de él. ¿Por qué tengo la sensación de que en la mente hay divisiones y oposiciones del mismo modo que en el cuerpo hay tensiones por causas obvias? ¿Qué quiere decir «la unidad de la mente»? —reflexioné—. Es evidente que la mente tiene un poder tan grande de concentrarse en cualquier punto y en cualquier momento que parece no tener un único estado. Puede separarse de las personas que hay en la calle, por ejemplo, y, mientras las mira desde arriba en una ventana alta, pensar en sí misma como algo ajeno a los demás. O puede pensar con otras personas espontáneamente, como, por ejemplo, en una multitud que espera escuchar una noticia. Puede recordar a través de sus padres o de sus madres porque, como he dicho antes, una mujer que escribe hace memoria a través de sus madres. Reitero, cuando una es mujer, a menudo se ve sorprendida por una súbita división de la consciencia, como cuando, al caminar por Whitehall, una pasa de ser la heredera natural de esa civilización a convertirse en una extraña, una forastera, una crítica. Es evidente que la mente siempre está cambiando su enfoque y analizando el mundo desde diferentes perspectivas; sin embargo, algunos de esos estados mentales parecen menos cómodos que otros, aunque hayan sido adoptados de forma espontánea. Para mantenerse

en ellos, una debe reprimir algo inconscientemente y, poco a poco, esa represión se convierte en esfuerzo. Pero también puede haber estados mentales en los que una permanece sin esfuerzo porque no hay nada que reprimir. Este, tal vez —pensé al alejarme de la ventana—, sea uno de ellos porque, cuando vi a la pareja subirse al taxi, sentí como si mi mente, después de haber estado dividida, se hubiera unido de nuevo en una fusión natural. La explicación más obvia sería que es normal que los sexos cooperen. Una suele tener el profundo e irracional instinto a creer que la unión del hombre y la mujer alcanza la mayor satisfacción, la felicidad más completa. Pero la satisfacción que me produjo ver la imagen de las personas subiéndose al taxi me hizo preguntarme si hay dos sexos de la mente que se corresponden con los dos sexos del cuerpo y si también necesitan estar unidos para lograr la satisfacción y la felicidad completas. Entonces me puse a garabatear un esquema del alma: en cada ser humano habitan dos fuerzas, una masculina y una femenina. En el cerebro del hombre predomina la fuerza masculina, mientras que en el cerebro de la mujer predomina la fuerza femenina. Lo más normal y saludable es que las dos fuerzas coexistan en armonía y cooperen espiritualmente. En el hombre, la parte femenina del cerebro también debe tener voz y la mujer también debe estar en contacto con el hombre que hay en ella. Quizás a esto se refería Coleridge cuando dijo que las grandes mentes son andróginas. Cuando ocurre esta fusión, la mente alcanza su plenitud y despliega todo su potencial. Es posible que una mente netamente masculina no pueda crear más que una mente puramente femenina —pensé—, pero

estaría bien poner a prueba lo que significaba la feminidad en el hombre y la masculinidad en la mujer, deteniéndome a leer uno o dos libros.

Cuando Coleridge dijo que las grandes mentes son andróginas, no se refería a que tuvieran especial compasión por las mujeres, que las apoyaran en su causa o que se dedicaran a interpretarlas. Quizás las mentes andróginas sean menos propensas a hacer estas distinciones que las mentes de un solo sexo. Quizás lo que quiso decir es que las mentes andróginas son resonantes y permeables; que pueden transmitir emociones sin impedimentos; que son naturalmente creativas, incandescentes e íntegras. De hecho, se podría decir que la mente de Shakespeare era una mente andrógina: una mente de hombre, pero con elementos femeninos, aunque sería imposible descifrar lo que pensaba de las mujeres. Y si fuera cierto que una de las características de las mentes desarrolladas es que no conciben los sexos de forma especial o separada, cuán difícil es alcanzar esa condición ahora más que nunca. Me acerqué a los libros de escritores y escritoras vivas, me detuve y me pregunté si esa no sería la causa de algo que me había desconcertado durante mucho tiempo. Ninguna otra época pudo haber sido tan estridentemente consciente del sexo como la nuestra y prueba de ello era ese sinfín de libros sobre mujeres, escritos por hombres y conservados en el Museo Británico. La campaña sufragista fue sin duda la culpable. Debió haber despertado en los hombres un extraordinario deseo de reivindicación; debió haberlos llevado a enfocarse en su propio sexo y en sus propias características, lo cual no les habría interesado de no haber sido

desafiados. Pero cuando un hombre se siente desafiado, aunque sea por unas cuantas mujeres con bonetes negros, toma represalias, incluso de forma excesiva, si no había sido desafiado antes. Eso podría explicar algunas de las características que recuerdo haber encontrado aquí —pensé al tomar una novela reciente del señor A, quien se encuentra en la plenitud de su vida y, al parecer, recibe muy buenas opiniones de la crítica—. Lo abrí. Ciertamente, era un placer volver a leer la escritura de un hombre. Era tan directa, tan sencilla, comparada con la escritura femenina. Denotaba tanta libertad de espíritu, tanta libertad personal, tanta confianza en sí mismo. Una tenía una sensación de bienestar físico ante esta mente libre, bien alimentada, instruida, que no habían boicoteado ni contrariado, sino que había gozado de plena libertad desde su nacimiento para expandirse como quisiera. Todo esto era admirable. Pero después de leer uno o dos capítulos, una sombra pareció atravesar la página. Era una sombra oscura que formaba la palabra «yo». Empecé a esquivarla hacia un lado y hacia otro para entrever el paisaje que había detrás. No estaba muy segura de si había un árbol o una mujer caminando. Se interponía siempre la palabra «yo». Empecé a cansarme del «yo». No obstante, este «yo» era un «yo» de lo más respetable; honesto y lógico; duro como una nuez y pulido durante siglos por la buena educación y la buena alimentación. Respeto y admiro a ese «yo» con todo el corazón, pero —pasé una o dos páginas, buscando alguna cosa u otra— lo peor de todo es que, a la sombra de la palabra «yo», todo es amorfo como la niebla. ¿Es un árbol? No, es una mujer. Pero… no tiene ni un hueso en el cuerpo —pensé, mirando a Phoebe, porque así

se llamaba, que caminaba por la playa—. Entonces Alan se levantó y de golpe su sombra cubrió a Phoebe. Porque Alan tenía sus opiniones y Phoebe se ahogaba en ese río de opiniones. Entonces Alan —pensé— tiene pasiones. Aquí empecé a pasar página tras página muy deprisa, sintiendo que se avecinaba la crisis, y así fue. Sucedió en la playa, bajo el sol, muy abiertamente, muy vigorosamente. Nada podría haber sido más indecente. Pero… He dicho «pero» demasiadas veces. Una no puede ir por la vida diciendo «pero»; debo terminar la frase de alguna manera —me reproché—. ¡Debería terminarla con un «pero estoy aburrida!» ¿Pero por qué estaba aburrida? En parte, por el dominio de la palabra «yo» y la aridez que, como el haya gigante, causa su sombra. Nada crece ahí. En parte también, por una razón más oscura. Parecía haber algún obstáculo, algún impedimento en la mente del señor A que bloqueaba la fuente de energía creativa y la confinaba en límites estrechos. Recordando el almuerzo en Oxbridge y la ceniza de cigarrillo y el gato manx y a Tennyson y a Christina Rossetti, todo a la vez, parecía factible que el impedimento se encontrara ahí. Como él ya no tararea en voz baja: «Cayó una lágrima espléndida de la pasionaria que adorna la reja» cuando Phoebe atraviesa la playa y como ella ya no responde: «Mi corazón es como un pájaro cantor que anida en un retoño recién regado» cuando Alan se acerca, ¿qué puede hacer él? Siendo honesto como el día y lógico como el sol, solo le queda una cosa por hacer. Y hay que reconocerle que eso hace una y otra vez —dije, pasando las páginas— y otras veces de nuevo. Y eso —añadí, consciente de lo horrible de mi confesión— se me hace un poco aburrido. La indecencia de Shakespeare

arranca otras mil cosas de la mente y está lejos de ser aburrida, pero Shakespeare lo hace por placer; el señor A, como dicen las niñeras, lo hace a propósito. Lo hace por protestar. Protesta contra la igualdad del otro sexo afirmando la superioridad del suyo. Por lo tanto, se siente impedido, inhibido y cohibido, como podría haberse sentido Shakespeare si también hubiera conocido a la señorita Clough y a la señorita Davies. Sin duda, la literatura isabelina sería muy diferente de lo que es si el movimiento feminista hubiera comenzado en el siglo dieciséis y no en el diecinueve.

Esto quiere decir, si la teoría de los dos lados de la mente es válida, que la virilidad se ha vuelto consciente de sí misma, que los hombres ahora solo escriben con el lado masculino de sus cerebros. Se equivoca la mujer que los lea porque será inevitable que busque algo que no va a encontrar. El poder de la sugestión es lo que una más extraña —pensé, tomando los ensayos del señor B y leyendo, muy atenta y diligentemente, sus observaciones sobre el arte de la poesía—. Eran muy acertadas, agudas y plenas de conocimiento, pero el problema era que sus sentimientos ya no se comunicaban; su mente parecía dividida en diferentes compartimentos; ni un sonido pasaba de uno a otro. Así, cuando una trae a su mente una frase del señor B, esta cae pesadamente al suelo, muerta; mientras que una frase de Coleridge explota en la mente y da origen a toda clase de ideas. Ese es el único tipo de escritura del que puede decirse que guarda el secreto de la vida eterna.

Sea cual sea la razón, es un hecho que una debe condenar porque significa —aquí había llegado a hileras de libros del señor Galsworthy y del señor Kipling— que algunas de

las mejores obras de nuestros más brillantes escritores vivos llegan a oídos sordos. Haga lo que haga, una mujer no puede hallar en ellos esa fuente de vida eterna que los críticos le aseguran que hay ahí. No es solo que ensalcen virtudes masculinas, que impongan valores masculinos y que retraten el mundo de los hombres; es que la emoción de la que están impregnados esos libros es incomprensible para una mujer. Se está acercando, se está acumulando, está a punto de estallar —es lo que una empieza a decirse mucho antes del final—. Ese cuadro caerá sobre la cabeza del viejo Jolyon; morirá de la impresión; el anciano clérigo pronunciará dos o tres palabras solemnes; y todos los cisnes del Támesis prorrumpirán en cantos. Pero antes de que eso ocurra, una correrá a esconderse entre los arbustos de grosellas, porque la emoción que es tan profunda, tan sutil, tan simbólica para un hombre, despierta el asombro de una mujer. Lo mismo ocurre con los oficiales del señor Kipling que se dan media vuelta; con sus Sembradores que plantan la Semilla; con sus Hombres que están solos con su Trabajo; con la Bandera —con tantas mayúsculas, una se ruboriza como si la hubieran sorprendido espiando alguna orgía exclusivamente masculina—. En realidad, ni el señor Galsworthy ni el señor Kipling tienen una chispa de mujer en su interior. Por eso, todas sus cualidades les resultan burdas e inmaduras a las mujeres, si se me permite generalizar. Carecen de poder sugestivo. Y cuando un libro carece de poder sugestivo, por mucho que golpee la superficie de la mente, no puede penetrar en su interior.

Y en medio de esa inquietud en la que una saca y vuelve a poner libros en su sitio sin siquiera mirarlos, empecé a

imaginar una época venidera de virilidad pura y enérgica, como la que parecen presagiar las cartas de los profesores (de sir Walter Raleigh, por ejemplo) y que ya han hecho realidad los gobernantes de Italia. En Roma, es inevitable sentirse impresionada por la sensación de masculinidad absoluta; y sea cual sea el valor de la masculinidad absoluta en el Estado, cabe preguntarse por su efecto en el arte de la poesía. En cualquier caso, según los periódicos, en Italia hay cierta preocupación por la ficción. Se convocó una reunión de académicos con el objetivo de «desarrollar la novela italiana». «Hombres de renombre por nacimiento, o en las finanzas, la industria o las corporaciones fascistas» se reunieron el otro día a discutir el asunto y le enviaron un telegrama al Duce expresándole el anhelo «de que la era fascista diera pronto a luz un poeta digno de ella». Todos podríamos unirnos a ese piadoso anhelo, pero es poco probable que la poesía pueda salir de una incubadora. La poesía debe tener un padre y una madre. Sospecho que el poema fascista sería un pequeño y horroroso aborto, como los que se ven en frascos de cristal en el museo de algún pueblo. Se dice que tales monstruos no viven mucho tiempo; nunca se ha visto un prodigio de ese tipo podando el césped en un campo. Dos cabezas en un cuerpo no hacen la vida más larga.

Sin embargo, la culpa de todo esto, si se quiere culpar a alguien, no recae más en un sexo que en el otro. Los responsables son todos los seductores y reformadores: lady Bessborough cuando le mintió a lord Granville, la señorita Davies cuando le dijo la verdad al señor Greg. Son culpables todos los que han propiciado un estado de consciencia sexista, y son

ellos los que me incitan, cuando quiero desplegar mis facultades en un libro, a buscarlo en aquella época feliz, antes de que nacieran la señorita Davies y la señorita Clough, cuando los escritores se valían de ambos lados de su mente por igual. Debo recurrir de nuevo a Shakespeare, porque Shakespeare era andrógino y también lo eran Keats y Sterne y Cowper y Lamb y Coleridge. Shelley quizás era asexuado. Milton y Ben Jonson eran demasiado masculinos. También Wordsworth y Tolstoi. En nuestra época, Proust era totalmente andrógino; incluso, quizás demasiado femenino. Pero ese defecto es demasiado excepcional como para quejarse de él porque, sin una mezcla de ese tipo, el intelecto parece predominar y las demás facultades de la mente se endurecen y se vuelven estériles. Sin embargo, me consolé pensando que tal vez se trate de una fase pasajera; mucho de lo que he dicho para cumplir mi promesa de revelarles el curso de mis pensamientos les parecerá anticuado; mucho de lo que hace que me brillen los ojos les parecerá ambiguo a ustedes, que aún no han alcanzado la mayoría de edad.

Aun así, la primera oración que escribiría aquí —dije, yendo hacia el escritorio y tomando la página titulada «Las mujeres y la ficción»— es que, para cualquiera que escriba, es fatal pensar en su sexo. Es fatal ser pura y simplemente hombre o mujer; hay que ser mujer masculina u hombre femenino. Es fatal que una mujer se esfuerce en lo más mínimo por hacer un reclamo; que abogue, incluso con justicia, por una causa; o que hable conscientemente como mujer. Y al decir que es fatal no hablo en sentido figurado porque cualquier cosa escrita con la consciencia de ese sesgo está condenada

a la muerte. Deja de ser fecunda. Por brillante, eficaz, poderosa y magistral que pueda parecer durante uno o dos días, se marchitará al anochecer; no puede crecer en las mentes de los demás. Para que el arte de crear pueda materializarse, tiene que ocurrir en la mente una colaboración entre la mujer y el hombre. Debe consumarse el matrimonio de los opuestos. La mente debe estar abierta en su totalidad para que sintamos que el escritor está comunicando su experiencia con perfecta completitud. Debe haber libertad y debe haber paz. No debe chirriar ni una rueda; no debe haber ni un destello de luz. Las cortinas deben estar cerradas. El escritor —pensé— una vez terminada su experiencia, debe recostarse y dejar que su mente celebre sus nupcias en la oscuridad. No debe mirar ni cuestionar lo que está sucediendo. Más bien, debe arrancar los pétalos de una rosa o contemplar a los cisnes flotar tranquilamente por el río. Y volví a ver la corriente que se llevó el bote y al universitario y las hojas secas; y el taxi se llevó al hombre y a la mujer y la corriente los arrastró —pensé, viéndolos cruzar juntos la calle— hacia aquel impetuoso torrente —pensé, oyendo a lo lejos el rugido del tráfico de Londres—.

Aquí termina de hablar Mary Beton, quien les ha contado cómo llegó a la conclusión —la prosaica conclusión— de que es necesario tener quinientas libras al año y una habitación con cerradura en la puerta si se quiere escribir ficción o poesía. Ha intentado desvelar las reflexiones e impresiones que la llevaron a ese pensamiento. Les ha pedido que la acompañen hasta toparse con los brazos de un bedel, a almorzar aquí, a cenar allá, a hacer dibujos en el Museo

Británico, a tomar algunos libros del estante, a mirar por la ventana. Sin duda, mientras ella hacía todas esas cosas, ustedes han estado observando sus defectos y manías y decidiendo qué efecto han tenido en sus opiniones. Han estado en desacuerdo con ella y han estado añadiendo y deduciendo lo que han considerado oportuno. Así es, pues, como debe ser porque, en una cuestión como esta, solo puede llegarse a la verdad a través de muchos errores diferentes. Terminaré ahora en primera persona anticipando dos críticas tan obvias que difícilmente dejarán pasar.

Dirán ustedes que no he emitido ninguna opinión sobre los méritos de cada sexo en comparación con el otro, ni siquiera como escritores. Esto lo hice a propósito porque, aunque hubiera llegado el momento de tal valoración —y en este momento es mucho más importante saber cuánto dinero y cuántas habitaciones tenían las mujeres que formular teorías sobre sus capacidades—, incluso si hubiera llegado ese momento, no creo que los talentos, ya sean de la mente o del carácter, puedan pesarse como el azúcar o la mantequilla, ni siquiera en Cambridge, donde son expertos en clasificar a la gente y en ponerle birretes en la cabeza o títulos abreviados después del apellido. No creo que ni siquiera la tabla de precedencia que encontrarán en el Almanaque de Whitaker represente un orden definitivo de valores ni que haya alguna razón de peso para suponer que un comandante de la Orden del Baño vaya a cenar detrás de un maestro en Locura. Toda esta disputa de un sexo contra el otro, de una calidad contra la otra; toda esta demanda de superioridad e imputación de inferioridad pertenecen a la etapa escolar de la existencia

humana, donde hay «bandos» y es necesario e importantísimo que un bando supere al otro para subir al escenario y recibir un trofeo de manos del director. A medida que la gente madura, deja de creer en bandos o en directores o en trofeos. En todo caso, cuando se trata de libros, es sumamente difícil poner etiquetas de mérito que no terminen desprendiéndose. ¿Acaso las reseñas de la literatura contemporánea no son una muestra perenne de la dificultad de juzgar? «Este magnífico libro», «este pésimo libro»: ambos calificativos pueden referirse a la misma obra. Los elogios y los reproches no significan nada. Por muy placentero que sea, el pasatiempo de medir es la más inútil de todas las ocupaciones, y someterse a los dictámenes de los medidores es la más servil de las actitudes. Lo único que importa es que escriban lo que quieran escribir; y nadie puede decir si será importante por los siglos de los siglos o solo por unas horas. Pero sacrificar su punto de vista, aunque solo sea un pelo, o su estilo, aunque solo sea un matiz, para complacer a un director que les va a entregar un trofeo de plata o a un profesor que oculta en la manga una vara de medir es la traición más vil y despreciable; y el sacrificio de la riqueza y la castidad, que solía considerarse la mayor de las tragedias humanas, es, en comparación, una simple picadura de pulga.

En segundo lugar, quizás les moleste que les haya dado tanta importancia a las cosas materiales. Incluso habiendo concedido un margen generoso al simbolismo —quinientas libras al año significan la posibilidad de contemplar y una cerradura en la puerta representa el poder de pensar por una misma—, ustedes podrán objetar que la mente debe elevarse

por encima de tales cosas y que muchos de los grandes poetas han sido hombres pobres. Permítanme, entonces, citar las palabras de su propio profesor de Literatura, quien sabe mejor que yo lo que implica la formación de un poeta. Sir Arthur Quiller-Couch escribe[14]:

¿Quiénes son los grandes poetas de los últimos cien años? Coleridge, Wordsworth, Byron, Shelley, Landor, Keats, Tennyson, Browning, Arnold, Morris, Rossetti, Swinburne… Podríamos detenernos ahí. De ellos, todos menos Keats, Browning y Rossetti fueron a la universidad; y de ellos tres, Keats, quien murió joven, segado en la flor de la vida, es el único que no gozó de una buena posición económica. Puede sonar cruel, y de hecho es triste decirlo, pero, en la práctica, la teoría de que el genio poético aparece donde le place, entre ricos y pobres por igual, tiene poco de verdad. Si nueve de los doce fueron a la universidad, significa que, de uno u otro modo, obtuvieron los recursos para acceder a la mejor educación que Inglaterra podía ofrecer. De los tres restantes, es bien sabido que Browning tenía una buena posición económica, y les aseguro que, de no ser así, no habría logrado escribir Saúl o El anillo y el libro, así como Ruskin no habría escrito Los pintores modernos si su padre no hubiera sido un próspero comerciante. Rossetti disponía de una pequeña renta personal y, además, pintaba. Solo queda Keats, a quien Átropos mató joven, como mató a John Clare en un manicomio y a James Thomson con el láudano que se tomaba para embriagar

14 *The Art of Writing*, sir Arthur Quiller-Couch.

su desilusión. Es una realidad espantosa, pero debemos afrontarla. Por muy deshonroso que sea para nosotros como nación, por algún desperfecto de nuestra mancomunidad, el poeta pobre no tiene hoy en día, ni ha tenido en doscientos años, la más mínima oportunidad. Créanme cuando les digo —y he pasado gran parte de los últimos diez años observando unas trescientas veinte escuelas primarias— que podemos presumir de vivir en una democracia, pero la realidad es que un niño pobre en Inglaterra tiene casi tan pocas esperanzas como el hijo de un esclavo ateniense de emanciparse en esa libertad intelectual de la cual nacen las grandes obras literarias.

Nadie podría haber sido más contundente. «El poeta pobre no tiene hoy en día, ni ha tenido en doscientos años, la más mínima oportunidad [...]. Un niño pobre en Inglaterra tiene casi tan pocas esperanzas como el hijo de un esclavo ateniense de emanciparse en esa libertad intelectual de la cual nacen las grandes obras literarias». Así son las cosas. La libertad intelectual depende de las posesiones materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres siempre hemos sido pobres, no solo durante los últimos doscientos años, sino desde el principio de los tiempos. Las mujeres hemos tenido menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres, por lo tanto, no hemos tenido ni la más mínima oportunidad de escribir poesía. Por eso he insistido tanto en la importancia del dinero y de una habitación propia. Sin embargo, gracias a los esfuerzos de esas mujeres anónimas del pasado de quienes me gustaría que supiéramos más y gracias, irónicamente, a dos guerras: la

de Crimea, que le permitió a Florence Nightingale salir de su sala, y la de Europa, que le abrió las puertas a la mujer promedio unos sesenta años más tarde, estos demonios están siendo exorcizados. De no ser por esas mujeres, ustedes no estarían aquí esta noche y sus posibilidades de ganar quinientas libras al año, aunque siga siendo una suma precaria, serían ínfimas.

No obstante, me preguntarán ustedes: «¿Por qué darle tanta importancia a que las mujeres escribamos libros cuando, según usted misma, requiere tanto esfuerzo, puede llevarnos a asesinar a nuestras tías, puede hacer que lleguemos tarde a almorzar y puede acarrearnos serias disputas con buenos amigos?». Mis razones, permítanme admitirlo, son en parte egoístas. Como a la mayoría de las inglesas incultas, me gusta leer; me gusta leer libros a granel. Últimamente, mi dieta se ha vuelto un poco monótona: la historia se enfoca demasiado en las guerras; las biografías hablan demasiado de hombres célebres; la poesía, a mi parecer, ha mostrado una tendencia a la esterilidad; la ficción... Bueno, ya he expuesto lo suficiente mis incapacidades como crítica de ficción moderna y no diré nada más al respecto. Así pues, las animo a que escriban todo tipo de libros, sin vacilar ante ningún tema por trivial o vasto que parezca. Espero que, de una u otra forma, consigan suficiente dinero para viajar y holgazanear, para contemplar el futuro o el pasado del mundo, para soñar con libros y merodear en las esquinas y dejar que el sedal del pensamiento se sumerja en la corriente. Porque no pretendo que se limiten a la ficción. Si quisieran complacerme —y hay miles que piensan como yo—, escribirían libros de viajes y aventuras, de investigaciones y estudios, de historia y biografía, de crítica, filosofía y ciencia.

Con ello, sin duda, enriquecerán el arte de la ficción. Porque los libros tienen la particularidad de influir unos en otros. La ficción siempre será mejor si está en contacto con la poesía y la filosofía. Además, si se fijan en cualquiera de las grandes figuras de antes, como Safo, como Murasaki, como Emily Brontë, descubrirán que son tanto herederas como creadoras, y que han cobrado vida porque las mujeres se han habituado a escribir de forma natural; así que, incluso como preludio a la poesía, ejercer esta actividad es un aporte invaluable.

Sin embargo, cuando repaso estas notas y analizo el hilo de mis pensamientos, descubro que mis motivos no eran del todo egoístas. Por estos comentarios y estas reflexiones corre la convicción —¿o es el instinto?— de que los buenos libros son necesarios y de que los buenos escritores, aunque muestren toda clase de depravaciones humanas, siguen siendo buenos seres humanos. Así pues, cuando les pido que escriban más libros, las estoy exhortando a que hagan lo mejor para ustedes y para el mundo en general. ¿Cómo justificar ese instinto o esa creencia? No lo sé, pues los términos filosóficos, cuando una no ha recibido formación académica, suelen ser confusos. ¿Qué quiere decir «realidad»? Parece ser algo muy errático, muy poco fiable: a veces se encuentra en un camino polvoriento, a veces en un recorte de periódico en la calle, a veces en un narciso al sol. Ilumina a un grupo de personas en un salón y acuña un dicho casual. Agobia a quien camina de vuelta a casa bajo las estrellas y hace que el mundo del silencio se sienta más real que el mundo de la palabra; luego vuelve a aparecer ahí, en un bus, en la algarabía de Piccadilly. A veces, también parece habitar en formas

demasiado lejanas como para discernir cuál es su naturaleza. Pero todo lo que toca, lo fija y lo vuelve permanente. Eso es lo que queda cuando ya se arrojó al cerco la piel del día; eso es lo que queda del pasado y de nuestros amores y odios. Ahora bien, los escritores, en mi opinión, tienen la posibilidad de vivir más que otras personas en presencia de esta realidad. A ellos les corresponde encontrarla, juntarla y comunicárnosla a los demás. Al menos eso es lo que infiero después de leer *El rey Lear, Emma* o *En busca del tiempo perdido*. La lectura de estos libros parece retirarnos las cataratas de los sentidos: una empieza a ver con mayor intensidad; el mundo parece despojado de su envoltura y dotado de mayor vitalidad. Esas son las personas envidiables, las que viven enemistadas con la irrealidad; y esas son las personas lastimeras, las que chocan de bruces con las cosas debido a su ignorancia o negligencia. De modo que cuando las invito a ganar dinero y a tener una habitación propia, las estoy invitando a vivir en presencia de la realidad, a tener una vida apasionante, independientemente de si van a contarla o no.

Aquí terminaría, pero la tradición dicta que todo discurso debe cerrar con una peroración. Y una peroración dirigida a las mujeres debería, coincidirán conmigo, enaltecer y ennoblecer. Debería implorarles que recuerden sus responsabilidades, que sean excelsas, que sean más espirituales; debería recordarles todo lo que depende de ustedes y la tremenda influencia que pueden ejercer sobre el futuro. Pero creo que esas exhortaciones estarán mejor con el otro sexo, quienes las expresarán, y de hecho las han expresado, con una elocuencia muy superior a la que yo puedo alcanzar. En mi mente, por

más que rebusque, no logro encontrar el noble sentir de ser compañeras y semejantes y de tener que guiar al mundo hacia un propósito más elevado. Me descubro diciendo escueta y prosaicamente que es mucho más importante ser una misma que cualquier otra cosa. Les diría que no sueñen con influenciar a otras personas, si supiera expresarlo con más adornos. Piensen en las cosas en sí.

Y al hojear los periódicos, las novelas y las biografías, recuerdo que cuando una mujer se dirige a otras debe tener algo desagradable bajo la manga. Las mujeres somos duras con otras mujeres. A las mujeres nos disgustan las mujeres. Las mujeres... ¿no están hasta la coronilla de esa palabra? Les puedo asegurar que yo sí. Quedemos, entonces, en que un discurso de una mujer a otras mujeres debe terminar con algo desagradable.

¿Pero cómo se hace? ¿Qué se me puede ocurrir? La verdad es que casi siempre me agradan las mujeres. Me agrada su originalidad. Me agrada su integridad. Me agrada su anonimato. Me agrada... pero no debo seguir por este camino. Ese armario de ahí... Ustedes dicen que solo hay servilletas limpias, pero ¿y si sir Archibald Bodkin estuviera escondido entre ellas? Permítanme ahora adoptar un tono más severo. Las palabras que he pronunciado hasta aquí, ¿han bastado para transmitirles las advertencias y la reprobación del sexo masculino? Les he mencionado el mal concepto en que las tenía el señor Oscar Browning. Les he hablado de lo que pensó alguna vez de ustedes Napoleón y de lo que piensa hoy en día Mussolini. Entonces, por si alguna de ustedes aspira a escribir ficción, repetiré, por su bien, el consejo de un crítico

sobre reconocer con valentía las limitaciones de su sexo. Les he citado al profesor X y he resaltado su afirmación de que las mujeres son intelectual, moral y físicamente inferiores a los hombres. Les he entregado todo lo que me ha llegado sin buscarlo, y aquí les va una última advertencia del señor John Langdon Davies[15]: «Cuando los hijos dejen de ser del todo deseables, las mujeres dejarán de ser del todo necesarias». Espero que tomen nota de eso.

¿Qué más puedo decirles para animarlas a que sigan adelante con sus vidas? Señoritas —puedo decirles, y por favor presten atención porque la peroración está comenzando—, ustedes son, en mi opinión, escandalosamente ignorantes. Nunca han hecho un descubrimiento relevante. Nunca han hecho temblar un imperio ni han dirigido un ejército en batalla. Las obras de Shakespeare no las escribieron ustedes. Tampoco han llevado a una raza bárbara las bondades de la civilización. ¿Cuál es su excusa? Está bien que—señalando las calles y las plazas y los bosques repletos de habitantes negros y blancos y cafés ocupados en el tráfico y en el trabajo y en el amor— digan: «Hemos tenido otros asuntos entre manos. Sin nuestra labor, nadie habría navegado esos mares, y esas tierras fértiles serían un desierto. Hemos dado a luz, criado, lavado y enseñado, tal vez hasta la edad de seis o siete años, a los mil seiscientos veintitrés millones de seres humanos que, según las estadísticas, existen en la actualidad, y eso, a pesar de que algunas recibieron ayuda, toma tiempo».

15 *A Short History of Women*, John Langdon Davies.

Lo que dicen es verdad, no lo discuto. De todos modos, permítanme recordarles también que, desde 1866, existen al menos dos universidades para mujeres en Inglaterra; que desde 1880, la ley les permite a las mujeres casadas poseer sus propios bienes; y que desde 1919 —es decir, desde hace nueve años—se aprobó el voto femenino. También les recuerdo que, desde hace casi diez años, las mujeres pueden ejercer la mayoría de las profesiones. Si consideran esos enormes privilegios, el tiempo que han gozado de ellos y el hecho de que en este momento debe haber unas dos mil mujeres capaces de ganar más de quinientas libras al año, se darán cuenta de que la excusa de la falta de oportunidades, educación, apoyo, tiempo o dinero ya no es válida. Además, los economistas dicen que la señora Seton ha tenido demasiados hijos y que, desde luego, hay que seguir teniendo hijos, pero dos o tres, no diez ni doce.

Así, con un poco de tiempo para ustedes y algo de la sabiduría de los libros —de la otra ya tienen suficiente, y sospecho que las envían a la universidad para deseducarlas— deben iniciar otro tramo de su larga, ardua e incierta carrera. Mil autores están listos para decirles lo que deben hacer y las consecuencias que van a enfrentar. Mi propia sugerencia es un poco fantástica, lo admito; por eso, prefiero exponerla a través de la ficción.

En algún momento les mencioné que Shakespeare tuvo una hermana, pero no la busquen en la biografía escrita por sir Sidney Lee. Murió joven, por desgracia, y nunca escribió ni una palabra. Sobre su tumba ahora hay un paradero de buses, al frente de Elephant and Castle. No obstante, creo que esta poeta que nunca escribió una palabra y que yace bajo un cruce

vial todavía vive. Vive en ustedes y en mí y en muchas otras mujeres que no están aquí esta noche porque están lavando los platos y acostando a sus hijos. Pero ella vive porque las grandes poetas no mueren; son presencias que persisten; solo necesitan la oportunidad de caminar entre nosotras en carne y hueso. Pronto tendrán el poder de darles esa oportunidad. Porque estoy convencida de que si vivimos otro siglo —y me refiero a la vida colectiva que es la vida verdadera y no a las pequeñas vidas aisladas que vivimos como individuos—; si tenemos quinientas libras al año y habitaciones propias; si tenemos el hábito de la libertad y la valentía de escribir exactamente lo que pensamos; si escapamos un poco de nuestras salas y vemos a los seres humanos no siempre en su relación con los demás sino en relación con la realidad y el cielo y los árboles o lo que sea que haya dentro de ellos; si miramos más allá del coco de Milton, porque ningún ser humano debería taparnos la vista; si afrontamos el hecho, porque es un hecho, de que no tenemos un hombro para apoyarnos sino que vamos solas y que nuestra relación es con el mundo de la realidad y no solo con el mundo de los hombres y las mujeres, entonces llegará la oportunidad y la poeta muerta que fue hermana de Shakespeare habitará el cuerpo que tantas veces ha abandonado. Nacerá extrayendo su vida de las vidas de las desconocidas que la precedieron, como lo hizo su hermano antes que ella. No podemos esperar que venga sin esa preparación, sin ese esfuerzo nuestro, sin esa determinación de que cuando nazca de nuevo tendrá la posibilidad de vivir y escribir su poesía. Pero sostengo que vendrá si trabajamos por ella y que ese empeño, incluso en la pobreza y la oscuridad, vale la pena.

#NOS MUEVE LA CULTURA | Eventos del Libro Medellín

Plan **Ciudadano** *de Lectura,* ***Escritura*** y Oralidad

Esta edición de *Una habitación propia* se terminó de imprimir en agosto de 2023.
Se usaron las tipografías PT Sans, PT Serif y FF Carina, diseñadas por Alexandra Korolkova.

Medellín
Aquí todo florece

Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación